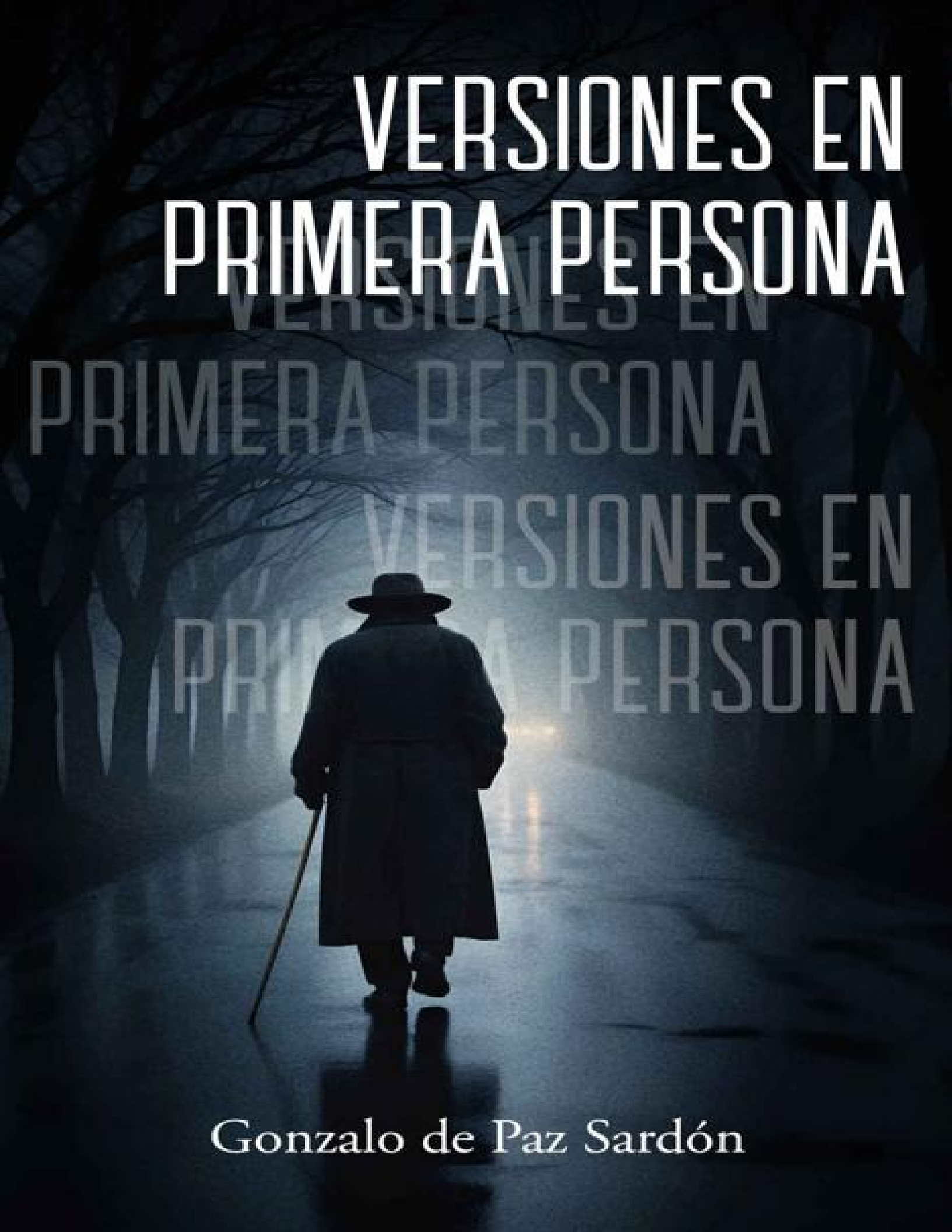


VERSIONES EN PRIMERA PERSONA



Gonzalo de Paz Sardón

VERSIONES EN PRIMERA PERSONA

VERSIONES EN
PRIMERA PERSONA

VERSIONES EN
PRIMERA PERSONA

Gonzalo de Paz Sardón

Título: Versiones en primera persona

© 2024, Gonzalo de Paz Sardón

Corrección: Lorena Losón, Llyc correcciones

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación: Nerea Pérez Expósito, Imagina Designs

Libro inscrito en el Registro de Propiedad Intelectual

Todos los derechos reservados. La reproducción parcial o total de esta obra no está permitida, la incorporación a un sistema informático, así como su transmisión en cualquier forma, formato y por cualquier medio sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, por grabación u otros sin el permiso previo del autor. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de un delito.

Notas del autor:

Las conversaciones, los diálogos y las opiniones de los personajes de esta obra no tienen por qué ser compartidas por el autor.

Aunque en esta novela aparecen hechos y personajes históricos, este libro es una ficción.

A mi mujer. A mis hijos.
No hay mejor compañía que la vuestra.

ÍNDICE

[Prólogo del autor](#)

[Nota del autor](#)

[LA REALIDAD DE ARTURO](#)

[Capítulo 1. Cuando menos te lo esperas](#)

[Capítulo 2. No puedo vivir sin ti](#)

[Capítulo 3. Sacadlo de mi cabeza](#)

[Capítulo 4. No vales nada](#)

[Capítulo 5. Las olas me llevan](#)

[Capítulo 6. La primera visita](#)

[Capítulo 7. Continúan las visitas](#)

[Capítulo 8. Mirando lejos no ves lo próximo](#)

[Capítulo 9. ¿Dónde has estado?](#)

[Capítulo 10. Déjame a mí](#)

[Capítulo 11. Caminarás hasta el día del juicio final](#)

[Capítulo 12. El evento del gran día](#)

[Capítulo 13. Corre, corre](#)

[Unos días después...](#)

[LA REALIDAD DE AMY](#)

[Capítulo 1. No puedo seguir así](#)

[Capítulo 2. Voy a hacerlo](#)

[Capítulo 3. Un camino largo](#)

[Capítulo 4. Una oportunidad](#)

[Capítulo 5. No lo puedo dejar en sus manos](#)

[Capítulo 6. Un encuentro poco habitual](#)

[Capítulo 7. Cuéntame más](#)

[Capítulo 8. La cena](#)

[Capítulo 9. La aparición](#)

[Capítulo 10. El encuentro](#)

[Capítulo 11. No me digas eso](#)

[Capítulo 12. Llegó el momento](#)

[Capítulo 13. Qué está pasando](#)

[Unos días después...](#)

[LA REALIDAD DE CORTÉS](#)

[Capítulo 1. Déjenme solo](#)

[Capítulo 2. Un caso atípico](#)

[Capítulo 3. No somos tan distintos](#)

[Capítulo 4. El pasado nunca muere](#)

[Capítulo 5. No quería hacerte llorar](#)

[Capítulo 6. Todo es relativo](#)

[Capítulo 7. Un ser patético pero imprescindible](#)

[Capítulo 8. No se necesitan palabras para entender](#)

[Capítulo 9. Un encuentro afortunado, o no](#)

[Capítulo 10. O todo o la nada.](#)

[Capítulo 11. El aguafiestas](#)

[Capítulo 12. Una noche larga](#)

[Capítulo 13. Qué ocurre](#)

[Unos días después...](#)

[Sobre el Autor](#)

[Bibliografía de Gonzalo de Paz Sardón](#)

PRÓLOGO DEL AUTOR

Cada vez que visito un monumento y un guía me explica lo acontecido en el lugar o se lanza a recrearme con alguna historia o leyenda relacionada con el sitio y quienes lo habitaban siempre me pregunto, ¿es tal y como me lo describe?, ¿es esa la verdad?, ¿habrá alguna otra?, ¿ese edificio tiene la función que me explica o sería otra? A mí me gustaría saber la verdad y no una versión de esta. ¿A quién no?

No es difícil darse cuenta de que en infinidad de ocasiones siempre se apuntilla «según afirma don Fulanito...» y en otras muchas tantas se escuchan lo de que «ese edificio tenía una función religiosa»; el comodín de cuando no se tiene ni idea de qué función desempeñaba. Vamos, que lo que nos están contando es una versión que alguien ha hecho con mayor o menor rigor y que se da por bueno o por verdad. La historia es la que nos han querido contar.

Muchos filósofos han perdido el sueño y empleado gran parte de su vida al concepto de «verdad»: Nietzsche, Sócrates, Aristóteles, entre otros tantos. La Real Academia de la Lengua da una definición bien clara: «Conformidad de las cosas con el concepto que de ellas se forma la mente».

Este libro no es un ensayo sobre «la verdad», solo son tres historias de tres personas que se ven envueltas en una misma trama, pero que visto a través de cada uno de los personajes son tres historias distintas.

Como nexo de las historias aparece un personaje de leyenda, «el judío errante», un ser inmortal obligado a vagar por el mundo, o quizá solo se trate de un loco perturbado...

No hay una única verdad, hay infinidad de verdades, tantas versiones como personas. ¿Cuál es tu versión? La verdad es tuya.

Espero que disfrutes esta novela.

Gonzalo de Paz

NOTA DEL AUTOR

Este libro esta concebido para abordarlo de dos formas diferentes: la primera es leyéndolo según se presenta en el libro; y la segunda es leerlo según el orden de los capítulos de las distintas realidades. Es decir, siguiendo el siguiente orden: capítulo 1 de Arturo, capítulo 1 de Amy, capítulo 1 del doctor Cortés, capítulo 2 de Arturo, capítulo 2 de Amy, capítulo 2 del doctor Cortés, capítulo 3 de Arturo...

LA REALIDAD DE ARTURO

CAPÍTULO 1.

CUANDO MENOS TE LO ESPERAS

Cae un aguacero bíblico, de esos que hacen historia. Desde que me puse en camino, hace ya unas horas, los limpiaparabrisas del coche no han parado de balancearse, escupiendo fuera el agua que resbala por la luna. La violenta tormenta de verano refresca el asfalto arrancando vapores fantasmales que se arrastran por la calzada. No es día para echarse a la carretera, es un día de perros, pero hoy no puedo estar lejos de mi esposa. El día de su cumpleaños, no. Mi trabajo me obliga a ausentarme. No se puede ser reportero de viajes si no viajas, como no se puede ser amante si no amas o escritor si no escribes. Yo, por suerte, sí puedo: soy escritor, reportero de viajes y amante; ante el asombro y envidia de mi jefe, que no para de recordarme que en esta vida no se puede tener todo y que él lo sabe por experiencia. Si la fortuna tuviera forma, sería el cuerpo de mi mujer, Amy. Ella nunca falla; ella me da alas para viajar, sin que el peso de la ausencia me impida volar; ella me animó a trabajar en el periódico cuando me largaron de la editorial; ella respeta mis horarios, aunque sean tan opuestos a los suyos como la luna al sol; ella vive dentro de nuestras posibilidades, aunque el dinero escasee a final de mes. Me pesa no poder ofrecerle una vida mejor, más abundante de riquezas y con menos presiones y carencias que nos permitan pegarnos algún homenaje y vivir como ella se merece. Sé que con mi esfuerzo puedo conseguirlo, solo tengo que esperar el golpe de suerte: una buena publicación, un buen artículo de periódico, reconocimiento y fama, y, cuando lleguen, ya no faltará nada para convertirle en la mujer más feliz del mundo. Miro al asiento del acompañante, donde reposa el regalo de Amy. Seguro que le gusta.

Desde los pensamientos, vuelvo a la carretera. El negro de la noche atrapa el entorno. Los vapores crecen y espesan acortando el halo de luz de los faros. Mis ojos están pegados a la carretera que se presenta difuminada a través del parabrisas. Suelto el acelerador. Las señales emergen de la niebla a escasos metros del coche y corren en dirección contraria al otro lado de la ventanilla sin darme tiempo a reconocerlas. La carretera y mi visión se estrechan. Presiento peligro. Agarro el volante con fuerza. Una sombra oscura se manifiesta y se cruza en el camino; una figura apoyada en un bastón y embutida en un chubasquero. Clavo el pie en el freno. Siento las ruedas deslizarse mientras el coche cabecea. El bastón golpea la luna agrietando el cristal. La figura rebota sobre el capó con un golpe seco y metálico, cayendo después como un saco inerte sobre la carretera. Los ojos se cierran, se niegan a ver. El coche sigue derrapando unos metros hasta detenerse. Escucho el repiqueteo de la lluvia en el metal y los limpiaparabrisas chirriando sobre el cristal. Abro los ojos, no hay nadie. Desciendo con flojera en las piernas y temblor en las manos. El frío me agarra la piel, la lluvia cala mi ropa y se cuela hasta los huesos. Sin despegar la mano del capó, me acerco al morro. Lo veo. He atropellado a ese hombre. Lo he matado. Su cuerpo yace en el suelo, su cabeza está debajo del coche. Me fijo en su mano huesuda e inmóvil, una mano de anciano, la cojo. No tiene pulso. Me palpo el pecho, siento presión, no puedo respirar, caigo de rodillas. La vista se me nubla, no veo más.

Estoy sentado sobre el rugoso asfalto, de espaldas al cadáver, tengo las piernas cruzadas y la cabeza apoyada en las manos. No siento frío, no siento humedad, no siento nada; solo contemplo el suelo observando las pompas que emergen de los charcos. ¡Qué poco duran!, ¡qué sutiles y efímeras son!

Ruidos de sirena rebotan en mi cabeza. Mi alrededor se llena de luces giratorias que crean sombras espectrales que se mueven. Cierro los ojos, no quiero ver la realidad. Una mano cae en mi hombro devolviéndome a ella.

—¿Es el conductor? Soy el comisario Fernández. Cuénteme qué ha ocurrido.

—No le vi... Apareció de la nada... Frené..., pero era tarde... He matado a ese anciano... Hemos muerto los dos.

—¿Está seguro? Ese hombre no está muerto y no es un anciano.

Me alzo, aparto los chorros de agua que me caen sobre los ojos, miro hacia la camilla que unos enfermeros empujan, la mano del hombre que yace sobre ella es joven. Busco con la vista el bastón, me agacho y reviso debajo del coche. No hay rastro de él.

—¡Es imposible! ¡Era un anciano, llevaba un bastón, su mano era huesuda y no tenía pulso! —digo soltando aspavientos y gritos.

—Señor, acompáñeme a comisaría.

—No. Hoy es el cumpleaños de mi mujer, no puedo fallarle. —Rompo a llorar—. No puedo. No puedo.

—Tengo que tomarle declaración y hacerle algunas pruebas. Tranquilícese. Su mujer lo entenderá.

CAPÍTULO 2.

NO PUEDO VIVIR SIN TI

Las alcantarillas no pueden tragar más lluvia, por la rampa del garaje el agua corre como un río colándose por el portón. Desciendo y aparco. Miro al asiento del acompañante, no encuentro el regalo de Amy, el frenazo lo ha hecho saltar y caer al suelo. Un pestazo a alcohol me asalta la nariz al recoger el paquete.

La maleta chirría al rodar camino del ascensor. El soniquete me recuerda a esas películas en las que los presos se dirigen a sus celdas tirando de una bola encadenada a su tobillo. En la mano que tengo libre llevo el regalo de Amy. Es una suerte que la tormenta no se haya llevado la electricidad, no tengo fuerzas para subir a la décima planta.

Tengo tembleque en las manos, me cuesta encajar la llave en la cerradura. La casa está fría, oscura y en silencio. Suelto la maleta al lado de la puerta, serpenteo por el pasillo llamado por una luz lóbrega que me conduce al salón. Amy está de pie y con los brazos cruzados, al lado del acuario, donde los peces nadan entre burbujas y corales. El haz de luz de la lámpara de pie corta el cuerpo de Amy en dos, dejando a oscuras su arpa y el jarrón lleno de flores frescas que siempre luce encima de la mesa. Me paro en el umbral de la puerta. La miro. Me mira. No se mueve. Me acerco. La abrazo. Me abraza. Sus brazos me reconfortan. Siento el calor de su cuerpo, la suavidad de su piel y el aroma a almendra de su pelo rojo. Apoyo la cabeza sobre su hombro.

—Feliz cumpleaños.

Noto como mi voz se tambalea.

—Sé lo que ha pasado. El comisario me ha llamado. Te llevo esperando todo el día —dice Amy casi susurrando.

Le ha molestado no haber podido celebrar su cumpleaños, lo noto.

—¿Por qué estás a oscuras?

—Cuando era pequeña, en las tormentas, los plomos saltaban y las bombillas estallaban. Papá nos hacía juntarnos en una habitación para no fundirlas todas, por eso solo tengo una luz encendida.

—Toma tu regalo. Creo que se ha roto.

—No importa. Vamos a dormir —dice Amy.

—No puedo vivir sin ti. Soy el hombre más afortunado del mundo —digo.

Amy estalla a llorar. Su empatía y preocupación por mí dice mucho de ella.

CAPÍTULO 3.

SACADLO DE MI CABEZA

Los rayos torcidos se cuelan por las rejillas de la persiana, algunos me alcanzan los párpados arrugándolos. Los abro. Son las doce del mediodía, eso señalan los brazos del despertador de la mesilla que giran con su tictac, tictac, tictac. Me doy la vuelta retorciendo aún más las mantas ya de por sí hechas nudos tras una noche de insomnio. Desde el accidente, unos cuantos días han caído del calendario, pero el paso del tiempo no parece haber tenido efecto en mí. Sigo estancado en aquella noche oscura. Mi pensamiento divaga por visiones cortantes de la figura en la niebla, de la mano del anciano, del joven sobre la camilla..., ¿cómo es posible? Un escalofrío atraviesa mi cuerpo, como si la lluvia fría de esa noche tocara de nuevo mi piel, endureciéndola.

Me yergo. El cuerpo me duele al ponerlo en movimiento, no se salva ni un milímetro, como si el atropellado hubiera sido yo y no aquel anciano, o joven, o lo maldito que sea, ¿cómo es posible?

Arrastro los pies hasta el salón, me siento, enciendo la televisión. Los pensamientos no se apagan. Me levanto, con el runrún de fondo de voces sin sentido me pongo a dar vueltas, como mi cabeza, ¿cómo es posible?

Voy a la cocina, preparo una cafetera bien cargada. La lavadora comienza a centrifugar acompañada de chirridos y golpes que hacen saltar los cubiertos sobre el lavabo a los compases que marca el giro del tambor, como gira mi cabeza, ¿cómo es posible? Doy un sorbo al negro café. Amarga y me quema la lengua. Lo escupo.

Entro en el despacho y me siento delante del ordenador, debo acabar el artículo del último viaje. Las palabras no salen, como tampoco mis pensamientos que no quieren abandonarme, ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible?... ¿Cómo es posible que atropellara un anciano y apareciera un hombre joven debajo del coche?, ¿cómo es posible que estuviera vivo cuando llegó la ambulancia si yo mismo había comprobado que no tenía pulso? Ataque de ansiedad, esa era la estúpida explicación del comisario Fernández, que, según él, había creado una realidad confusa e irreal. Cojo una libreta de notas, aprieto los dientes y lo desgarro con todas mis fuerzas, rompiendo las hojas entre gritos ahogados. Amy aparece por la puerta, sin levantarme del asiento, la miro de reojo, pensará que estoy loco.

—Acabo de hablar con el comisario —dice Amy, con voz suave y delicada—. El hombre sigue vivo. No sabe quién es ni tampoco nadie parece haberle echado en falta. No hay testigos del accidente. No parece que vaya a denunciarte. El comisario no ve indicios de culpabilidad, ha sido un atropello fortuito e inevitable.

—Y a mí qué —digo sin mirarla, como si hablara a la nada.

—Creo que te interesa. Quizá el saber que no lo has matado te haga salir de tu frustración y de esta casa.

—Primero tendrá que salir de mi mente...

—Ha sido menos de lo que parecía. El parachoques le ha dejado un corte en la cabeza que le arrancó parte de la melena. Según el TAC, no hay traumatismos graves, solo ha tenido delirios a la hora de despertar, así como pérdidas de memoria. Lo van a llevar a un hospital psiquiátrico para que valoren su salud mental.

—Lo que me cuentas no borra lo que sucedió esa noche.

—Solo intentaba ayudarte. Quiero que te recuperes y pronto.

—Si quieres ayudarme, abrázame.

Me levanto y la abrazo con fuerza, solo su contacto me hace sentir bien.

CAPÍTULO 4.

NO VALES NADA

El alba me encuentra despierto. La sombra de ese hombre me ha quitado el sueño y cada vez que me lo devuelve es para después meterse otra vez en él y arrebatármelo de nuevo. Giro la cabeza y contemplo a Amy, duerme como un angelito; su pelo rojo se vuelve caoba con el sol que se filtra por la ventana; su cutis es blanco y algo poblado de pecas, no muchas para ser pelirroja; sus labios son rosados y pecaminosos; siento el aroma a almendra de su perfume. En silencio y evitando hacer ruido, dejo la cama. Mi cuerpo me pide una ducha fría y una jarra de café que lo ponga en funcionamiento. Tengo que salir, mi jefe, el mandamás de la editorial, me ha citado, lo hace siempre que entrego un artículo y debo comenzar uno nuevo, es su forma de tenerme controlado.

Me paro delante del coche. Un pequeño rallón a la altura del capó y una raja que recorre la luna de arriba abajo son los únicos rastros visibles del atropello. Me asombra ver qué poco ha afectado al coche, lo contrario que a mí. Mi cuerpo se estremece cuando me siento al volante. No consigo introducir la llave en el contacto, me reclino sobre el asiento y respiro hondo, inhalando aire y algo de tranquilidad, debo serenarme y conducir. Pruebo de nuevo. La llave entra, pero, al girarla, el coche no quiere arrancar. Pruebo otras cuantas veces hasta que por fin el motor entra en funcionamiento.

Entro en la editorial saludando con gesto tímido al personal que me cruzo, lo justo para ser educado, no tengo ganas de pararme a hablar con nadie, no quiero responder a la cínica pregunta de «¿cómo te va?». Atravieso el vestíbulo para alcanzar la escalera estrecha y oscura por la que se descende al despacho del jefe, bajo los escalones, preguntándome, como cada vez que lo hago, por qué narices ha escogido el peor despacho.

Llamo a la puerta con nudillos flojos. Cuando escucho el grito de aprobación del jefe, giro el pomo. Al empujar la puerta, se me pone la piel de gallina, tengo la sensación de estar abriendo un frigorífico, el aire acondicionado escupe un viento frío que remueve el humo del tabaco de la habitación haciéndolo girar como una noria. Quizá debería haberme traído una máscara de gas. Sobre el gran escritorio que me separa del jefe reposa un cenicero repleto de colillas blancas de tabaco negro; un ordenador con pantalla sucia y teclado sobado; y montoncitos de folios desperdigados por la mesa. Sin levantarse ni abrir boca, me indica que tome asiento. Las persianas están bajadas, llevan tanto tiempo en esa posición que han comenzado a descolgarse. Un viejo flexo me muestra su cara iluminada de color amarilla. Veo como sus ojos saltan por la pantalla del ordenador. Me mantiene unos segundos en vilo que aprovecho para fijarme que su bigote está cada vez más blanco y amarillo y su pelo engominado y pegado hacia atrás cada vez le sobresale menos de la cabeza. Me retuerzo sobre el asiento, que siento áspero e incómodo. Da una calada larga al cigarro, apurándolo hasta el final, lo apaga estrujándolo con dedos amarillentos contra las colillas del cenicero y, en un acto reflejo, se coloca otro en los labios y lo enciende.

—Sabrá por qué está aquí —dice cruzándose de brazos.

—Para hablar de mi próximo artículo.

—Respuesta equivocada. Está aquí porque su último trabajo es una mierda. Digamos que sus artículos nunca han sido una maravilla, eran digestibles, pero este último es vomitivo.

Un segundo de silencio, miro al suelo sobre el que se arrastran mis sueños rotos y la angustia por no dar a Amy lo que se merece.

—Tengo una explicación —digo balbuceante—. He tenido un accidente, he atropellado a un hombre y no he podido concentrarme.

—Ah, sí, eh. ¿Cuándo?

Su interés me insufla esperanzas.

—El día del aguacero. Volví a casa. Era el cumpleaños de mi mujer y quería darle una sorpresa. Un anciano, que resultó ser un joven, se cruzó en mi camino y zas.

El jefe se levanta.

—¿Es así cómo debo descubrir que ha adelantado la vuelta? ¿Por qué no estaba trabajando? Cuantas veces le he dicho que no se puede tener todo en esta vida. Mire este cuarto. Alguna vez se ha preguntado por qué trabajo en el peor despacho de la oficina siendo el jefe. Se lo diré. Este no es el peor despacho, aquí hay silencio y oscuridad; aquí puedo aislarme y concentrarme. Si quiere dedicarse a la escritura, debe írsele la vida en ello, debe trabajar, trabajar y trabajar. Está despedido.

Los labios me tiemblan, lo noto. Es difícil ver la realidad, pero es esta, me están echando.

—Le suplico otra oportunidad.

—Su última oportunidad ya ha pasado. En un periódico no hay tiempo para segundas oportunidades. Está despedido. Escribir no es lo suyo. Búsquese algo que requiera menos empeño, un trabajo con horario fijo y sin horas extras, algo que le deje tiempo para estar con su mujercita.

El jefe se sienta y se centra en el trabajo. Aun estando presente, sé que he desaparecido de su vista, de sus pensamientos y de sus planes.

—Volveré y traeré algo que le sorprenderá —digo apuntándolo con el dedo índice.

—Cuando quiera. Ya sabe dónde encontrarme, pero, mientras tanto, está despedido.

Detengo el coche en el primer aparcamiento libre. Golpeo el volante con los puños hasta que las muñecas me duelen. No quiero ir a casa. No quiero decirle a Amy que me han despedido. No quiero destrozarla. No quiero matarle las ilusiones. Maldita sea. Maldito sea ese hombre que se ha cruzado en mi camino y en mi destino. Necesito despejarme.

Deambulo por la calle, con mirada baja, las manos en los bolsillos y la cabeza dando vueltas en un remolino recurrente: debo recuperar el trabajo, debo hacer el mejor artículo del mundo, debo hacer feliz a mi mujer...

Mientras el ascensor me lleva a la décima planta, me miro en el espejo, veo un hombre abatido y sin destino, un hombre con cara pálida y mirada apagada, un hombre sin futuro. Practico una sonrisa, como los actores que ensayan un papel, me sale torcida. Levanto con el dedo el medio labio que no quiere moverse, e intento mantener esa postura. Soy patético. Apoyo la mano sobre el espejo y cierro los ojos, cuando los abro, le veo a él, al hombre que atropellé, al causante de mi angustia. Golpeo el espejo con el puño, la figura no desaparece, está ahí, a mi espalda, y allí permanece hasta que bajo del ascensor.

Delante de la puerta de casa hincho los pulmones, unas cuantas bocanadas de aire que me den coraje, y entro haciendo el mayor ruido posible.

—¡Hola! ¿Estás en casa? —digo mientras recorro el pasillo. Amy no parece haberme oído. La encuentro en la cocina, de espaldas a mí. Me quedo observándola desde la puerta. Debo sacarla de casa, allí hay más sitio para distraerla. A solas con ella, estoy perdido, mi cara siempre habla antes que yo, me ocurre desde que soy un niño—. Hola —repito.

—¡Hola! —responde dándose la vuelta—. No te había oído llegar.

—Vamos a cenar fuera. Hace mucho que no lo hacemos.

—¡¡¡No!!! Hoy, no. Llevo toda la tarde cocinando.

—Vamos. Lo que estás preparando se puede comer mañana.

—No, cariño. Hoy, no. Quiero que cenemos juntos y solos. Ve a la terraza. Ya está todo preparado.

Me recibe una mesa cargada de detalles decorativos y buen gusto: velas con luz cálida, un centro de rosas, la cubertería de plata, los platos que le regaló mi suegra y que nunca usa por no romperlos, un vino caro.

Amy aparece por la puerta, trae una fuente que huele a cerveza y un vestido que hace mucho tiempo que no se pone, pero que aún la sienta de maravilla. Está igual de guapa que cuando la conocí.

—Estofado de carne. Me encanta la comida irlandesa —digo y lleno las dos copas de vino—. Ese vestido me recuerda a algo, pero no sé a qué.

—Es el que llevaba la primera vez que quedamos. No me lo he vuelto a poner desde entonces.

—Pues deberías ponértelo más. En el armario solo ocupa sitio y todavía no está pasado de moda.

Los cubiertos golpean un silencio incómodo hasta que el ambiente se carga de un violín desafinado que estalla en mis oídos.

—Maldito vecino. Me pone histérico. No se ha dado cuenta que toca fatal.

—Dale tiempo —dice con voz sosegada—, ya aprenderá y nos deleitará. Nadie nace aprendido. Yo lo necesité para tocar el arpa. Tú también lo necesitaste para escribir bien y ahora te ganas la vida con ello.

La comida se me atraganta en la garganta. Toso.

—Es verdad —digo con la boca pequeña y mirándola de reojo—. Haré un esfuerzo por entenderle.

Noto como una gota de sudor me cae por la frente. Amy parece también haberse dado cuenta, pues noto como sus ojos la siguen.

—La comida quema.

—A mí no me lo parece —dice cortante.

No deja de mirarme, como si sus ojos se hubieran quedado petrificados. Estiro el brazo para alcanzar la copa sin embargo, la golpeo y derramo el vino sobre el mantel creando un charco rosa.

—Estoy contenta de que hayas salido de casa. ¿Dónde has estado?

—He ido a la editorial. El jefe me ha dado un nuevo proyecto muy interesante. Debo entregar un artículo de lo que quiera. Tiene temática libre —digo tocándome la nariz.

—Ya. Oye —dice pinchando un trozo de carne—, ¿alguna vez me has engañado?

—Nunca. Solo tengo ojos para ti. Ya sabes cuánto te quiero y que sin ti no puedo vivir.

—De eso no tengo dudas. Me refiero a mentir, a no decir la verdad.

—¿Por qué lo dices?

—Estás inquieto, me evitas con la mirada. Te conozco.

Me ha cazado.

—Estoy despedido. No estoy a la altura. —Me echo las manos a la cabeza—. Ese hombre con el chubasquero me está quitando todo, no puedo dejar de pensar en él, no puedo concentrarme, no puedo escribir. Estoy acabado.

—Sigo pensando que debes verle y resarcir tu pena. Visítale, habla con él. Comprueba que se ha

recuperado, que está bien. Eso te quitará la culpa que llevas encima y tu vida..., quiero decir, nuestra vida... volverá a ser la de antes.

—No estoy seguro. No tengo valor.

—Te acompañaré —dice.

Me levanto y, sin darle tiempo a moverse de la silla, la abrazo por la espalda.

—No sé qué haría sin ti.

CAPÍTULO 5.

LAS OLAS ME LLEVAN

El hospital psiquiátrico es una cárcel sin guardas ni focos. El edificio está rodeado de un muro alto, cualquiera que quiera entrar o salir debe hacerlo por la puerta principal del aparcamiento, bloqueada por una barrera que un vigilante solo con decirle que vienes de visita acciona con poco interés desde una garita.

Estoy seguro de que no solo me sucede a mí, las películas que he visto sobre hospitales psiquiátricos han condicionado mi mente y siento incomodidad y desasosiego estando entre los muros de uno. No pierdo de vista a Amy que camina a mi lado con la mirada al frente, no necesita palabras para alentarme, con tan solo su presencia me empuja a continuar, aunque las dudas que el miedo me trae me dicen que me dé la vuelta y me vaya. Una recepcionista nos ha dicho que el hombre atropellado es paciente del doctor Cortés, el director del hospital, y nos ha indicado donde se encuentra su despacho. Al llegar a la puerta del director, Amy se retira, le he pedido que me deje solo. Amy es muy voluntariosa y amable, pero a veces puede resultar pesada e insistente y sacar de las casillas hasta un monje budista.

Cuando Amy desaparece tras la esquina del pasillo, llamo a la puerta y giro el pomo. Está cerrada, el doctor no está. Decido esperarle sentado en un banco cercano e incómodo que me deja las posaderas duras y frías nada más apoyarlas. No dejo de vigilar a un lado y a otro del pasillo, como si, por estar atento, el doctor fuera a aparecer antes. Me levanto y camino de acá para allá estudiando cómo los reflejos de los plafones sobre las baldosas se mueven conmigo. Siento calor. La boca se reseca. Me acerco a una máquina expendedora y retiro una botella de agua. La engullo de un trago dejando un sabor a plástico que empalaga.

Un hombre cubierto con una bata blanca se acerca e introduce la llave en la cerradura del despacho del director. Me acerco corriendo, debe de ser él.

—¡Doctor Cortés! —El hombre no parece oírme, está anonadado o abducido—. ¡Doctor Cortés!

El doctor se gira con cara de seta. Lo examino, observo su corbata roja con un nudo triangular y perfecto, como si lo hubiera hecho con escuadra y cartabón, los pantalones planchados con línea y unos zapatos que brillan más que el suelo. Respiro un perfume penetrante cuando al estirar la mano, buscando la suya, me aproximo a él.

—Encantado de conocerle, doctor Cortés. Me llamo Arturo, no sé si me conoce. Bueno, qué tontería, seguro que no —digo rascándome el cogote—. Soy periodista, he venido porque me han dicho que debo hablar con usted.

La expresión del doctor se vuelve turbia. Deja la mano muerta. La agito cuando la cojo para saludarle.

—¿Quién le ha dicho?, ¿y qué?

—La recepcionista dice que es usted quien lleva el caso de un anciano que fue atropellado.

—No. Atropellado solo hay un joven que trajo la policía.

—Sí, es él. No sé por qué he dicho anciano... Quisiera poder verle. Yo fui quien le atropelló. Desde entonces, no levanto cabeza y su figura me obsesiona. Mi esperanza es hablar con él, ver que se recupera y poder liberar la pena que me aflige. Le ruego que me conceda permiso para visitarle.

—No lo tiene. Ese hombre no le ayudará, le destrozará. Lo que me pide no es bueno ni para él ni para usted. Abandone esa idea, búsquese ayuda psicológica. Como médico, es el mejor consejo que puedo darle.

—¿Puedo hacer algo para que cambie de opinión?

—No, nada. No pierda el tiempo y no me lo haga perder a mí. Adiós —dice apartándose de la conversación para abrir la puerta y colarse dentro del despacho.

—Oiga. —Siento la voz de Amy entre tacones decididos antes de verla aparecer por el pasillo—. ¿Me permite hablarle un momento, doctor?

—Con quién tengo el placer de hacerlo —dice el doctor dándose la vuelta y mostrándome la espalda.

—Soy Amy, la mujer de Arturo. Creo que debería reconsiderar su respuesta.

Veo como la cabeza del doctor baja y vuelve a subir recorriendo el cuerpo de mi mujer.

—Pasen a mi despacho.

Dejo que Amy pase primero, cuando estoy a punto de entrar, me retiene con el brazo.

—Déjame que hable yo, entraré sola.

Acepto sin rechistar, ya he visto por dónde se las tira el doctor «No», nada le va a hacer cambiar de idea, que lo compruebe ella misma.

Mientras espero, un extraño silencio me envuelve hasta que un plafón comienza a parpadear, emitiendo un chisporroteo eléctrico que viene y se va. A lo lejos creo oír un grito de locura y veo unos enfermeros que pasan corriendo, empujando una camarera sobre la que saltan medicamentos y agujas. Empiezo a impacientarme. Un cuerdo se volvería loco en este lugar.

Amy sale con la cara colorada.

—Va a preguntarle al paciente. Si acepta, podrás venir mañana.

—¡Fantástico! Espero que así sea.

Qué mentiroso soy, quisiera salir corriendo y huir, pensar que hay una posibilidad en volver a ver a ese ser me produce escalofríos. Me he dejado llevar por Amy y las circunstancias, y ahora no hay vuelta atrás. Solo espero que la respuesta de ese hombre sea un no.

Estamos cenando en la terraza de casa. Amy se levanta con la jarra vacía. Cuando vuelve, me da la noticia.

—Cariño, acabo de hablar con el doctor. Te espera mañana. ¿No estás contento?

—Lo estoy, pero no te voy a negar que me produce algo de pánico encontrarme con él.

—Entiendo que, si ha aceptado, es porque no tiene nada en tu contra. Además, el doctor parece una persona muy responsable, si no lo viera claro, no te dejaría ir.

Agacho la cabeza y respiro hondo.

—No te preocupes, te acompañaré.

CAPÍTULO 6.

LA PRIMERA VISITA

Un mal augurio ronda mi cabeza. Llevo todo el día dando vueltas al encuentro con ese viejo convertido en joven, parece que este hombre se ha instalado en mi cerebro para la eternidad, debo hacerle salir. No puedo dejar este encuentro en manos de la improvisación, me preparo unos cuantos temas de conversación y una retahíla de disculpas que usaré como escudo si llegara el caso. Si yo fuera él, no tendría piedad con quien me ha mandado al hospital.

Camino junto a Amy y el doctor por un pasillo estrecho, nos dirigimos a la habitación de Juan, así me ha dicho el doctor que se llama. Cortés se mueve con piernas rápidas y pisada firme. Amy, a su lado y un paso por detrás, le sigue el ritmo, mientras que yo avanzo a tropezones, esquivando carros, enfermos y enfermeros a nuestro paso.

Cuando el doctor abre la puerta, la piel se me pone de gallina, siento una mezcla de sorpresa y canguelo, más lo segundo que lo primero. Aunque es media tarde, la habitación está atrapada por las sombras, la persiana está bajada y solo unos rayos de luz penetran por las rendijas. Un fuerte olor a desinfectante se me agarra a la nariz. Un hombre yace sobre la cama con una venda rodeándole la sesera.

—Juan, este es Arturo, el hombre que quiere verle, y Amy, su esposa —dice el doctor—. Quizá él tenga su bastón.

El hombre gira la cabeza y me mira con un gesto de desprecio desinteresado envuelto en un silencio desolador. Su visión, su mirada despectiva y su gesto han blanqueado mis neuronas, me han borrado todo lo que había preparado, todo lo que iba a decir. Estoy indefenso.

—No parece muy interesado en verme. Será mejor que me vaya —digo susurrándole al doctor.

—Lo está. Debe tener un poco de paciencia con él. Si necesita algo, llame al enfermero, nos vemos en una hora —dice el doctor colocando el brazo sobre el hombro de Amy para hacerla salir de la habitación.

Juan y yo nos quedamos solos, acompañados de las sombras. El hombre deja de mirarme y se gira. No sé qué hacer, no sé qué decir, no sé dónde mirar. Estoy incómodo, ese hombre me hace estarlo. Decido sentarme en la silla, al lado de la ventana, donde Juan dirige la vista, aunque su mirada llega al infinito, pestañea con serenidad al igual que respira. Le contemplo, sintiendo que es la primera vez que veo a ese hombre, pues no se parece en nada al hombre que vi aquella noche, al menos lo poco que pude verle: su piel es blanca, tiene la cara alargada; las patillas negras; las cejas caídas, ojos color aceituna y pequeños con pestañas cortas; su nariz es fina, larga y con una joroba en el centro; su boca, pequeña y con labios estrechos. Sus manos, con dedos largos y huesudos, no se parecen a las manos que toqué, pero sí a las que vi en la camilla.

—Gracias por recibirme. No ha sido fácil para mí, bueno, seguro que menos para usted, al fin y al cabo, usted es la víctima y yo el culpable. —Un comienzo imperdonable, pienso, ya irremediable—. Seguro que se pregunta qué hago aquí. Me traen los remordimientos. Quiero pedirle perdón por todo lo ocurrido. Por mi culpa, se encuentra en un hospital, convaleciente, y gracias a Dios que no ha muerto y se podrá recuperar. No paro de pensar en lo ocurrido, no sabe cuántas veces le he

atropellado, las mismas que he intentado esquivarle o detener el coche antes. Su dolor es también mi dolor y sufro como usted, día tras día, hora tras hora, segundo tras segundo...

Juan no se inmuta, es capaz de permanecer pasivo y ausente, como un autómatas humanoide que simula respirar y pestañear, pero que carece de cerebro y no reacciona ante los estímulos.

Cambio de estrategia. Opto por la escucha, quizá prefiera hablar. Los minutos pasan lentos, nada cambia, tampoco su mutismo. La presencia de Juan ya no solo me molesta, me irrita.

—¿No va a decir nada?, ¿no quiere hablar conmigo?, ¿por qué permitió que viniera a verle? —digo con tono de voz subido y alterado.

Juan gira la cabeza hacia otro lado, evitándome la mirada. Otro gesto de desprecio que me cabrea.

—Pues si no quiere hablar, yo por lo menos me voy a desahogar. Cuando le atropellé, era de noche, estaba lloviendo y había un extraño vapor que emergía del suelo. No iba rápido, pero no pude verle hasta que se comió el capó. Tenía tan poca visibilidad que pensé que era un anciano, estaba convencido de que así fuera, hasta creía que lo era cuando le toqué la mano para buscarle el pulso, pero no tenía. Estoy seguro de ello como de que el sol sale todas las mañanas, estaba muerto y su mano era la de un anciano. Solo dígame una cosa. ¿Es usted la persona que atropellé?

Juan se da la vuelta y clava una mirada aceituna sobre mí, una mirada fuerte e inquisitiva. En sus negras pupilas veo el reflejo de mi coche que se abalanza hacia él y mi cara aterrorizada. Quiero salir de allí tan rápido como pueda. Mientras rodeo la cama y me dirijo hacia la puerta, Juan me persigue con la mirada.

Me dejo caer en un banco cercano, donde Amy y el doctor me encuentran sentado, abatido por la mirada de Juan y su conversación, o más bien la ausencia de ella.

—Vámonos —digo agarrando a Amy del brazo—. Se lo ha debido pensar mejor, no quería hablar conmigo. Me he sentido como un idiota inútil. Ha sido una idea nefasta.

—Juan es una persona particular —dice el doctor—, puede parecer maleducado e, incluso, ofensivo, pero solo tiene que conocerle para darse cuenta de que es una máscara que se ha creado. Le animo a que vuelva a intentarlo otro día.

—He venido a arreglar lo que no se puede reparar. Amy está equivocada.

—No lo creo —dice el doctor—. Está desanimado porque no ha visto avances inmediatos. Vuelva mañana. Si no hubiera progreso entonces, yo mismo le diré que abandone.

CAPÍTULO 7.

CONTINÚAN LAS VISITAS

Estoy delante de la puerta de Juan, en la mano llevo una libreta, no sé por qué la he traído, quizá para agarrarme a algo que me sea cotidiano y familiar y no dejarme llevar por ese hombre y sus maneras. No han sido las palabras del doctor las que me han convencido para volver, han sido las del mismo Juan en mis pesadillas, desde que puedo ponerle voz, no para de repetirme que vuelva, ojalá hablara tanto en la vida real. Llamo a la puerta con suavidad, luego la golpeo más fuerte, atrayendo la atención de los enfermeros y auxiliares del pasillo, pero no la de Juan, que no responde a la llamada. Entro. Encuentro a Juan en la misma posición que ayer, siento que no ha pasado el tiempo, y lo hubiera creído si no fuera porque una lluvia meona ha hecho su aparición dejando un rastro de gotas en el cristal de la ventana. La fría y blanca luz artificial rebota sobre la piel inmaculada de Juan.

—Llueve —digo acercándome a la ventana, a través del húmedo cristal, puedo ver el aparcamiento y una pequeña arboleda y flores que dibujan caminos que van a ningún sitio —, menos mal que no tanto como la noche fatídica que le atropellé. Aquella tormenta y su figura me acompañan desde entonces.

La lluvia parece enfurecerse, golpetea la ventana y el silencio.

—¿Tiene hijos?

No recibo respuesta ni siquiera a través de una mirada de atención. Soy un fantasma para él.

—¿Está casado?

Misma contestación.

—¿De dónde es?

El silencio rebota en las paredes, devolviendo un eco que me perfora los oídos.

—No va a responderme.

Su pasividad y su falta de aprecio me enervan. Noto tensión en la frente y en los párpados, me siento como una olla exprés a punto de reventar. Me cruzo de brazos y le miro con el ceño fruncido. Cuando estoy a un paso de la ira, Juan me desafía con una mirada fría e inmóvil. Me agarro a lo que tengo: la libreta y el lapicero. Me acomodo en la mecedora y me pongo a escribir. Noto como Juan me observa vacilante, le he dejado desconcertado. Ahora el ignorado es él y parece molestarle.

—¿Qué hace?

—Escribo.

Juan se queda pensativo. Los rayajos de grafito sobre el papel llenan el ambiente chirriando palabras que puedo leer, pero Juan no ver.

—¿Qué escribe?

—No es de su incumbencia.

—¿Escribe sobre mí?

—No.

—Váyase a la mierda.

Me rindo, abandono. Me voy al despacho de Cortés a mostrarle mi gratitud y confirmarle que no vendré más. La puerta está semiabierta. Entro. Es un despacho más limpio que un quirófano, con los muebles y baldas vacías, salvo una colección de libros de Freud, una balanza de dos platillos con

su juego de pesas; una calavera auténtica con varios orificios de trépanos y dos rosas sobre el escritorio, una roja y otra rosa. Pocas cosas que puedan hablar de él. Mis ojos se paran en una puerta, quizá sea un hombre celoso o tímido y guarda todo dentro de esa habitación. La puerta está cerrada.

—¿Cómo ha entrado? —oigo la voz de Cortés a mis espaldas.

—La puerta estaba abierta. Vengo a despedirme. No tengo afinidad con Juan, no quiere hablar conmigo. En la desesperación, me puse a escribir para llamar su atención, conseguí despertar su curiosidad, pero después me echó de allí cuando le dije que no escribía sobre él.

—Discrepo de su opinión. La situación mejora y mucho. Haga esta última prueba, dígame que va a escribir lo que él quiera. Verá como abandona su silencio.

—Le haré caso, pero será la última vez.

Armado con la libreta y el lapicero vuelvo a la habitación, tomo posesión sobre la mecedora y me pongo a escribir.

—Quizá le hayan dicho que soy escritor, trabajo en un periódico. ¿Le gustaría que escribiera algo en particular?

Juan no dice nada, yo, tampoco. Me pongo un ultimátum, le doy cinco minutos para iniciar una conversación. El tiempo pasa y no hay cambios. Me levanto sin mediar palabra y agarro la puerta, sé que cerrándola tras de mí Juan desaparecerá de mi vista, pero no de mi vida.

—Tiene poca paciencia y menos aguante —oigo cuando la puerta está a punto de rozar el marco.

—No tengo todo el tiempo del mundo—digo y cierro la puerta.

—¿Y qué haría con él si lo tuviera? —oigo al otro lado de la puerta.

Maldito hombre, me tiene harto, ahora que ha perdido mi atención, quiere seguir amargándose o quizá haya recapacitado *in extremis*. Abro la puerta y le miro.

—Escribiría historias fantásticas contando todas las experiencias que he vivido.

—¿Tan solo eso? Si vuelve mañana, le contaré unas cuantas historias.

—No lo haré.

—Lo hará o, si no, se arrepentirá.

Aparezco en la habitación 710 lleno de expectativas y curiosidad. He pasado otra noche acompañado de la figura de un Juan envejecido, la que vi antes del atropello, la que habita solo en mi imaginación. A mis sueños esta vez no vino a perturbarme, no dejaba de hablar y sorprenderme con un monólogo que parecía contentarme. Juan parece esperarme, está de pie asomado a la ventana, se gira al oír la puerta y me recibe con una sonrisa plana.

—Pase. Venga. Tome asiento. ¿Dónde prefiere? La mecedora, la silla, la cama.

Juan es otro ser, su bondad, su cordialidad, sus buenas palabras, su tono de voz, es la antítesis del Juan que conozco. Me acerco y me apropio de la silla. El sol atraviesa la ventana ocupando la sala con luz nítida y radiante. Un jilguero se posa en la repisa, mueve la cabeza con rapidez y abre el pico. La cara de Juan se vuelve tierna.

—Me gustan los jilgueros, su cántico es una de las cosas más bonitas de la creación. Por cierto, ¿cree en Dios?

—No. No tengo fe.

—Yo no la necesito para creer. Sé que existe.

Entiendo que Juan es un creyente fanático y no encuentro palabras para continuar la conversación, no quiero caerme, es un terreno resbaladizo que prefiero evitar. Nunca se sabe hasta

qué punto un fanático es tolerante con pensamientos distintos a los suyos, sus creencias pueden marcar una frontera peligrosa de pasar.

—Me alegro de que haya venido —dice—. Le voy a contar una historia que le va a dejar boquiabierto, una historia sobre mí.

Juan se sienta en la mecedora, se echa hacia atrás, apoyando toda la espalda en el respaldo y juntando las manos, como si fuera a rezar, las apoya delante de la boca. Con el lápiz en la mano y la oreja atenta espero a que comience.

—Creo que te interesarán mis días con Heliogábalo, el emperador más cruel y depravado de Roma, superando a Nerón y Calígula. Corría el siglo III, no recuerdo el año exacto, pero los libros de historia te lo dirán. Estaba en Roma, en aquella época servía a mi matrona, Julia Mesa, de manera fiel, ciega y sin ningún tipo de reparo. Me ocupaba de los asuntos oscuros y turbios: visitas violentas e intimidatorias a gente poco colaborativa; apartar problemas, solía arrojarlos al Tíber o a las cloacas después de hacerles probar mis cuchillos; y también de complacer a la matrona en sus necesidades más básicas e igual de oscuras, le gustaba usar el agujero de atrás. Los romanos eran muy finos y pulcros haciendo el amor con sus parejas, el sexo y las perversiones lo dejaban para los sirvientes y esclavos. Precisamente, la noticia de la muerte de su sobrino Caracalla, el emperador de Roma, nos sorprendió desnudos y sudorosos cuando derramaba mi leche dentro de ella desgarrándole gemidos y chillidos, parecía una virgen desbocada. Caracalla, mientras meaba, había sido apuñalado hasta la muerte por un soldado de la guardia pretoriana, una marioneta de Macrino, prefecto del pretorio, el conspirador del crimen y beneficiario de la muerte de Caracalla. No da lugar a dudas que así fue, todavía estaba el cuerpo del asesinado caliente cuando fue proclamado emperador por sus soldados. Mi matrona mantuvo la calma, acabó de recibir mi placer y nos tumbamos en la cama, agarró mi miembro y jugueteó con él hasta que volvió a armarse y me cabalgó. Cuando me hubo robado mi vitalidad, sin descansar, se levantó. «Nos vamos a Siria, es peligroso quedarse en Roma, soy un problema para el nuevo emperador, si no me quito de en medio, lo hará él. Ordena que preparen el equipaje, consigue una nave y el marinero más ruin, dale lo que pida y deja bien claro quién soy y lo que se espera de él», dijo lanzando una bolsa tintineante de sestercios que agarré al vuelo. Me fui a Ostia, no sin antes haber anudado mis brazaletes y espinilleras de cuero y haber enfundado mis estiletes y cuchillos. El trasiego de carretas y transeúntes era continuo, de día y de noche, así como la presencia de ratas de cuatro y de dos patas. Atravesé las calles sin detenerme, sabía dónde dirigirme para encontrar el marinero más ruin, al lugar más vulgar. La dueña del lupanar, una mujer esquelética me preguntó sobre mis preferencias en la cama. «No vengo a gozar, pero puedes ganarte unos denarios. Vengo en busca de información, quiero contratar a un marinero que no tenga prejuicios», dije. «Tienes suerte. Publio es quien buscas, está acabando con una de las chicas». Publio era un viejo desaliñado y desdentado que no paraba de rascarse los huevos y el pelo. No me costó convencerle para tener su barco y su servicio a disposición de mi matrona, la bolsa de monedas era muy convincente. El día del embarque, mi matrona dio una jugada maestra. Ordenó a una de las esclavas que se vistiera con sus ropas y ocupara su lugar haciéndose pasar por ella. Nosotros, Julia y yo, sin más compañía que la nuestra, la de nuestros caballos y una carreta, emprendimos viaje hacia el sur. La decisión de Julia fue acertada, el barco salió a la mar, pero nunca llegó a su destino, luego vinimos a saber que había atracado en Pozzuoli, Publio nos había delatado, pero ganamos los días necesarios para llegar a Brindisi y coger un barco seguro hasta Siria.

Las palabras de Juan fluyen y fluyen, mi mano se desliza sobre la libreta disfrutando con lo que escribe. No tengo que retocar ninguna de sus palabras, es una historia con todos los ingredientes necesarios para ser atrayente y atractiva. Nunca creí que alguien pudiera tener tanta imaginación y

creatividad para contar una historia de un tiempo tan remoto, en primera persona, con ese nivel de detalle, precisión de datos y con una soltura inigualable, es como si la historia le viniera desde el interior más profundo, como si aquello que cuenta hubiera formado parte de su vida.

—Desde Siria, con las espaldas bien cubiertas, mi matrona organizó un complot para derrocar a Macrino, hizo correr el rumor de que su nieto, Heliogábalo, era hijo ilegítimo de Caracalla con derecho a pretender el trono del emperador, al contrario que Macrino, cuyos orígenes eran oscuros y no tenía conexiones políticas. El rumor tuvo efecto y acabó en una revuelta entre las legiones. Algunas se sublevaron. Macrino fue derrotado en Antioquía y Heliogábalo ascendió al trono con tan solo catorce años. Acompañé a Julia y al muchacho a Roma. La entrada de Heliogábalo en la ciudad ya comenzó con polémica, se presentó vestido como sacerdote del dios sirio del sol El-Gabal, una declaración de intenciones que se hicieron realidad cuando impuso el culto a su dios dejando en un segundo plano a Júpiter, el dios supremo romano, algo inaceptable por los senadores. —La carcajada de Juan se debe oír en todo el pasillo—. Deberías haberles visto la cara cuando esa pandilla de ancianos ilustres se vio obligada a acompañar al emperador en los rituales a su nuevo dios y danzar alrededor de una piedra con forma de falo gigante.

No puedo evitar reírme. Juan me tiene capturado, sus palabras mecen mis sentimientos y estados de ánimo. Es un gran orador.

—Una noche, después de una sesión de sexo insaciable y múltiple, en compañía de un par de esclavos namibios, con mi matrona. Espero que no se sonroje si le digo que he probado infinidad de formas de llegar al placer —puntualizó—. Quizá le esté disgustando mi historia, quizá sea un poco perversa.

—Todo lo contrario, siga, siga, no pare.

—Eso mismo decía la matrona mientras los tres a la vez la llenábamos de placer cuando se le quedaba la boca libre. Como decía, esa noche, una vez se fueron los esclavos y habiendo liberado a Julia de su tensión, se sinceró conmigo. «Creía que la corta edad de mi nieto me daría posibilidad de gobernar en la oscuridad, sin embargo, Heliogábalo está tomando sus propias decisiones sin ningún acierto», me dijo. «¿Quieres que lo quite de en medio?», dije. «Sí, cuando llegue el momento. Lleva mi sangre, pero no nos parecemos en nada, le convenceré para que adopte a su primo, Alejandro, y después habrá que eliminarlo». La matrona estaba confundida, Heliogábalo y ella se parecían en algo, en el calor de su sangre y en su desenfrenada lujuria. Heliogábalo repudió a su primera esposa, después contrajo matrimonio con una virgen vestal que, obligándola a romper su voto de castidad, despreció las tradiciones romanas que contemplaban enterrar vivas a aquellas sacerdotisas que no fueran vírgenes, por último, se casó con la mujer de un hombre al que condenó. Ahí no quedaba la cosa, tenía por amantes a dos griegos bien fornidos y atléticos.

—Creía que la homosexualidad estaba bien vista en la antigua Roma.

—Lo estaba, pero solo cuando el hombre más anciano adquiere un rol activo y el más joven el pasivo, que era el que le gustaba adquirir al emperador y lo mostraba públicamente, así como los moretones que los hombres le dejaban en sesiones sadomasoquistas. No solo eso, llegó a casarse con los dos hombres a la vez en una ceremonia pública que fue la vergüenza de Roma. Julia empezó a temer por la vida de Heliogábalo, no porque le preocupara su nieto, sino porque se le adelantasen en arrebatarse la vida sin tener preparada su sucesión, así que convenció a Heliogábalo de que aceptara mi protección. Me uní a la guardia pretoriana y fui testigo de sus excesos y extravagancias, no había lupanar que no conociera, donde ofrecía su cuerpo y se dejaba guiar y aconsejar por prostitutas que le enseñaban las mejores posturas. Como buen protector, nunca le dejaba a solas, me ocultaba en las sombras mientras él gozaba. No sé la cantidad de veces que impedí el magnicidio. Una vez, un

hombre que había pagado una grata suma de dinero por su compañía intentó asfixiar al emperador, había convencido a Heliogábalo de que apretarle el cuello era parte de un juego erótico que le produciría un placer desbordante. Le atravesé el gaznate con mi estilete antes de que consumara el asesinato, sangró como un cerdo manchando el cuerpo de Heliogábalo. En otra ocasión fue una joven prostituta, se abalanzó sobre él con puñal en mano y poco acierto. Solo consiguió rasgarle las vestiduras antes de que la degollara con uno de mis cuchillos. Heliogábalo pataleó el cuerpo aún caliente de la joven en venganza por haberle roto sus preciosos ropajes. Las artimañas de Julia y los sucesivos intentos de asesinato convencieron al emperador para adoptar a su primo Alejandro, creyendo ser la mejor opción de salvar la vida, de esta forma, al dejar cerrada la puerta de un posible heredero, nadie tendría intención de arrebatarse el puesto. Todo lo contrario, Alejandro tenía buena reputación entre los pretorianos, con el nombramiento de Alejandro como hijo adoptivo, Heliogábalo firmó su sentencia de muerte. Lo maté junto a su madre, murieron abrazados. Arrojé los cuerpos al Tíber.

Juan pone punto final a la historia, yo lo pongo sobre la libreta.

—Es una historia magnífica. Juan, cuénteme otra.

—¿No se ha cansado de escribir? Otro día.

—No puedo esperar.

—Tenga paciencia. Venga las veces que quiera, complaceré su deseo y le contaré una historia cada vez que venga a verme.

—Juan, es fantástico oírle, es un gran orador y una historia increíble, ¿cómo lo hace?

—Recordando, solo recordando.

Salgo de la habitación con un aire distinto con el que he entrado. Juan estaba en lo cierto, estoy satisfecho de haber venido, llevo en las manos una gran historia, digna de un maestro de la pluma, es una historia que no puede surgir de la mente de un loco. Quiero saber más de él; quién es; a qué se dedica; de dónde es; dónde vive... Ha pasado de ser un ser fantasmagórico que quería apartar de mí a ser el ser más misterioso y fantástico del que no me quiero separar. Me dirijo al despacho del doctor Cortés, si alguien puede iluminarme sobre la figura de Juan, es él.

Llamo a la puerta del despacho. Al no recibir respuesta, giro el pomo. Como esperaba, está cerrada. El doctor me dejó claro que es muy celoso de su intimidad y que no va a dejar que vuelva a violarla. Me siento a esperarle en uno de los bancos. Mi sorpresa es mayúscula cuando veo que sale del despacho. Esa bata blanca oculta algo más que un traje de James Bond y una corbata roja. Me enseña una sonrisa flácida que veo cortés pero poco sincera.

—No le he oído llamar. Escuchaba Vivaldi, *Las cuatro estaciones*. Y, por la hora que es, creía que se habría ido. Cuánto tiempo ha estado, ¿tres horas?

—A mí me han parecido tres minutos. Juan me ha regalado una historia magnífica.

—Es un hombre lleno de sorpresas.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. Su vida es un misterio. Él es un misterio. Tiene mucha cultura y es inteligente. Podría haber sido profesor o catedrático de latín, historia, filosofía, religión. Lo digo solo porque domina esos campos a la perfección.

—Entonces, por qué está encerrado. Solo por ser misterioso.

—Se cree inmortal. Dice ser un personaje que vaga por el mundo pagando una deuda eterna. Una idea que ha cogido de una leyenda medieval. Juan padece un extraño caso de confusión de la personalidad.

—Hasta qué punto puede ser una tapadera para esconderse de la realidad.

—No lo sé. Por eso estaba pensando en aplicar una nueva terapia. Ahora que ha establecido un lazo de confianza con usted, me gustaría usarle para avanzar en el diagnóstico. Había pensado en ver cómo se comporta en una situación más cotidiana, fuera del hospital, un lugar no muy concurrido pero alejado de estos muros.

—¿Cree que eso puede resultar? Suena un poco extraño.

—Sí, es una terapia que aplicaba un psiquiatra muy conocido... que ahora no recuerdo su nombre —dice el doctor. Con cara profunda.

—Podemos hacerlo en mi casa. A Amy no le va a importar.

—No quiero abusar de su confianza.

—No es molestia alguna. Quiero ayudar a ese hombre.

Es bastante tarde, la noche empieza a caer cuando entro en casa. Voy derecho a la terraza, estoy seguro de que allí me encontraré a Amy. Los reflejos del agua de la pecera salpican el parque del salón y mis pantalones al pasar antes de llegar a la terraza.

—Juan es un hombre extraordinario —digo y le lanzo la libreta sobre la mesa—. Lee, lee lo que me ha contado, es una historia fantástica. Es la historia que voy a entregar al jefe, la que me va a devolver mi puesto de trabajo.

Amy ojea la libreta. Veo como sus ojos van escaneando las palabras de Juan.

—¿Puedes apropiarte de la historia de otro?

—Juan sabe para qué la voy a usar. Se ha ofrecido voluntario. Espero que me deleite con muchas más de estas. Arréglate. Vamos a cenar fuera. Elige tú. Mañana, vendrán a cenar Juan y el doctor Cortés a casa.

Amy golpea la mesa con la libreta.

—¿Qué has hecho? No puedes invitar a desconocidos a casa y no contar conmigo —dice poniéndose en pie y gesticulando.

La reacción de Amy es desproporcionada, pero con mis palabras puedo calmarla, como siempre hago, porque sabe que la quiero.

—Tú has sido quien me ha incitado a conocer a la persona que atropellé y la que habló con el doctor. Entiendo que no te guste que un loco entre en casa, pero por eso vendrá con el doctor. Apóyame en esto, Amy.

—Está bien, cariño.

CAPÍTULO 8.

MIRANDO LEJOS NO VES LO PRÓXIMO

Cruzo los dedos cuando lanzo el correo electrónico con el fichero del relato de Heliogábalo destino el buzón de entrada de mi exjefe. He pasado la noche en vela, transcribiendo en el ordenador las notas a mano de la libreta y después imaginándome como un gran escritor al que mi jefe no paraba de idolatrar y alabar. En ese correo viaja mi destino: volver a recuperar mi puesto en la editorial o abandonar la vida de las letras para siempre; necesito suerte. Ahora, con la cara y las ideas más limpias que el día anterior, valoro con más humildad la historia de Juan. Es buena, es impactante, pero ¿mi exjefe opinará lo mismo?

Antes de ir en busca de Juan, de entre mi ropa, selecciono un chándal gris con capucha negra, es algo viejo, pero creo le pueda servir. De camino, me paro en una zapatería para comprar unas zapatillas.

Entro en la habitación 710 con mucho ánimo, es un día especial, espero tener oportunidad de conocer algo más a Juan. Él me espera observando por la ventana. Noto que le han retirado la venda de la cabeza, lo que le da un aspecto más juvenil y menos desaliñado.

—Ponte esta ropa. Salimos. El doctor vendrá con nosotros.

—¿Estás seguro de lo que haces? —dice Juan acariciándome con la mirada.

—Sí. Es mi forma de pedirte perdón por todo lo que te he hecho sufrir y de agradecerte el tiempo que me has dedicado.

—Guárdate de los agradecimientos y del doctor. ¿No te hace sospechar que Cortés te haya incitado a que vayamos a tu casa?

—La propuesta ha sido mía. Él no tiene nada que ver.

La cara de Juan se llena de asombro y cede ante mis peticiones. Se viste y esperamos a que llegue el doctor.

En casa nos recibe Amy y la mesa de la terraza ocupada con entremeses variados, una botella de vino y unas velas aromáticas.

—Habéis llegado demasiado pronto. Quedan unos minutos para el pollo al wiski —dice Amy después de saludarnos.

—Ven, Juan. ¿Has mirado alguna vez por un telescopio?

Estamos en la habitación con la luz apagada, busco la luna con la mirada y apunto con el telescopio.

—Echa un vistazo —digo cediendo el aparato a Juan que observa con ojos abiertos—, mirando a lo lejos se ven cosas increíbles.

—Quien ve a lo lejos está ciego para lo más cercano.

—No te entiendo.

—Deberías abrir bien los ojos y ver lo evidente.

Volvemos a la mesa, estamos solos.

—Arturo, me gustaría recuperar mi bastón, es una reliquia muy antigua que me regaló un emperador, tiene unos grabados y letras extrañas. ¿Lo tienes aquí?

—Después de golpearlo con el coche, lo busqué. Pero no lo vi.

Precedido de aroma a whisky, el doctor se acerca con la fuente de pollo y espera de pie a que Amy coloque el salvamanteles. Nos sentamos.

—Arturo —dice el doctor mientras se extiende la servilleta sobre la pernera—, he visto que, además de observar el firmamento, toca el arpa.

—La música es Amy.

—Vaya, espero que nos pueda deleitar con alguna melodía divina.

—Ella solo toca en la intimidad —me abalanzo a contestar.

—Entonces no insistiré —dice cogiendo un entremés.

—Tampoco conoce ninguna obra de Vivaldi para arpa —digo con retintín.

—Al doctor le gusta Vivaldi —dice Juan golpeándome con el codo—, el cura rojo. Y Van Gogh, «el loco del pelo rojo».

—Mi tesis doctoral trató sobre los pelirrojos. Ya sabrán que, en la Edad Media, las mujeres pelirrojas fueron perseguidas por considerarse brujas y acabaron en la hoguera, que Hitler prohibió el matrimonio entre pelirrojos, que en el antiguo Egipto eran considerados descendientes de Set o que en el Imperio romano portaban los malos augurios. Pues bien, aparte de las ideas extravagantes generadas, existen estudios científicos que afirman que se tratan de gente muy especial. Personas que sufren el dolor de una manera particular o que debido a su capacidad de generar vitamina D están más protegidas frente a algunas enfermedades, además de poseer un don especial para el arte.

—Le gustan las mujeres pelirrojas —insiste Juan.

—No exactamente. Me gusta el color rojo, me atrae. Pero no es determinante para que una mujer me atrape. Tiene que poseer otras cualidades, debe ser muy femenina, decidida, fuerte y debe sorprender.

La cena pasa con comentarios banales, superficiales y dentro de la normalidad de una cita de desconocidos que se están conociendo. Acompaño a Juan y al doctor a la puerta para despedirme. Estoy satisfecho, el vínculo que me une a Juan se ha estrechado y el doctor ha podido comprobar que no es ningún loco. Cuando voy a echar el tranco a la puerta, no consigo encontrar las llaves, parecen haberse volatilizado.

—Amy, ¿has visto mis llaves?

—Tienen que estar en casa, has abierto la puerta con ellas.

Busco con la mirada, pero no las encuentro. No me preocupa. Uso las de Amy para cerrar, antes o después las encontraré.

—¿Qué tal lo has pasado? —dice Amy cuando vuelvo a la terraza.

—Bien con Juan. El doctor me ha parecido demasiado atrevido en algunos de sus comentarios.

—No le des importancia. Yo solo tengo ojos para ti.

—Ya, me he dado cuenta de que le evitabas y que te lo estaba haciendo pasar mal.

Entro en la 710 con la cabeza alta, atrás quedaron los miedos, las decepciones, el agobio de ver a Juan. La cena en casa ha sido una idea magnífica, hemos intimado y me siento más cercano a Juan, a pesar de que el misterio sigue rodeándole.

—Encima de la silla tiene la ropa que me prestó —dice Juan desde la mecedora.

La ropa está recogida y doblada con mucho mimo y delicadeza. Al cogerla, siento la suavidad de sus telas y un aroma vago a mi perfume. La meto dentro del armario de Juan que deja de estar vacío.

—Se la regalo. Llévela cuando salga de aquí.

—Así lo haré —dice mostrándome una sonrisa enternecida—. Le he preparado otra historia. ¿Dispuesto a escuchar?

—Soy todo suyo. Por cierto, hoy he recibido la llamada de mi exjefe, quiere volver a ser mi jefe. Te lo debo a ti. A tu historia.

—No me agradezcas nada. Te has ganado mi confianza. Ahora tendré que contarte otra historia que sea mejor que la primera, o por lo menos más impactante. ¿Has sacado punta al lápiz?

—Y limpiado las orejas —digo tomando asiento en la silla, al lado de Juan, muy cerca de la ventana.

—Tengo la fecha grabada a fuego en mi cabeza, 2 de marzo de 1944, me encontraba en Italia. Los horrores de la Segunda Guerra Mundial, o como la conocen en otros lugares, la Gran Guerra, me habían hecho huir del corazón de Europa. —Juan mira al cielo y suspira—. Aunque haya visto de todo en esta larga vida, hay cosas con las que uno no está preparado, por lo menos si le queda un poco de humanidad corriendo por las venas. En «la bota» no pude encontrar nada de paz, pero me sentía útil, el país se resquebrajaba y sufría. En el inicio de la guerra, con Mussolini, Italia se unió a los nazis firmando una alianza en 1940, el eje Roma-Berlín, al que más tarde se uniría Japón formando el eje Berlín-Roma-Tokio. En 1943, el rey Víctor Manuel III, apartando a Mussolini, firmó un armisticio y se unió a los aliados. Desde aquel momento hasta el final de la guerra, hubo tropas italianas luchando en ambos bandos y también entre ellas, una guerra civil dentro de una guerra mundial. El país estaba dividido en dos zonas y los enfrentamientos entre nazis y aliados eran constantes. El sur de Italia ya había sido liberado del yugo del Tercer Reich y de su títere Mussolini. Los Aliados, con paso lento pero firme, avanzaban hacia Roma, la población civil, instigada por el hambre, las enfermedades y las desgracias de la guerra, se desplazaba hacia el sur en busca de una vida mejor. Yo era ayudante fogonero, solía ejercer en la provincia de Salerno. Mi locomotora era una 476 de fabricación austriaca, una bestia de cinco ejes con un motor de dos cilindros y una potencia de 1 100 caballos de vapor que alcanzaba los cincuenta kilómetros por hora. Los trenes eran el principal medio de transporte y para muchos, los pocos que circulaban a primera hora de la noche o de madrugada, eran una fuente de ingresos vitales, pues les permitía acercarse a las zonas rurales para comprar alimentos o cambiarlos por materias primas para el consumo propio o para la venta en el mercado negro. Aquel día, mi locomotora junto con otra 476 reemplazaron a la locomotora eléctrica que remolcaba el tren 8017. La línea que el tren debía seguir no estaba electrificada. En Salerno enganchamos el convoy de cuarenta y siete vagones de carga, de los cuales solo unos veinte iban cargados. Como era la costumbre, en cada parada o cada vez que se reducía la velocidad, se subían y bajaban polizones, era algo que estaba permitido y de lo que algunos maquinistas y auxiliares, de los que no me encuentro entre ellos, sacaban beneficio en forma de soborno, regalos o pagos carnales. La noche era fría y nos acompañaba la lluvia, no había ningún espacio libre en todo el tren, los pasajeros se apelmazaban en el interior de los vagones o hacían equilibrios agarrándose a los hierros o maderas que encontraban en el exterior. Calculo que en aquel tren había unas setecientas personas. Salimos con algo de retraso de la estación con destino final Potenza, a través de los Apeninos. Llevábamos mucha carga y demasiada gente, muchas toneladas que remolcar. Las locomotoras iban a pleno pulmón, exhalando humo y vapores por las chimeneas. No paraba de cargar el hogar de carbón y más carbón, al igual que mi compañero en la locomotora de delante. El tren cogió buena marcha, teníamos que alcanzar nuestra velocidad punta para afrontar sin dificultades la larga pendiente en ascenso. El peor tramo se encontraba poco antes de llegar a

Bálvano, un desnivel que alcanzaba hasta un cuatro por ciento dentro de un túnel de unos dos kilómetros.

—Perdona que te interrumpa, eso no es mucho desnivel, son cuatro metros de altura por cada cien metros recorridos en horizontal.

—Lo es para el mundo ferroviario. La adherencia de las locomotoras es pequeña y un desnivel mayor del tres por ciento es mucha pendiente que superar. Como decía, subíamos a buen ritmo, el carbón se fundía en el hogar y la máquina no dejaba de avanzar y traquetear. Según ascendíamos en cota, el frío y la lluvia se hacían más latentes. Desde la locomotora, observamos la boca del túnel, la teníamos a menos de un kilómetro cuando el tren empezó a aminorar la marcha. Poco a poco, iba perdiendo velocidad, a un ritmo lento pero constante. Era cerca de medianoche cuando entramos en el túnel, creo que, en ese momento, la velocidad era de veinticinco kilómetros por hora, suficiente para llegar a la salida. Sin embargo, las ruedas empezaron a patinar sobre las vías, había mucha humedad. El tren se paró en medio de la oscuridad. Recuerdo los gritos del maquinista de la otra locomotora, pidiéndonos a los fogoneros que aviváramos el fuego al máximo para salir de allí. Las máquinas empezaron a soltar humo como dragones enfurecidos, mientras que de las ruedas saltaban chispas chirriantes en cada giro, solo conseguimos avanzar unos metros. El candil de nuestra locomotora se apagó y la llama del hogar, a falta de aire limpio, se asfixiaba, como lo hacíamos nosotros. En un último intento, el maquinista aumentó la presión al máximo y me ordenó que bajara a las vías con una pala para echar arena sobre los raíles y mejorar la adherencia, nuestra máquina despegó algunas ruedas del suelo golpeando a la locomotora de delante que, por algún motivo, había introducido la marcha atrás para salir por donde entramos y bloqueaba el paso. No pudimos entendernos, la falta de oxígeno no nos dejó, estábamos sentenciados y caímos asfixiados. Mi condición de inmortal me hacía recuperarme pocos segundos después de desfallecer para volver a perecer, en cada intervalo consciente, me acercaba a la locomotora de delante, pisando cuerpos aún calientes pero sin vida, cuerpos de ancianos, de mujeres, de niños. Aquel agujero era el infierno, por lo menos olía a azufre como huele la casa de Satán. Vomité, no sé cuántas veces, el estómago me dolía de las náuseas. Cuando alcancé la locomotora de delante, engrané correctamente la marcha, pero la máquina no tenía fuerza, sin oxígeno en el túnel, no había combustión y el fuego del hogar se había extinguido, al igual que todos los pasajeros de aquel tren. Cuando vinieron al rescate, ayudé a sacar los cuerpos del túnel, los que viajaban fuera se apelmazaban en las vías, los que estaban dentro de los vagones permanecieron de pie, los cuerpos de unos chocaban con los de los otros, todos tenían la cara negra, una facción placentera y una gota de sangre seca que se asomaba por debajo de su nariz.

—Vaya. Esta historia sí es impactante.

—Quizá demasiado morbosa. Si quieres, te cuento otra más alegre.

—Dejémoslo para otro día. A los lectores también les va el morbo. ¿Nos vemos pasado mañana?

—Cuando quieras, pero antes de que te vayas, debo decirte algo. No me cansaré de repetírtelo. Ten cuidado con el doctor. Es una mala persona, de esas que buscan su propio beneficio sin importarles los demás. Capaz de destrozar a quien se le ponga por delante con tal de conseguir lo que quiere.

—¿Por qué me dices esto? ¿Qué mal puede hacerme?

—Quiere arrebatarte lo que más quieres y tú le has dejado entrar en tu casa. Aléjate de él. He oído que la policía le busca por un asesinato. No te dejes fiar de su fachada de caballero.

Me dirijo a la salida del hospital, con una magnífica historia bajo el brazo y el ruido de los comentarios sobre el doctor Cortés revoloteando por mi cabeza. El misterio que rodea a Juan se extiende al doctor Cortés. Me doy la vuelta, no voy a abandonar ese lugar con tanto misterio a mi alrededor, enfilo el camino que me lleva al despacho de Cortés. Necesito unas cuantas explicaciones. El doctor me recibe en el despacho.

—Le estaba esperando. ¿Qué conclusiones saca de la cena?

La pregunta me sorprende, pero me viene de perlas para echar un capote a Juan.

—No veo ningún indicio de locura en el paciente. Se comportó con absoluta normalidad.

—Discrepo. Juan sigue creyéndose un ser inmortal que paga una deuda con Dios. Además, empiezo a notar actitudes agresivas, es una persona oscura y potencialmente peligrosa.

—No puedo creerle, doctor, hoy, como en la vez anterior, me ha deleitado con una historia solo elaborada por un hombre muy cuerdo e inteligente.

—Eso le hace más peligroso. Su mente puede llegar a ser perversa y manipuladora.

—Creo que está desvariando.

—Aunque el caso de Juan es particular, sigue el patrón de pacientes con pérdida de identidad. Hará todo lo posible para convencerle que está cuerdo, ahora mismo es su aliado, es alguien que le entiende, que va a verle todos los días, seguro que se muestra amable y cordial. Sin embargo, yo soy un ogro o un asesino, el mismísimo demonio. Se inventará historias extrañas sobre mí porque me ve como un carcelero, soy el culpable de que se encuentre aquí e intentará que se ponga de su lado.

Algo debe ver el doctor en mi cara, maldito espejo del alma, no soy capaz de ocultar mis sentimientos, pues el doctor continuó:

—Ya veo. Ya lo ha hecho. ¿Puedo saber qué ha dicho?

—Que es un peligro, que quiere arrebatarme a mi mujer y que es un asesino buscado por la Policía.

El doctor se parte de risa. Hasta se le escapan las lágrimas.

—Eso sí es inventiva. Entiendo que se sienta fascinado por las historias que le cuenta. Si no me cree, quizá esto le haga darse cuenta de quién dice la verdad.

El doctor saca del bolsillo mis llaves, las coge colgando del llavero haciéndolas tintinear.

—Las tenía Juan en su bolsillo. Piense seriamente lo que le digo. No se deje engañar. Venga a verle cuanto quiera, pero que no le manipule.

Desorientado, me dejo caer en el asiento del coche. En unos minutos, mi concepto sobre Juan da bandazos. La afinidad que tengo con él es solo una artimaña. Doy vueltas al asunto, en el centro se encuentra Juan y alrededor giran sus historias intercaladas con los comentarios del doctor. El peso de las llaves dentro de esta historia me hace decantar la balanza por el doctor. Cuando giro la llave de contacto, el coche vuelve a resistirse a arrancar. Lo consigo tras varios intentos. Debo sacar un rato para ir al taller.

CAPÍTULO 9.

¿DÓNDE HAS ESTADO?

Me levanto pronto. Amy todavía reposa en la cama y la claridad del sol comienza a despertar la ciudad. Me preparo un café bien cargado y me lo tomo en la terraza, observando un cielo rojo que pronto se convierte en azul. Las golondrinas revolotean por las calles para luego posarse en los cables que las cruzan y lanzarse de nuevo en un vuelo frenético e impredecible, como las ideas que me rondan la cabeza, volando de un lado a otro, cuando se posan, me dicen que es al médico a quien tengo que hacer caso, pero no debo perder la oportunidad de seguir sonsacando historias a Juan. Es mucho más que una inspiración de sucesos o ideas, es la obra literaria en sí. Como narrador, Juan tiene un don divino, más que un ser penitente que paga su deuda con Dios, como él dice, es un ser iluminado. Cuando acabo el café y mis razonamientos, el sol ya muestra toda la cara. Antes de encerrarme en el despacho, dejo caer esas láminas de colores que huelen a pescado en el acuario y contemplo como los peces se abalanzan a tragarlos antes de que toquen el suelo.

Amy se despide desde la puerta del despacho, como todas las mañanas, va a ver a Sofía, me encuentra afanado como una abeja en la colmena. Estoy pasando a ordenador las notas de la historia del tren de Juan, mi jefe no admite escritos a mano. Cuando me quedo solo, trabajo como si estuviera en trance, obnubilado de nuevo con la historia, tanto que deslizo la mano por una de las hojas de la libreta provocándome un pequeño pero muy vistoso corte en el dedo. En un acto reflejo, lo chupo, el salado sabor de la sangre me llena la boca.

Cae la tarde y Amy no aparece, no tengo noticias suyas, no responde a ninguna de mis llamadas. Cuando llega la noche, también lo hace ella. No puedo evitar interrogarla.

—Te he llamado.

—Lo sé. Mi móvil se ha quedado sin batería. Menos mal que una dependienta me dejó el cargador.

No me fío de Amy, es la primera vez que me ocurre, aunque el doctor me ha convencido de que no debo hacer caso a Juan, sus palabras envenenadas me han intoxicado el pensamiento. Le quito el móvil de las manos.

—Si está al máximo. ¿Cuánto tiempo te lo ha dejado?

—Un montón... He estado con Sofía. Me ha pedido que la acompañara a hacer compras. Ya sabes cómo se entretiene gastando dinero.

—¿Y tú no has comprado nada?

—Sí. Este nenúfar para el acuario. Lo he visto y me he acordado de ti.

Me asomo a la bolsa. No veo nada de especial.

—¿Qué historia te ha contado Juan hoy? —dice—. ¿Qué te ha dicho el doctor Cortés?

—No he ido a verlos. Llevo todo el día pasando la historia de Juan a limpio, un drama de un tren en el que todos los pasajeros mueren, lo he leído y releído y sigue impactándome. Si todo sale como pienso, no tendrás que preocuparte en gastar dinero. Las historias de Juan nos van a hacer ricos.

Amy no parece reaccionar, no parece darse cuenta de lo afortunados que somos, atropellar a ese hombre ha sido un golpe de suerte. Fue un encuentro con inicio doloroso: el atropello, los agobios, las noches sin dormir, pero con un resultado inimaginable.

—No te ilusiona. Podremos cumplir todos nuestros deseos y nunca más pasaremos apuros.

—¿No te estarás montando el cuento de la lechera?

—Por supuesto que no. Esta misma tarde me ha llamado mi jefe. Nos invita a un evento. Le tengo comiendo de la mano.

—¡Es una gran noticia, cariño! —dice y me da un extraño beso en la boca que me sabe a Judas.

CAPÍTULO 10.

DÉJAMELO A MÍ

Es pronto por la mañana, la luz entra por la ventana con vitalidad. Me asomo a la calle, es uno de los días más agradables de este verano, una brisa suave agita las hojas de los árboles antes de colarse por la ventana junto con las notas del violín del vecino queriendo parecerse a una de las estaciones de Vivaldi. No sé cuál, pues soy un cero a la izquierda en música. Quizá ni sea una melodía de Vivaldi, pero es el único músico que me viene a la mente acompañado del comentario de Juan en la cena sobre el color de su pelo, rojo como el de mi mujer. Hoy las notas del vecino no parecen chillarme en el oído.

Llevo una semana atareado, tanto que decido planificar mi trabajo siguiendo un guion bien definido e invariable: desde que me levanto hasta que voy al hospital paso las notas que he tomado en las libretas al ordenador; el rato que estoy en el hospital, que cada vez es más largo, escucho a Juan y, como un escribano, reproduzco en tinta sus palabras al pie de la letra sin variar ni un punto ni una coma. Cuando tengo las historias acabadas, en limpio y a ordenador, acaban en el buzón de entrada de mi jefe que siempre responde: «Fenómeno. Saldrá publicado en el próximo número. Dame más». Y eso es lo que hago, darle más hasta que Dios quiera, o más bien hasta que Juan quiera y el doctor se lo permita. ¡Vaya binomio! En cada visita, Juan se muestra cada vez más crítico con el doctor Cortés, ningún día se ha quedado libre de un comentario que lo deje al nivel del betún de sus zapatos caros. Desde que Cortés me devolvió las llaves que Juan me había robado, no he tenido oportunidad de verlo, debe de estar ocupado en sus labores de director y su despacho está siempre cerrado. Llevo unos días valorando la posibilidad de que cuando dé el alta a Juan traerlo a casa. Sus historias no tienen precio, y si tuviera que ponerle alguno, sería el de la cantidad de lectores nuevos que pagan por la revista desde que han empezado a publicarse. Juan y sus historias me están haciendo llegar adonde quería estar, en la cima, nunca hubiera imaginado que atropellar a un desdichado vagabundo me trajera tal fortuna. Amy tiene que estar contentísima de mi progreso, vamos a alcanzar nuestro sueño, tener fama, dinero y tiempo. Está cerca, lo huelo, el evento al que nos ha invitado mi jefe solo puede ser debido al éxito de las historias de Juan.

Llego al hospital con un lápiz a estrenar y dos libretas nuevas. Uno de los cajones de mi escritorio rebosa de libretas con la historia de Heliogábalo y del tren 8017 entre otras igual de impactantes y fantásticas. No pienso deshacerme de ellas, algún día formarán parte de un museo. Antes de dirigirme a la habitación 710, me paso por el despacho del doctor. Tiempo perdido. No hay nadie.

Cuando entro en la habitación de Juan, me quedo observándole, está dejando vahos en la ventana y dibujando arabescos con el dedo.

—Juan, hace unos días que no veo al doctor. ¿Sabe algo de él? —digo después de saludarle.

—Ayer se dejó ver por aquí —dice sin dejar de arrastrar el dedo por el cristal—. Algo se está cociendo en su sesera y huele mal, muy mal.

—Juan, me encantan tus conversaciones, me deleitan, pero no me gustan los acertijos. Te pido tanta claridad como la que manejas en tus historias.

—El doctor va a robarte la mujer y después la matará.

—No tienes argumentos.

—Me sobran. Te gusta la literatura y escribir, pero no sabes leer entre líneas.

—Lo que puedo leer es que mi mujer me ama y me es fiel.

Juan dibuja una cruz en el cristal y se da la vuelta.

—Lo que lees es lo que quieren que leas, pero no te preocupes, cuando suceda, yo estaré allí para poner orden.

Al contrario de las ocasiones anteriores, siento ganas de volver a casa, la historia de Juan pasa del oído a mi mano sin detenerse en mi cabeza, en ella urge la necesidad de despejar las dudas sobre el doctor y Amy. En cuanto Juan acaba la historia, me precipito hacia el despacho del doctor. No está. Corro hasta el coche y después por las calles para llegar a casa. Amy se fue por la mañana y no había vuelto cuando salí. No contesta el teléfono, como hizo la semana pasada. Entro en casa y cierro la puerta con llave, si el doctor está allí y no quiere ser descubierto, tendrá que saltar al abismo. Voy directo a la habitación, la respiración se me corta temiendo encontrarme una escena caliente. Sin embargo, el cuarto está igual que cuando me fui, allí no ha pasado nada. A paso rápido, me muevo por el pasillo, al pasar al lado de la cocina, me detengo, dentro está Amy, lleva la bata puesta, está preparando la cena de espaldas a mí.

—¿Cuándo has venido?

—No he mirado la hora, pero ya no estabas en casa —dice con voz neutra.

—¿Qué has estado haciendo?

—Tocando el arpa. ¿Por qué lo preguntas? —dice sin darse la vuelta.

—Me eres fiel.

—Es la segunda vez que me lo preguntas en poco tiempo —dice girándose para dirigirme la mirada—. ¿Qué te ocurre?

—No hay día que visite a Juan en que no salga a relucir el doctor Cortés. Hoy me ha dicho que él y tú tenéis un romance.

—Arturo, me parece muy bien que vayas a ver a Juan, pero tienes que pensar que es un enfermo. No puedes creer nada de lo que dice. ¿Has hablado con el doctor?

—Es lo primero que haré cuando me levante. Espero que tenga una respuesta convincente. Y, por favor, mañana no te retrases. No quiero llegar tarde al evento de la editorial.

CAPÍTULO 11.

CAMINARÁS HASTA EL DÍA DEL JUICIO FINAL

Con pisada de acero, me dirijo al despacho del doctor, camino drogado por la locura de los celos que me proyectan visiones de Amy poseída con frenesí y ansia por el doctor, disfrutando de su cuerpo con piel inmaculada. Aporroeo la puerta con el puño cargado de rabia, dispuesto a derribarla si el doctor no estuviera y esperarle dentro. No voy a salir del centro psiquiátrico llevándome dudas sobre la fidelidad de Amy.

El doctor abre la puerta exhibiendo su sonrisa, que, aun siendo la habitual que acompaña a su galantería, hoy me resulta de soberbio gigoló.

—Te estaba esperando. Tenemos que hablar —dice.

—Por eso estoy aquí —digo apretando los puños y con mirada inerte—. Mi mujer no es la misma desde su visita a mi casa.

—Sea directo. Soy psiquiatra, no adivino.

—¿Son amantes?

—¿No debería preguntárselo a ella?

—Ya lo he hecho.

—En ese caso, mi respuesta es la misma que la de su mujer, no.

—Doctor, no me tome por imbécil. No sabe qué respuesta me ha dado ella.

Mi frente acumula tensión. Aprieto los puños tanto que las manos me duelen, siento que no voy a poder dominarlos y voy a estamparlos una y otra vez en la cara del doctor hasta ver como se vuelve como el color que tanto le gusta, el rojo.

—No puede haberle dado otra, porque no la he vuelto a ver desde entonces.

—¿Tengo que creerle?

—No me pregunte lo que tiene que hacer o creer, dígame que no me cree y el porqué.

—Juan me ha dicho...

—Claro, claro, Juan, debería haberlo imaginado. Se lo dije. Ese hombre inventará historias sobre mí, ¿no recuerda la conversación que mantuvimos? Juan le está manejando, le está manipulando, ha ganado su confianza con las historias que le cuenta, pero es un hombre desequilibrado. No veo progresos en su estado ni contemplo una mejoría a corto o medio plazo. Arturo, su mente corre demasiado y hacia una meta equivocada, yo llevo la bata de médico y Juan la de paciente. No desvirtúe la realidad. Entiendo el lazo que le une a él, pero la enfermedad de Juan no tiene solución.

Mi mano tiembla, también los pilares sobre los que había apoyado las ideas conspiradoras del doctor desmoronándose como una figura de naipes. Siendo un indigente de ideas, me humillo ante el doctor. Bajo la cabeza y los humos y le muestro mis disculpas por mi comportamiento absurdo.

—Es el momento adecuado para comunicarle lo que tengo que decirle, la razón por la que le estaba esperando. Esta noche, Juan se ha escapado del hospital. La policía lo ha encontrado merodeando el edificio en el que vive.

—¿Qué pretende decirme?

—No lo sé, pero tenga cuidado.

Me froto los ojos con fuerza, quisiera apartar la niebla que ha condensado dentro de mi cabeza y poder ver con claridad.

—¿Qué debo hacer?

—Compórtese con Juan con absoluta normalidad. Un cambio en su actitud puede desencadenar en el paciente una acción..., digamos, extrema.

Son palabras difíciles de digerir, trago saliva para interiorizarlas sin que se me atasquen en el gástrico.

—No se preocupe —dice arrojándome con el brazo y guiándome a la puerta—. Desde el hospital, extremaremos las precauciones, pero tenga claro que solo es un esclavo de los intereses de Juan.

Llevo los hombros caídos. Las líneas que los flexos dibujan sobre el suelo me hacen de guía y me dirigen hacia la habitación de Juan, igual que me dirigían las líneas de la carretera cuando le atropellé, los recuerdos me asaltan y me nublan la vista. Choco con un carro empujado por una celadora que se abalanza en atosigarme exclamando que mire por dónde voy. Le pido disculpas alzando, como quien no quiere la cosa, el brazo y sin mirarla.

Juan me recibe en la mecedora, se balancea con movimiento repetitivo y constante, como uno de esos inventos de movimiento perpetuo, que siguen y siguen pareciendo estar impulsados por una fuente eterna o desafiar las reglas del rozamiento, hasta que se descubre el fraude que hay detrás. Siempre lo hay.

—Llegas tarde —dice Juan dirigiéndome solo la palabra, pues la vista la tiene en la eternidad.

—He ido a visitar al doctor.

—De qué habéis hablado.

—Temas banales y sin importancia.

—¿Tu mujer es banal? —dice dejando entrever los dientes en una mueca retorcida.

—No.

—Entonces habéis hablado de mí.

—No. Ya te he dicho..., hemos hablado de cosas banales. Me ha dicho que ha pasado mala noche..., que algo no le ha dejado dormir. ¿Qué tal la has pasado tú?

Me arrepiento de la pregunta, pues se aleja con creces de la normalidad que me ha pedido el doctor, pero la única anomalía después de la conversación con Cortés sería comportarse con ella.

—A qué viene una pregunta tan absurda. ¿Qué te ha dicho de mí?

—Que esta noche te has escapado del hospital.

—Es cierto. Me fui, quería recuperar mi bastón, no lo encontré y volví.

—El doctor dice que fue la policía quien te trajo.

—Así fue, pero porque no quería volver a pie. Si me hubiera dado la gana, podría haber desaparecido sin dejar rastro; y así sucederá el día que quiera hacerlo.

—¿Por qué merodeabas por mi casa?

—Vaya. Aquí es donde entra el doctor con su mano invisible y manipuladora. Fui al lugar del atropello, quería encontrar el bastón. Ya te lo he dicho, es una reliquia y tiene un gran valor sentimental para mí.

—No te creo. Si intento ser racional, no sé nada de ti ni de tu pasado, solo sé que un día te cruzaste delante de mi coche y, desde entonces, estás encerrado en un manicomio. El doctor afirma con rotundidad que estás loco, que, aunque tengas una mente brillante para contar historias, no dejas de ser un demente con patologías psicológicas extrañas que ni siquiera él puede entender.

Juan niega con un movimiento de cabeza y suspira.

—Te voy a contar una última historia, la que quieres oír, la historia de mi vida.

Agarro la silla por el respaldo y la arrastro hasta colocarla enfrente de él, quiero verle la cara.

—¿No vas a tomar notas?

—Esta vez solo quiero escuchar.

—Nací en algún lugar entre Siria y Judea, el lugar exacto no lo sé, solo sé que mi madre me trajo al mundo tumbada en un carro mientras la Legión X Fretensis, a la que pertenecía mi padre, marchaba. Él era un legionario ascendido a centurión, el reconocimiento por su resistencia en batalla, su templanza en situaciones difíciles y sus dotes de liderazgo. Fue uno de los mejores, por no decir el mejor, por ello gozaba de cierto favoritismo con el tribuno. No te voy a entretener con la historia de mi padre, pues él luchó contra las tropas de Sexto Pompeyo, hijo menor de Cneo Pompeyo, la figura que representó al senado en su lucha contra Julio César; y en la batalla de Actium, donde Agripa derrotó a Marco Antonio y Cleopatra desencadenando el suicidio de los dos amantes y la victoria de Octavio que le llevó al nombramiento de emperador de Roma. Gracias a la posición preferente de mi padre, se permitió que mi madre, una prostituta que formaba parte del séquito que acompañaba a la legión de la que se encaprichó mi padre, le siguiera allí donde fuera como su esposa, y yo adquiriera la ciudadanía romana. En cuanto tuve edad para levantar un escudo, me convertí en legionario. Aunque ganas no me faltaban, nunca entré en combate con la legión, parte de la X Fretensis, yo entre ellos, fuimos destinados a Judea formando parte de una cohorte al servicio del prefecto Poncio Pilatos. No nos aburríamos, las revueltas en Judea eran constantes. Aunque los romanos siempre han sabido engatusar a los príncipes de las regiones, por lo menos hasta que fueran útiles y necesarios para sus propósitos, la presencia de Roma daba sarpuellidos y los intentos de Pilatos por romanizar la región no bajaron la picazón, la introducción de imágenes del emperador en Jerusalén o la de usar los fondos públicos del templo para construir el acueducto no sentaron nada bien entre la sociedad. Lo que empezó como revueltas se convirtió en grupos armados que desafiaban el poder de Roma. Y allí apareció Jesús, predicando y poniendo a juicio el poder del emperador con la llegada de un nuevo reino. Esa parte te la voy a ahorrar, pues veo que estás impaciente por conocer más de mí y seguro que la historia de Jesucristo ya has tenido oportunidad de oírla. Nos desplazamos al día de la crucifixión, el día en que todo comenzó y nunca acabó, lo recuerdo cada día desde hace dos mil años. Recibí el encargo de ejecutar la sentencia de muerte de Jesús. Fui uno de los que acompañó a Jesucristo hasta el Gólgota mientras él cargaba con la cruz. Su paso era lento, como no podía ser de otra manera, llevaba sobre la espalda el sufrimiento y el dolor, tanto físico como espiritual. No tuve piedad de él, como nunca lo había tenido de nadie, y solo lo tengo con unos pocos, no supe ver en él lo que otros veían. Éramos pocos soldados y la multitud se apilaba entorno a nosotros, sentí su presión, Jesús tenía muchos seguidores y temí por una rebelión o un intento de liberación del condenado. En una de sus caídas para evitar la aglomeración, lo atosigué con mi *pilum*, le golpeé con fuerza en la espalda. «Levántate y sigue», le advertí. Entonces, él se giró, me clavó una mirada severa y me dijo: «Yo caminaré hasta la crucifixión, pero tú lo harás sin descanso hasta el día del juicio final».

Juan se levanta y saca pecho. Se yergue delante de mí dejando la mirada por encima de mi hombro. Me siento un gusano inmundito.

—Mi nombre es Catáfilo. Vago eternamente por un mundo perdido. Cometí un error, no creer que ese hombre divino era quien decía. Igual que tú no crees la historia que te cuento, tú también tendrás tu condena.

—Eres un peligro —digo levantándome apresurado.

Juan me agarra el brazo con fuerza y me mira con ojos fríos y sin pestañear. Puedo ver el apocalipsis en sus pupilas.

—El peligroso es Cortés, y tú, su víctima —dice soltándome y apartándome la mirada—. Ahora

vete. Pronto volverás con el rabo entre las piernas.

—No lo haré.

—Mientes.

CAPÍTULO 12.

EL EVENTO DEL GRAN DÍA

Tengo una sensación extraña, una sensación que me roba los sentidos. Hoy debería ser uno de los días más felices de mi vida, pero los últimos acontecimientos lo enturbian. En esta vida me he esforzado mucho, pero no he tenido ninguna recompensa que lo compense, jamás he dejado de ser un perdedor y en mi cabeza, atada a mi experiencia, me dice que, por mucho que lo intente, no saldré de allí.

Un taxi nos lleva al restaurante. Amy está a mi lado, pero como si no estuviera, se muestra lejana y fantasmagórica. Una vez habiendo visto al doctor y aclarado quién es quién y cuál es el papel que cada uno desempeña en esta extraña obra sobre Cortés y Juan, pedí disculpas a Amy por mi comportamiento, pero no han tenido el efecto que deseaba. Sigue de morros. Entiendo el enfado, pero ya he reconocido mi error. No sé qué más debo hacer.

Mi jefe eligió un lugar espectacular para el evento, uno que no olvidaremos, un antiguo castillo acondicionado como restaurante. El acceso a la fortaleza está flanqueado por antorchas de fuego, las sombras acompañan nuestros movimientos mientras subimos por la rampa sinuosa que nos conduce al rastrillo que se levanta ante nuestra presencia. Un camarero ataviado con vestiduras de soldado nos dirige por el patio de armas hasta la torre del homenaje, decorada con blasones y tapices. Si el servicio va vestido de soldado, no me extrañaría que el jefe llevara una capa, una corona y un bastón de mando.

—Ya está aquí —dice mi jefe plantando a un corrillo de escarabajos peloteros que lo rodean y se acerca con los brazos abiertos preparados para darme un abrazo, no sé si como demostración de amistad o de servil posesión ante los presentes. Sea cual sea, me hace sentir incómodo, pues no dejo de ser un títere que cuelga de su mano, ella siempre está por encima.

—He llegado a pensar que te habrías arrepentido de venir —me susurra en la oreja—. Hay gente que no sabe llevar el éxito.

Se da la vuelta y se dirige a todos los súbditos congregados.

—Hemos venido a celebrar el gran éxito del periódico que ha llegado a través del puño y letra de Arturo. Sus relatos semanales han disparado las ventas, los quioscos han agotado las existencias, incluso ya han llegado ofertas para que los folletines se conviertan en un libro o en una película. Algún día nos tendrá que contar de dónde saca tanta imaginación. Quizá suene extraño lo que digo, pero el haberle echado del periódico fue lo mejor que le pudo pasar, le ayudó a encontrar su voz y descubrir un oculto talento. ¿O no es así?

Me mira. Afirmando con la cabeza. No espera otra respuesta que pueda quitarle el protagonismo.

—Te envidio. Has roto mis esquemas, siempre he afirmado que no se pude tener todo en esta vida, y tú has llegado al altar de los dioses acompañado de una bella mujer —dice dirigiendo la mirada a Amy—, una mujer que te ama, te quiere y te apoya. Hoy, tengo una sorpresa para ti. Quiero anunciar tu nombramiento como mi ayudante. Trabajarás como mi mano derecha. Ya va siendo hora de que encuentre un poco de ayuda. —Risas, la mayoría fingidas, explotan en la sala—. Celebrémoslo. Brindemos.

Una camarera se acerca con una bandeja de bebidas: vino, cerveza e hidromiel. Elijo la última, levanto la jarra y todos, menos Amy, me siguen. Tras el brindis, se escucha una música ambiental, un

sonido de instrumentos medievales: arpas, laúdes y flautas, entre otros, y coros de voces femeninas. Parándonos en cada corrillo que quiere felicitarme y hacer la rosca, seguimos a mi jefe hasta la mesa presidencial.

—Bueno, Arturo y Amy, una nueva vida da comienzo para vosotros. No vais a saber qué hacer con tanto dinero —dice llenándome la copa de vino—. He pensado aceptar la propuesta de esa editorial y ceder los derechos de autor de tus artículos, por supuesto que tendrás un porcentaje de regalías de ventas y ya estoy concretando los últimos detalles con la productora —se enciende un cigarrillo—, será un exitazo del séptimo arte. Pero disfrutemos, ya tendremos tiempo mañana para hablar de trabajo. Amy, estarás contenta.

—Claro, es lo que Arturo siempre ha querido —dice mirando al plato.

—Hemos querido —corrijo, girando la cabeza.

—Al dinero y a la buena vida no hay que hacerle feos —dice mi jefe dejando salir un aro perfecto de humo por la boca que se disuelve según se aleja—. Disfrutad de esta vida, es corta.

—Para algunos puede ser larga... Voy al baño —dice mi mujer.

Amy se levanta. Observo su espalda según se aleja. Es el único momento en que la he mirado directamente en todo el día.

—Si quieres llegar alto, vas a tener que soltar lastre —dice mi jefe—. No se puede tener todo en esta vida.

—Amy está desconcertada. Esto la ha pillado de sopetón. Nunca creyó que pudiera triunfar.

—Brindo para que así sea y me haya equivocado en los consejos que siempre te he dado. Por vuestro amor eterno —dice mostrando una sonrisa torcida.

Me acabo la copa de un trago y todas las demás que se me ponen por delante, quiero disfrutar este día.

Abrazo a Amy por la espalda mientras ella observa la noche estrellada desde el balcón de nuestra casa. Su perfume almendrado me embriaga.

—Ha sido una noche fantástica. El lugar era increíble, he ascendido y van a publicar un libro y hacer una película.

Amy se revuelve haciendo que la suelte.

—Vamos, cariño. ¿Todavía estás molesta? —digo mientras le aparto el cabello del cuello para besárselo.

—No estoy molesta —dice apartándose.

—Pues quién lo diría. Hasta mi jefe se ha dado cuenta. Ven. Bésame. Celebremos que se ha cumplido nuestro sueño. Hemos esperado tanto tiempo para llegar aquí. Nos cambiaremos de casa, compraremos una en el campo o en la playa, o en los dos sitios, y otra en Irlanda. ¿Has pensado dónde quieres viajar primero? ¿Damos la vuelta al mundo?

—¿Eres feliz?

—Ahora, sí. Ya no me falta nada.

—Entonces quiero dejar esta relación. Llevo mucho tiempo pensando en hacerlo, pero nunca he encontrado el momento. Iba a hacerlo la noche del atropello, pero no pude al verte tan destrozado.

Las palabras de Amy golpean mi estabilidad.

—Amy, no me entiendes. Tú formas parte de mi felicidad.

—No. Tu felicidad ha sido solo la búsqueda del éxito. Desde que nos hemos casado, hemos pasado más tiempo separados que juntos.

—Viajar forma parte de mi trabajo. Lo he hecho siempre pensando en ti, por poder ofrecerte una vida mejor, una vida estable, sin ataduras, sin preocupaciones para llegar a fin de mes. Todo lo he hecho porque te quiero.

—No necesitaba una vida mejor, necesitaba una vida a tu lado, necesitaba una vida llena de amor. Ahora solo me ofreces una vida llena de dinero, pero completamente vacía. Todo lo que has hecho es solo por tu éxito, por tu ego.

Doy vueltas alrededor de la terraza. Observo el abismo que nos separa del suelo. No entiendo qué es lo que está pasando. Una idea me ilumina. Me dirijo hacia ella apuntándola con el dedo índice. Me coloco a un palmo de distancia.

—Dime una cosa, y no mientas. Dime que Cortés no está detrás de esto.

—Lo está, pero no como tú crees. No te dejo por él. Lo nuestro no funciona desde hace mucho tiempo. Mañana por la noche me iré de esta casa para siempre.

La agarro por los hombros. Pego mi cuerpo al suyo. Noto un gesto de pánico.

—Deja de decir tonterías. No quiero oírte. Nunca más.

Aprieto con fuerza. Su cara es la cara del terror.

Amy se echa hacia atrás, encorvando la espalda. Medio cuerpo le sale de la terraza. Veo el fondo del abismo y la cara de Amy, en primer plano, secuestrada por un gesto de dolorosa sorpresa, en sus ojos verdes veo el miedo. Una extraña imagen me flasea el cerebro, un cuerpo tendido en el duro asfalto de la acera del que brota un reguero de sangre desde la cabeza, justo debajo de donde me encuentro. Mis actos están dominados por mi lado más siniestro, un lado que acabo de descubrir y que me aterroriza, sin embargo, consigo que la lucidez se imponga y libero a Amy.

—Mañana por la noche. ¿No puedes esperar un poco más? ¿No puedes darme tiempo para enmendar mi error?

—No puedo darte ni un minuto, a esa hora, vendrá Cortés a recogerme, y aunque te lo diera, no serviría de nada, ya has tenido todo mi tiempo desde que nos conocimos y no has sabido aprovecharlo.

Dejo la casa. Quiero salir de ese escenario. Son las tantas de la noche. Conduzco por la ciudad, sin destino, bajo la luz anaranjada de las farolas y los semáforos intermitentes. Un joven se para y vomita al lado de los contenedores de basura, luego se limpia la boca con la manga y sigue caminando sin encontrar la línea recta. En un portal, una pareja hace el amor, un aquí te pillo, aquí te mato, fruto de un calentón encendido y avivado por el alcohol y las drogas. Al otro lado del cristal, la ciudad pasa como fotogramas de películas que corren en sentido contrario a toda velocidad y me pregunto de qué género serán las que se ruedan dentro de los edificios: románticas, trágicas, comedias, de sexo, como la del portal que acabo de pasar. El coche me lleva al puente sobre el río, el que está lleno de candados que atrancan los corazones de los enamorados. Aparco y salgo a la calle. Me siento en la barandilla de piedra rugosa. La humedad del río y el frío del alba me obligan a cruzar los brazos. La sirena de una ambulancia a lo lejos tapa el rumor de las aguas y luego desaparece. Está oscuro, no puedo ver el río, solo escuchar como fluye bajo mis pies, como lo hacen recuerdos que me llegan de Amy cuando la imaginaba feliz a mi lado, cuando la creía amante fiel y enamorada.

Suspiro al pensar en los días que he tenido que pasar lejos, todo por ella, por ofrecerle una vida mejor, la vida que se merece.

La claridad se va abriendo desde un punto lejano sobre el río, puedo ver el agua que produce la corriente. Puedo ver a Amy fingiendo ser feliz a mi lado, dudando en seguir siendo mi fiel amante y

sintiéndose desengañada.

Suspiro al pensar en los días que estuve lejos, todo por nosotros, por tener una vida mejor, la vida que nos merecemos.

La claridad se transforma en oscuros grises, para luego pasar a violetas y, después, a rojos intensos. Puedo ver a Amy triste y amargada a mi lado, lanzándose a encontrar una aventura con alguien que le corresponda y la haga sentir de nuevo amada.

Suspiro al pensar en los días en que me fui lejos, todo por mí, por mi búsqueda del éxito, sin pensar en cómo se estaba sintiendo ella y creyendo que siempre me esperaría, todo por mí, por tener una vida mejor.

La aurora nos ha cambiado, a la ciudad y a mí. Me levanto y vuelvo al coche. Sé en lo que quiero emplear el día, en disculparme y reconciliarme, si es que este coche quiere arrancar.

Parado en un semáforo, me inclino hacia delante para observar el cielo a través del parabrisas rajado del coche. Un manto de nubes cubre el firmamento, un remiendo de grises y negros sin descosidos ni rotos que sombrea el día. Al volver la vista a la carretera, me encuentro un acróbata haciendo el pino en medio del paso de cebra. Va vestido de arlequín, lleva un gorro con cascabeles tintineantes y una máscara con efusiva sonrisa que se convierte en una cara triste cuando vuelve a poner los pies en la tierra para pasar por las ventanillas usando como cesto el gorro que hace tintinear.

Camino directo a la habitación 710, nunca lo he hecho tan tranquilo, tan cómodo y tan solo, en los inicios, Amy y el miedo me acompañaban, después, la avara e impaciente ansia, y por último, los celos y la ira. Llamo a la puerta, la voz de Juan me invita a entrar. Me detengo reclinando el cuerpo sobre el dintel de la puerta. Juan está sentado en la mecedora, entretenido con un juego de ajedrez que apoya en las rodillas. Se acaricia el mentón con una mano mientras que con la otra mueve las piezas ensayando posiciones. Le observo sin decir una palabra.

—Te crees estar en un museo. Vamos, acércate y ven a jugar.

—No sé cómo se juega.

—Es un juego de estrategia, consiste en aniquilar el rey del contrincante, esta figura —dice cogiendo la pieza con una cruz en la cabeza— es la más poderosa, pero a la vez la más débil y pobre en movimiento.

—Yo pensaba que la más débil era esta tan pequeña.

—Eso es un peón. Tiene menos libertad que el rey. Solo se mueve hacia delante, pero si es buen siervo y llega hasta el final del tablero, tiene una recompensa, se convierte en cualquiera de las otras piezas. ¿Cuál de todas ellas crees que es la más fuerte?

—¿La torre? Está hecha de piedra.

—No, la reina, la dama, ella es capaz de moverse en todas las direcciones, y si el tablero está despejado, es capaz de llegar a cualquier sitio para aniquilar a sus oponentes. En ella es en quien se suele convertir un peón cuando alcanza su recompensa.

—Demasiado complicado.

—Eso es lo que le hace interesante, pero si te aburre, te contaré la historia de un campeón de ajedrez que conocí, se llamaba Capablanca, era cubano, o quizá prefieres conocer la historia de cómo el emperador de Partia me regaló el bastón que siempre llevaba hasta que me atropellaste...

—No he venido a jugar ni a escuchar otra historia. He venido a presentarte mis disculpas y mi respeto. —Juan me mira con tanta autoridad que molesta—. Estabas en lo cierto, el doctor Cortés

tenía otra intención más allá de ayudarme a aliviar mi dolor por el atropello y de buscar un diagnóstico adecuado a tu caso. Quería acercarse a mi mujer y cortejarla. He sido la disculpa para que mi esposa le hiciera caso y poder conseguir su amor.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Ella me lo ha dicho. Acabamos de romper.

Bajo la cabeza para evitar que nuestros ojos se crucen y ocultar la verdad. Él también la baja para recuperar mi vista y descubrir mi mentira.

—Es ella quien me ha dejado. Esta noche se irá con Cortés. La irá a buscar a nuestra casa y desaparecerán juntos para siempre.

—¿Y lo permites?

—Amy lleva mucho tiempo agobiada con nuestra relación, desde que empecé a trabajar en la editorial ha pasado mucho tiempo sola. Debería haberme dado cuenta antes. Haber viajado menos. Me sentía culpable por no poder ofrecerle una vida mejor que la complaciera más, que se sintiera más segura. Ahora que he llegado donde quería estar para poder dárselo, resulta que no es lo que ella quería.

—Vuelves a equivocarte. Eso es lo que ella te ha dicho y seguro que es lo que el mal perro del doctor le ha hecho ver, pero ese cerdo solo la quiere para darse unos revolcones y asesinarla. Debes interponerte antes de que ese vampiro se la lleve. Ve en busca de ella y deténla.

—Sí, iré en su busca, pero no para detenerla, sino para decirle que la entiendo y que le deseo lo mejor.

—Estás loco. Te dejas levantar a la mujer y, encima, te disculpas. Necesitas ayuda. Sácame de aquí. Yo les detendré. Si es necesario, le mataré, esa mujer volverá a ser tuya, como debe ser.

Unas palabras extrañas si provienen de un demente encerrado en un manicomio.

—No lo permitiré. Llamaré al celador.

Mientras me echo hacia delante para levantarme, veo como Juan coge con las dos manos el tablero de ajedrez, lo levanta, saliendo las piezas despedidas en todas las direcciones, y me lo estampa en la cabeza. Después ya no veo nada, solo oscuridad.

Abro los ojos, pero sigo inmerso en la penumbra, he perdido la orientación, noto presión y frío en la espalda y en los costados, al intentar extender los brazos, chocan con madera, un escalofrío me recorre la espalda, estoy encerrado en un ataúd. Con las piernas y brazos golpeo con insistencia, noto como la madera retumba con cada golpe, en algunos de ellos, emite chasquidos. Los esfuerzos consumen el aire de ese diminuto recinto y elevan la temperatura, el aire que respiro se hace cálido y pesado. Sigo golpeando, los chasquidos acompañan ya a cada golpe hasta que oigo el resquebrajar de la madera. Un rayo de luz y de esperanza entra por la brecha que he abierto. Sigo golpeando hasta que el agujero es tan grande que consigo salir. Me encuentro donde he perdido el conocimiento, en la habitación de Juan. Tras el golpe, me había encerrado en el armario. Sobre el suelo, reposan el tablero, las piezas de ajedrez y la bata que vestía Juan. Salgo corriendo.

CAPÍTULO 13.

CORRE, CORRE

No me gusta conducir rápido, sin embargo, la ocasión lo merece. Las prisas no son buenas, pero la ansiedad la dispara, Juan está a punto de cometer una locura. No sé cómo detenerle, pero tengo que hacer algo. Piso el freno a fondo, una anciana con cachava se ha cruzado en el camino. ¡Señora, no tiene otro momento para cruzar!, corra, corra. Nada más salir de la habitación, avisé al enfermero de la planta de lo sucedido, llamará a la policía para denunciar la desaparición de Juan y cuáles son sus intenciones, pero, conociéndolos, no se van a anticipar a un posible asesinato, seguirán el protocolo habitual, acercarse al hospital, indagar y, luego, buscar. El fin de esta historia depende de mí, de todas las ancianas que se crucen y de todos los conductores con los que me topo al torcer la esquina, una fila de coches que avanzan al ritmo de procesión de Semana Santa me corta el paso. Golpeo el volante con las manos. El corazón se acelera. Vamos, vamos.

Paro en doble fila delante de la puerta de casa, no puedo entretenerme en alcanzar la plaza de la cochera. Al bajar, siento el hálito del viento que trae olor a basura. Me frena una extraña sensación que se apodera de mí, es la visión que tuve desde la terraza cuando forcejeaba con Amy, la figura sobre el suelo. Algo cae delante de mis pies, algo pesado y contundente, dando un golpe seco y mortal. Mis ojos dicen que es un cuerpo humano. Los cierro. Respiro, cogiendo fuerzas para enfrentarme a una imagen difícil de tragar, la de Amy estampada en el suelo. Los abro. El cuerpo sin vida del doctor Cortés descansa sobre un charco carmesí que brota desde su cabeza.

Un impulso me hace elevar la vista, no hay nadie, solo las luces de las farolas reflejadas en las nubes. Corro por las escaleras. Sentada sobre la terraza y con la espalda apoyada en la barandilla, Amy llora.

—Ha sido ese loco, tu amigo —dice.

Me asomo a la calle, veo una figura envuelta en un chándal gris caminando, lleva la capucha puesta y es negra. Reconozco esa ropa, es la que dejé a Juan. Me lanzo de nuevo por las escaleras.

—¡Maldita sea, maldita sea! —digo girando la llave de contacto con todas mis fuerzas mientras el coche me devuelve un sonido a lata vieja y oxidada.

Esta vez dice no. No me vas a mover de aquí. Me bajo y salgo corriendo detrás de la figura. Sin dejar de correr, saco el móvil del bolsillo y marco el número de la Policía. No voy a poder salvar la vida del doctor, pero sí que se atrape al asesino. Cuando me lo coloco en la oreja, el teléfono se escapa de mi mano y sale volando, intento agarrarlo antes de que alcance el suelo, pero solo queda en un intento. El teléfono se estampa quedando inservible. Estoy solo.

Me arrepiento de no estar en forma, no creo que pueda aguantar mucho más corriendo sin que me salgan los higadillos por la boca. Me esfuerzo en alcanzar la esquina, desde donde puedo ganar visión. A lo lejos, puedo ver la espalda de Juan alumbrada por la luz de las farolas y los flases de unos relámpagos que cortan las sombras, camina tranquilo, como si el vuelo del doctor no hubiera tenido que ver con él. Dejo de correr, mi físico no me lo permite, la única forma de acercarme a Juan es alternar entre pequeños trotes y pasos rápidos. Calle tras calle y minuto a minuto le voy ganando terreno, cada vez lo tengo más cerca, como la tormenta que comienza a caer con fuerza sobre la ciudad.

La suerte parece estar de mi lado, Juan se ha detenido en el puente, tiene medio cuerpo saliendo por la barandilla de piedra, parece calcular la altura hasta el río, consigo acercarme a él. Lo tengo a unos escasos metros. Un relámpago cae en uno de los árboles del río, muy cerca de nosotros, partiéndolo en dos con un ruido apocalíptico.

—¿Por qué has cometido tal locura?

—El loco es el doctor. Sigues sin creerme.

—Te pudrirás en el psiquiátrico.

—Te equivocas. No volveré a entrar, y si así lo hiciera, tengo todo el tiempo del mundo para marcharme.

—Digas lo que digas, el tiempo pasa para todos.

—Pero solo acaba para algunos.

Juan apoya un brazo en la barandilla y salta. Veo como las aguas lo engullen sin dejar rastro.

UNOS DÍAS DESPUÉS...

—Me alegra ver que se ha recuperado tan bien del atropello. Lo vi mal, muy mal. No creía que fuera a salir de ese agujero, sobre todo cuando recibí la llamada de su mujer.

—Gracias, comisario Fernández. El conocer al causante de mi caída es lo que me hizo levantarme.

—¿Dice que Juan y usted siempre se encontraban aquí, en su habitación? —dice el comisario Fernández.

—Sí. La 710. Salvo la ocasión en que vino a casa acompañado del doctor.

—Ahora entiendo por qué sabía dónde vivía. ¿Alguna vez habló mal del doctor Cortés?

—En repetidas ocasiones, pero el doctor no le daba mayor importancia, era un auténtico profesional, creía que Juan solo era un loco con tendencias agresivas.

—¿Vio cómo mató al doctor?

—No. Mi mujer, sí.

—¿Entonces cómo puede asegurar que fue Juan quien arrojó al doctor por la terraza? —dice levantando una ceja.

—Juan me dijo que iba a hacerlo.

—Una última pregunta. ¿Sabe qué esconde el doctor en la sala cerrada de su despacho? ¿Alguna vez se la enseñó?

—No, decía que se la encontró cerrada y que nunca la abrió. ¿Eso es importante?

—Estoy seguro de ello. Lo dejaremos aquí. Tengo otro interrogatorio. Me hubiera gustado llevarle al taller. Es un engorro estar moviéndose en taxi. Los coches son como los falsos amigos, te fallan cuando más los necesitas.

—La interrogada es mi mujer, ¿verdad?

—Ella ha pedido no verle. Puedo hacerle testificar, pero no puedo obligarla a que se encuentre con usted.

—Dígale que le deseo lo mejor.

—Así lo haré.

Me llevo la mano a la barbilla.

—O mejor, no le diga nada.

En el taller, el mecánico me recibe con una amplia sonrisa.

—Ya lo tiene. Luna nueva y arranca como el primer día que lo usó. Los cables de las bujías estaban hechos polvo, poco le han fallado con todos los kilómetros que tiene este campeón —dice dando golpecitos sobre el capó.

—Lo que hace el desconocimiento. Como el arranque me falla desde que... —el recuerdo del atropello no tarda en proyectarse en mi mente— tuve un golpe en los bajos, pensaba que eso podía ser la raíz del problema.

—En absoluto. Ese gato gris solo ha dejado su rastro en el radiador. Debí pasarle de refilón.

—¿Gato gris?

—Gato, perro, liebre, conejo... Da igual, un animal con pelo gris. El matojo de pelos que ha dejado es considerable. ¿Quiere verlo?

No me entretengo. Nunca pensé que iba a volver, pero mis dudas me transportan allí, al lugar del accidente. Todo es distinto a cómo lo recordaba. No hay lluvia, no hay niebla, solo hay tranquilidad. Bajo del coche. Rememoro lo sucedido, no necesito hacer esfuerzos para ello, solo armarme de valor para poder centrarme en lo que siempre he querido olvidar: oscuridad, vapores, faros, líneas blancas, sombra, bastón, cuerpo. El bastón, debo encontrarlo, debo saber si es tan antiguo como Juan afirmaba. Me acerco a la cuneta, con la vista agachada camino por ella con la esperanza de encontrarlo. Unos metros más allá, unos pájaros espantados alzan el vuelo. De la frondosidad, resurge una sombra. Se me hiela la cara cuando lo veo. Es Juan llevando consigo el bastón. Se detiene y me mira.

—Sé a lo que has venido—dice—. Tienes dudas de quién soy. El loco que te ha presentado Cortés o el eterno errante. Quieres saber si este bastón es tan antiguo como te dije. De esa forma, crearás mi historia.

—Sabes que no me vale la fe. Necesito ver.

—¿Acaso no has visto demasiado? ¿No te han dicho nada mis conversaciones?

—Soy un incrédulo.

—Entonces no te falta que yo te muestre nada. Te faltan ojos para ver.

—¿Por qué mataste al doctor?

—Se lo merecía, es el sitio donde le corresponde estar, en el infierno, pero yo no le he matado. Nunca me creerás. Para ti solo soy un loco asesino con síndrome de personalidad múltiple.

—No puedo negar la realidad.

—Te corrijo. No puedes negar tu realidad, pero la verdad ni es tuya ni es mía.

Juan se da media vuelta y se marcha. Al alejarse apoyado en su bastón, puedo ver la sombra del anciano que atropellé aquella noche.

LA REALIDAD DE AMY

CAPÍTULO 1.

NO PUEDO SEGUIR ASÍ

Camino bajo un paraguas. Atenta al suelo, sorteo los charcos y las cascadas que se precipitan de los canalones con pasitos pequeños pero controlados, no quiero manchar los zapatos. Las farolas de la ciudad despiertan con la caída de la noche, pintando las calles con tonos amarillos de acuarela. El humo de los tubos de escape difumina las luces de la caravana de coches que invade la ciudad. Me encojo al atravesar la intemperie del puente que salva el río. Con la lluvia, el caudal ha crecido y los pilares dividen las aguas en rumorosos torrentes. El rojo de un semáforo me detiene. Al otro lado de la calzada, dos jóvenes se comen la boca entrelazados en un abrazo retorcido e imposible. Los vigilo. Están ausentes del mundo que los rodea, de la lluvia, del semáforo, de mis ojos indiscretos y envidiosos. Un coche pisa un charco que salta sobre ellos. Se ríen, se miran a los ojos y siguen besándose. Suspiro. Me encojo dentro del paraguas, la lluvia se vuelve aguacero. Un escaparate devuelve mi reflejo al pasar. Me detengo, me observo dentro, veo mi imagen semitransparente, un reflejo incompleto de mí.

Menos los zapatos que han llegado acartonados, consigo llegar a la Taberna Irlandesa en condiciones aceptables y justo antes de que el aguacero se convierta en tromba. Un ambiente cargado, gris oscuro y un rumor de fondo me reciben. El bar está repleto, la lluvia ha atraído a la clientela y retiene a los que se quieren ir. La ventilación no consigue repartir aire con tanto gentío. Entre espaldas sudorosas y mojadas, me muevo mientras busco a mi amiga. Bajo una bombilla con filamento grueso y color ámbar, Sofía lanza una sonrisa blanquísima, se levanta de la mesa y me da un abrazo que remata con dos grandes besos.

—¡Felicidades! ¡Que sigas así de guapa y por mucho tiempo!

—Quizás eso sea lo único que sigue en mi vida y que no quiero que cambie.

—Noto una triste melancolía. Te pido una Guinness y me cuentas.

Doy un trago a la negra, su aroma y amargor me transportan a mi tierra.

—No lo soporto más. Mi vida con Arturo no se acerca ni de lejos a la que había imaginado. Siempre está ausente y ocupado. Me equivoqué animándole a que trabajara en el periódico, lo veía tan hundido que creía fuera lo mejor.

—¡Qué me vas a contar a mí! Lo he vivido en mis carnes. Si por lo menos tanto esfuerzo te hiciera vivir como una reina.

—El dinero no me importa, solo quisiera retenerlo a mi lado y que todo fuera como cuando nos conocimos, cuando me sorprendía, cuando hacíamos cosas distintas. Mira, hoy es mi cumpleaños, Arturo está trabajando lejos; estoy segura de que adelantará la vuelta; me traerá el perfume que tanto me gusta y que siempre me regala; me llevará al mismo restaurante que los últimos años, ese que le encanta, pero que tanto odio; se inflará de comida y alcohol; luego me echará un polvo y se irá a dormir pensando que ha sido la mejor noche de mi vida.

—La rutina te atormenta y Arturo es la rutina. Si yo fuera tú, me corría una aventura. —Noto como sus ojos se mueven para centrarse en algo que ocurre a mi espalda—. Disimula y no mires. —Sofía extiende su abanico y se tapa la boca con él—. Hay un tipo que no te quita ojo, es clavado a Harrison Ford de joven, quién lo pillara. Vamos, ánimate, con lo mona que eres, lo tienes fácil.

Se retira la blusa del hombro, sacando a la luz su tatuaje con forma de delfín, y se abanica con insistencia, dudo si para disimular, para recibir un poco de aire o para atraer la atención de «Indiana Jones».

—No voy a ser infiel. Voy a dejarlo, pero sin hacerle daño. Se lo diré esta misma noche.

—¿Lo has pensado bien? —dice mientras se arregla el pelo y mantiene la mirada sobre ese hombre.

—Sí.

—No creo que el día de tu cumpleaños sea el más adecuado para una ruptura, pero no esperes más, cualquiera que sea tu decisión, te apoyaré —dice volviendo a este planeta.

El timbre del teléfono rompe la conversación. Un número desconocido parpadea en la pantalla.

—Soy el comisario Fernández. ¿Hablo con Amy? Su marido ha sufrido un ataque de ansiedad. Ahora se encuentra bien. Ha atropellado a un hombre. La llamaré si necesito que venga a buscarle.

El mundo se me cae.

CAPÍTULO 2.

VOY A HACERLO

Nada más llegar a casa, me cambio. Voy al salón, me siento como en una cárcel, contemplo la sala con paredes azul claro y muebles desgastados colocados sin ton ni son, ni pies ni cabeza. Apago la lámpara y me dejo guiar por la luz del acuario para no chocar con mi arpa, las dos únicas cosas que tienen sentido en este desbarajuste de hogar. Abro la persiana del ático y me dejo caer sobre el sillón, desde donde observo la libertad al otro lado del cristal. Las luces de las farolas rebotan sobre las nubes mostrando un naranja apagado y artificial, el silencio de la casa me deja percibir el ruido de la lluvia. Contemplo la tormenta en soledad. Qué palabra, «soledad», nunca me ha gustado, pero en este momento la busco y la deseo. Si Arturo no apareciera por esa puerta, no tendría que poner fin a nuestra desdichada historia. Si pudiera viajar en el tiempo, nunca habría iniciado esta relación. Voy a cortar, voy a ser fuerte, voy a hacerlo.

Una llave se abre paso en la cerradura, Arturo ha llegado. Me levanto y me apresuro a encender la luz de la lámpara de pie, me separo de ella ocultando la cara. Escucho los pasos por el pasillo, suenan pesados y lentos. Arturo aparece por la puerta, mostrando un aire decaído y aspecto desaliñado, le precede un vomitivo pestazo a alcohol, el olor del mismo perfume que me regala todos los cumpleaños. Su visión me angustia y me bloquea. Intento hacerle desaparecer de mi vista, apartándolo para que no influya en mi decisión, pero no puedo.

Arturo me mira, tiene los ojos quietos e idos, se acerca y me abraza.

—Feliz cumpleaños —dice con tono seco y fundido. Está abatido.

—Sé lo que ha pasado. El comisario me ha llamado. Te llevo esperando todo el día.

No voy a decirle que he estado con Sofía. No quiero darle pie a que me pregunte de qué hemos hablado o qué hemos estado haciendo.

—¿Por qué estás a oscuras?

—Cuando era pequeña, en las tormentas, los plomos saltaban y las bombillas estallaban. Papá nos hacía juntarnos en una habitación para no fundirlas todas, por eso solo tengo una luz encendida.

No quiero decirle que el color de esta habitación me entristece y sus muebles me agobian, y aunque se lo he repetido infinidad de veces que quiero cambiar el salón, nunca me ha dejado.

—Toma tu regalo. Creo que se ha roto.

—No importa. —Es la misma colonia de siempre, no me pierdo nada—. Vamos a dormir.

—No puedo vivir sin ti. Soy el hombre más afortunado del mundo.

Reviento a llorar, son las palabras que no quería oír.

CAPÍTULO 3.

UN CAMINO LARGO

No lo aguanto más. Desde que Arturo volvió, no salgo. Me he encerrado en casa con pero sin él. Estoy cansada, si él ha decidido hacer huelga de este mundo, no voy a seguirle. Camino con paso ligero, llego tarde, como viene siendo costumbre en estos días, así que, cuando paso por el puente, no me detengo a observar el río, un ritual que voy a sacrificar por Sofía. Me encanta escuchar el rumor del agua y sentir el frescor de su proximidad, sin embargo, ser la última en aparecer no es algo que me agrade. Gracias a Dios que Sofía nunca me lo ha recriminado, qué gran amiga es. Cuando abro la puerta de la Taberna Irlandesa compruebo que la marabunta del último día, el de mi cumpleaños, pasó a la historia. El bar ha vuelto al estado normal y nuestro rincón de confidencias no ha sido profanado. Me apresuro a acercarme a nuestra mesa, al lado de la cristalera. La cara de Sofía está eclipsada por el sol que entra de medio lado. Este bar me encanta, me recuerda a Irlanda, aunque solo sea por imitación a las auténticas tabernas. Nada más verme, el camarero se precipita a traernos el desayuno, sabe lo que tomamos, es lo que tiene venir siempre al mismo sitio.

—Hola, guapa —dice Sofía agitando el abanico—, cómo te encuentras.

Suspiro y dejo caer dos terrones de azúcar que se sumergen en el café.

—Bien —digo y bajo la mirada. Observo como la cucharilla hace un profundo remolino en la leche cuando gira.

—No me mientas. Si quieres, te traigo un espejo y comprobarás como no puedes engañarte ni a ti misma.

—Arturo está fatal, pasa el día y la noche en la cama.

—¿Se lo has dicho? ¿Le has dicho que ibas a romper?

Dejo de marear el café y me llevo las manos a las sienes, soportando el peso de mis palabras.

—Qué va. No me he atrevido. Estaba convencida de hacerlo, pero el atropello le ha afectado mucho. Le veo mal, muy mal. No sé cuánto tiempo voy a soportar esta situación.

—No sé cómo aconsejarte. Si yo fuera tú, no esperarías, le dejaría ahora mismo. Sin duda, no es un buen momento para romper, pero no puede ser a costa de tus tragaderas. Quizá lo único que puedas hacer es ayudarlo a superar este momento y después dejarle. ¿Has probado a hablar con el comisario?, puede que tenga información sobre ese hombre que ayude a Arturo en su recuperación, si es que la tiene.

Bebo el café de un sorbo. Machaco con los dientes los granos de azúcar que no han llegado a disolverse.

Exhalo profundo antes de deslizar la llave por la cerradura de casa. Siento encogerme cuando paso por el umbral de la puerta. Entro despacio y en silencio, escucho papeles rasgándose. El ruido proviene del despacho de Arturo. Allí está él, con la cara fuera de sí, pagando su sufrimiento con unas libretas. El suelo está cubierto de trozos de papel y la lluvia de celulosa no cesa. Arturo está ido, poseído por una ira que lo ciega y ensordece. Noto como me observa de reojo y se detiene.

—Acabo de hablar con el comisario. El hombre sigue vivo. No parece que vaya a denunciarte. El comisario no ve indicios de culpabilidad, ha sido un atropello fortuito e inevitable; no sabe quién es

ni tampoco nadie parece haberle echado en falta. No hay testigos del accidente —digo con voz melosa, intentando evitar que se me escape un «¡qué haces!, ¡te has vuelto loco!».

—Y a mí qué —dice despreciándome con una mirada esquivia.

—Creo que te interesa. Quizá el saber que no lo has matado te haga salir de tu frustración y de esta casa.

—Primero tendrá que salir de mi mente...

Yo más que tú, pienso, para que luego salgas de mi vida.

—Ha sido menos de lo que parecía. El parachoques le ha dejado un corte en la cabeza que le arrancó parte de la melena. Según el TAC, no hay traumatismos graves, solo ha tenido delirios a la hora de despertar, así como pérdidas de memoria. Lo van a llevar a un hospital psiquiátrico para que valoren su salud mental.

—Lo que me cuentas no borra lo que sucedió esa noche.

—Solo intentaba ayudarte. Quiero que te recuperes y pronto.

—Si quieres ayudarme, abrázame.

Se levanta, me quedo petrificada, no quiero que me toque. Me abraza con fuerza, tanta que me produce sarpullidos.

CAPÍTULO 4.

UNA OPORTUNIDAD

Percibo los cerrojos de la entrada, después, la puerta cerrarse. Desde el accidente, es la primera vez que Arturo sale y estoy segura de que no lo haría si no fuera por algo importante. Por las horas que son, intuyo que va a la editorial, son las que su jefe, adicto al trabajo y a los cigarros, dedica a planificar los próximos artículos.

Recorro descalza la tranquilidad y silencio de casa, me detengo en la cocina, llamada por el aroma que desprende el café que ha preparado Arturo. Me sirvo una taza que acaba en el fregadero; amarga y a mí me gusta bien endulzado, todo lo contrario que la cerveza. Salgo a la terraza. La mañana se presenta apagada, el cielo está cubierto, el tiempo, como los últimos días de mi vida, son extraños y cambiantes. Las nubes se mueven despacio sin dejar de metamorfosearse. Intento buscar en ellas alguna figura, como cuando era niña y salía los domingos a pasear con papá y mamá por Dublín. ¡Cuánto los echo de menos! Me fui demasiado joven de Irlanda y de ellos ya solo me quedan los recuerdos y las fotos.

Rebusco entre los cajones de la ropa interior los álbumes y vuelvo a la terraza. Antes de abrirlos, acaricio la portada, me gusta palpar su textura, suave y delicada. Los ojeo con cuidado, parándome con la mirada en cada uno de los detalles, cada fotografía enciende en mí un recuerdo nostálgico. Veo a papá y mamá, jóvenes y felices; me veo a mí, con mirada tierna e inocente y sonrisa rosa bajo mi mata de pelo rojo. Suspiro. Paso unas páginas y llego a las fotos de mi viaje a España, cuando conocí a Arturo, cuando me sentía la mujer más feliz del mundo, son momentos que retengo solo en las fotos. Atrás quedó la libertad y el atrevimiento de la juventud, la ilusión de las primeras veces, las miradas tímidas, los besos largos. Miro aquellos días con ojos envidiosos y lejanos. El tiempo ha pasado y, con él, han llegado las responsabilidades, los viajes de Arturo, los problemas, la distancia, los malentendidos. Si pudiera hacer algo por volver a aquella época, no dudaría en hacerlo. Suspiro y alzo la vista. A lo lejos, un rayo atraviesa las nubes. Observo como crece. En ese pequeño claro, las nubes se están disipando, dejando asomar un tímido agujero azul.

—Amy, qué haces llamándome tan pronto, qué ha pasado —dice Sofía al otro lado del teléfono con voz perezosa.

—Si no te importa, no voy a desayunar. Arturo ha salido y me voy a quedar en casa.

—Pues aprovecha. Sal y despéjate. ¿Qué vas a hacer?, ¿quedarte en casa viendo una tonta película romántica e ilusionarte pensando que te puede ocurrir como a la protagonista y vas a recuperar a tu marido porque los astros así lo desean?

—No. Voy a ser guionista de mi propia película —digo y alzo la mano para observar la alianza.

Llevo la mañana y la tarde encerrada en la cocina. No me gusta cocinar, pero merece la pena intentar despertar a Arturo, hacerle ver que necesito un poco de romanticismo y pasión, que el dinero y el trabajo no lo es todo, que tenemos que pensar en nosotros.

—Hola.

Oigo la voz de Arturo a mis espaldas.

—¡Hola! No te había oído llegar.

—Vamos a cenar fuera. Hace mucho que no lo hacemos.

Primera en la frente. Salvo en días de celebraciones, siempre cenamos aquí, y mira por dónde, hoy quiere salir.

—¡¡¡No!!! Hoy, no. Llevo toda la tarde cocinando.

—Vamos. Lo que estás preparando se puede comer mañana.

—No, cariño. Hoy, no. Quiero que cenemos juntos y solos. Ve a la terraza. Ya está todo preparado.

Saboreo el estofado, no voy a tirarme flores, pero podría ser la envidia del chef Gordon o de Chicote. Corro a la habitación, no quiero hacer esperar a Arturo y me pongo el vestido que llevaba la primera vez que quedamos y un brillo labial, algo suave y delicado. Estoy lista para triunfar.

—Estofado de carne —dice—. Me encanta la comida irlandesa. Ese vestido me recuerda a algo, pero no sé a qué.

—Es el que llevaba la primera vez que quedamos. No me lo he vuelto a poner desde entonces.

—Pues deberías ponértelo más. En el armario solo ocupa sitio y todavía no está pasado de moda.

¿Nada más?, ¿solo ese comentario?, decepcionante. Estoy por tirar la toalla si no fuera porque queda toda la noche, algo de estofado y pocas esperanzas.

Los cubiertos golpean un silencio incómodo que la música del violín del vecino rompe.

—Maldito vecino. Me pone histérico. No se ha dado cuenta que toca fatal —dice.

—Dale tiempo, ya aprenderá y nos deleitará. Nadie nace aprendido. Yo lo necesité para tocar el arpa. Tú también lo necesitaste para escribir bien y ahora te ganas la vida con ello.

Percibo como la cara de Arturo se vuelve un tomate. Tose.

—Es verdad. Haré un esfuerzo por entenderle.

Me extraña el comentario tan comprensivo de Arturo, no es propio de él. Le observo, veo como una gota le resbala por la frente. Me evita con la mirada y parece ponerse nervioso.

—La comida quema —se precipita a decir.

—A mí no me lo parece.

Qué le pasa. Le observo sin pestañear, analizándole. Estira el brazo para alcanzar el vaso, sin embargo, lo golpea y derrama el vino sobre el mantel creando un charco rosa.

—Estoy contenta de que hayas salido de casa. ¿Dónde has estado?

—He ido a la editorial. El jefe me ha dado un nuevo proyecto muy interesante. Debo entregar un artículo de lo que quiera. Tiene temática libre.

—Ya. Oye —digo descargando mi ira en un trozo de carne al que clavo el tenedor. Su trabajo es superior a nosotros—, ¿alguna vez me has engañado?

—Nunca. Solo tengo ojos para ti. Ya sabes cuánto te quiero y que sin ti no puedo vivir.

—De eso no tengo dudas. Me refiero a mentir, a no decir la verdad.

—¿Por qué lo dices?

—Estás inquieto, me evitas con la mirada. Te conozco.

—Estoy despedido. No estoy a la altura. Ese hombre con el chubasquero me está quitando todo, no puedo dejar de pensar en él, no puedo concentrarme, no puedo escribir. Estoy acabado.

—Sigo pensando que debes verle y resarcir tu pena. Visítale, habla con él. Comprueba que se ha recuperado, que está bien. Eso te quitará la culpa que llevas encima y tu vida..., quiero decir, nuestra vida... volverá a ser la de antes.

—No estoy seguro. No tengo valor.

—Te acompañaré.

Se levanta y me abraza por la espalda. Este no es el guion que había escrito.

—No sé qué haría sin ti —dice.

Morirte de asco, pienso.

CAPÍTULO 5.

NO LO PUEDO DEJAR EN SUS MANOS

Acompaño a Arturo al hospital. Esta mañana en el desayuno, cuando le conté a Sofía que mi película no había tenido un final feliz, no le sorprendió, se puso como una fiera conmigo, nunca la había visto así, alzando la voz, me dijo que estoy ciega y que no entiende qué me paraliza, debo dejarle ya. Al salir del café, estallé a llorar, sé que me lo ha dicho porque es mi amiga, porque me quiere, porque empieza a cansarse de estar oyendo mis penas y verme así.

Arturo camina en silencio, creo que ha aceptado venir al hospital solo por complacerme y que, si puede, hará todo lo posible para evitar encontrarse con ese hombre. Me ha pedido que le deje a solas con el doctor, que no me meta en medio.

Cuando llegamos a la puerta del doctor que se ocupa del hombre atropellado, un tal doctor Cortés, me retiro, pero no me voy muy lejos, me quedo al otro lado de la esquina, con la oreja abierta y el oído bien afinado.

El tiempo no parece pasar, siento como Arturo se mueve de un lado a otro y el sonido de los engranajes de una máquina expendedora. Luego siento pasos acelerados de Arturo y escucho las reiteradas negativas del doctor mordiéndome la lengua hasta que ya no puedo más

—Oiga. Me permite hablarle un momento, doctor.

El doctor tiene medio cuerpo dentro del despacho y fuera de la conversación.

—Con quién tengo el placer de hacerlo —dice girándose hacia mí.

—Soy Amy, la mujer de Arturo. Creo que debería reconsiderar su respuesta.

Veo como la cabeza del doctor baja y vuelve a subir sobando con la mirada mi cuerpo. Mi imagen le ha debido impresionar, se habrá dado cuenta de que no soy un fantasma.

—Pasen a mi despacho.

No puedo dejar que Arturo entre, si dirige esta conversación, la llevará al fracaso. Le bloqueo con el brazo.

—Déjame que hable yo, entraré sola.

Para mi sorpresa, Arturo acepta sin rechistar.

Cierro la puerta y me quedo de pie delante de ella, quiero comprobar si el doctor hace valer su nombre y es un hombre «Cortés» o su galantería acaba en su apellido. Le vigilo. Introduce unos medicamentos que saca del bolsillo en el cajón de su escritorio, después se anuda el nudo de la corbata para luego rodear la mesa; apoya la rabadilla en la mesa y los brazos estirados en su borde; y nos intercambiamos la mirada en silencio. Le examino el pelo, voluminoso, negro, sin canas y bien peinado como si acabara de salir de la peluquería; reparo en sus ojos, que se muestran tristes y alicaídos; observo sus manos, son delicadas y suaves a la vista. O acaba de estrenar la ropa o tiene bono en la lavandería, el traje le queda perfecto, parece estar hecho a su medida y su corbata rojiza luce un nudo perfecto.

Su mirada constante y el silencio prolongado me incomodan. Cruzo los brazos.

—¿No me va a ofrecer asiento?

—Relájese, Amy. No, no lo voy a hacer, porque esta conversación va a ser muy breve. Dígame, ¿por qué debo reconsiderar mi respuesta?

—Porque mi marido le está pidiendo ayuda y usted se la está negando. Entiendo que tiene muchos pacientes, que, además, es el director del hospital, que está tremendamente ocupado y que no tiene tiempo para regalárselo a nadie, pero no comprendo por qué no puede dejar que un hombre intente recuperar su vida enfrentándose a sus miedos.

El doctor me mira sin abrir la boca, solo observa.

—Doctor, si usted tiene un problema, ¿no le gustaría que le ayudasen? —disparo otro cartucho, el último, el de la empatía y la generosidad.

—Sí —dice y agacha la cabeza—. Mi oficio es ayudar a la gente a superar sus patologías, por eso debo proteger a mi paciente, no sé cómo puede reaccionar. Quien tiene un problema es mi paciente, no su marido. No creo que su esposo necesite nada más que algo de tiempo para recuperarse.

Me doy por vencida, este hombre era la última esperanza. Arturo no va a salir de la depresión. Noto como los labios me tiemblan, la garganta se me agarra y me pongo a llorar.

—Gracias por nada, doctor —digo agarrando el pomo de la puerta.

—Espere. No quería hacerla llorar, no de esa manera —dice cogiendo un lápiz del escritorio y, arrancando un folio, escribe algo en él.

—Tome mi número de teléfono. Llámeme esta noche. Voy a hablar con el paciente. Si él acepta, dejaré que su marido le visite.

—Gracias, doctor.

Intento sonreír y me froto las manos sobre las lágrimas antes de dejar el despacho.

Al verme salir, Arturo se levanta de inmediato.

—Va a preguntarle al paciente. Si acepta, podrás venir mañana.

—¡Fantástico! Espero que así sea.

La cara de Arturo muestra la versión contraria de sus palabras. En el caso de que el paciente acepte, debo asegurarme de que Arturo venga.

Estamos cenando en la terraza, con la disculpa de ir a por agua, voy a la cocina, busco un poco de intimidad para hablar con el doctor. La mano me tiembla cuando marco el número. El destino de Arturo, y por ende el mío, pasa por el doctor. Nadie contesta. Doy vueltas alrededor de la cocina, quizá solo me ha dado el número para que me fuera. Maldito doctor. Llamo otra vez.

—Sí. —La voz del doctor alivia mi sufrimiento.

—Hola, ¿podrá acudir mi marido mañana?

—Perdone, quién es, no sé a qué se refiere.

Pues sí que tiene mala memoria, y eso que me ha examinado de arriba abajo y por partida doble, pienso.

—Perdone usted, una cree que es la única persona que hay en este mundo, pero usted trata con mucha gente. Soy Amy, la mujer de Arturo, me dijo que iba a hablar con el paciente y...

—Sí, claro, ahora recuerdo. Acabo de hablar con él. No hay problema, su marido puede venir mañana.

—Muchas gracias, doctor. No puede imaginar cuánto se lo agradezco.

—No se preocupe. Sus lágrimas me han conmovido. Nadie debería sufrir.

—Cariño, acabo de hablar con el doctor. Te espera mañana. ¿No estás contento?

—Lo estoy, pero no te voy a negar que me produce algo de pánico encontrarme con él.

—Entiendo que, si ha aceptado, es porque no tiene nada en tu contra. Además, el doctor parece una persona muy responsable, si no lo viera claro, no te dejaría ir.

Aunque intente ocultarla, la cara de Arturo está descompuesta.

—No te preocupes, te acompañaré.

CAPÍTULO 6.

UN ENCUENTRO POCO HABITUAL

—Vamos, que llegamos tarde —grita Arturo desde el salón.

—Ya estoy —digo colocándome los zapatos de tacón delante del espejo. El vestido amarillo que he elegido me queda bien y el maquillaje suave y natural solo define mis labios y marca mis ojos, lo suficiente para ir elegante y arreglada pero sin provocar. Ya me lo ha dicho Sofía: «Gánate al doctor, es el que manda, el destino de Arturo y el tuyo está en sus manos». La primera impresión del doctor me ha quedado clara: es un hombre detallista y le importa mucho la imagen, tengo que ponerme a su altura, captar su atención.

Como presumía, el doctor Cortés se muestra educado y cordial. Le seguimos hacia la habitación 710. Me pongo a su lado y le observo de reojo, camina derecho, con paso decidido, puedo sentir la fuerza de sus pasos según avanza por los pasillos, entre los enfermeros que detienen lo que están haciendo para saludarle. Me siento observada. El caminar cerca de él me empodera, me gusta.

Llegamos a la habitación 710. Tengo curiosidad, quiero poner cara a ese hombre que ha invadido el espacio de Arturo de manera abrupta.

—Juan, este es Arturo, el hombre que quiere verle, y Amy, su esposa —dice el doctor.

Juan gira la cabeza y mira a Arturo con un gesto de desprecio desinteresado, si las miradas mataran, me habría hecho viuda y libre.

—No parece muy interesado en verme. Será mejor que me vaya —susurra Arturo al oído del doctor.

—Lo está. Debe tener algo de paciencia con él. Si necesita algo, llame al enfermero, nos vemos en una hora —dice el doctor colocando el brazo sobre mi hombro, dirigiéndome con su tacto a la puerta.

El doctor me lleva a la cafetería del hospital. Me siento en el taburete de la barra y giro el cuerpo para prestarle atención, él decide permanecer de pie.

—¿Qué le ha parecido el paciente? —dice Cortés.

—Poca cosa: delgado, pálido y bastante cabreado, pero hableme de él. Seguro que tiene mucho más que contar.

—Juan es un caso particular. Se cree inmortal, dice que tiene dos mil años, que conoció a Jesucristo y que este le maldijo por un desplante condenándole a vagar eternamente por el mundo.

—¡Qué inventiva!

—Es todo menos inventiva. La historia de un hombre inmortal que vaga desde su encuentro con Jesucristo es una leyenda cuyo origen se remonta siglos atrás en el tiempo. Juan está obsesionado con esa historia y la ha hecho suya. El motivo, no lo sé.

—¿Puede ser una secuela del accidente?

—Lo descarto. Según el informe del hospital que le atendió, no existen traumatismos. No tiene conocidos ni familiares, ni siquiera tiene apellidos y no llevaba documento de identidad. Es un hombre muy misterioso.

—Seguro que con su experiencia y conocimiento será capaz de descubrir qué lo hace serlo.

—Será complicado, además de misterioso, es culto e inteligente. Si no quiere revelar su verdadera identidad, nunca sabremos quién es realmente.

Llegan los cafés que hemos pedido.

—Por favor —digo dirigiéndome al camarero—. Traígame otro sobre de azúcar.

—No hace falta. Tome el mío —dice el doctor rozando con los dedos la palma de mi mano, arrancando un vacío de silencio que el doctor llena con una mirada directa y prolongada hacia mi cabello acompañada de una sonrisa un tanto bobalicona. Noto como sus ojos se fijan en mi alianza.

Sin poder evitarlo, siento la necesidad de arreglarme el pelo. Lo moldeo con la mano mientras el doctor lo acaricia con la mirada, en un estado catatónico que le hace ausentarse unos segundos de la realidad. Cuando vuelve de un viaje rápido por la nada, golpea la taza que salta sobre el plato y cae al suelo derramando café sobre la bata del pulcro doctor.

—No. Maldita sea —dice dejando escapar una cara triste que resulta tan divertida que me hace soltar una carcajada que oculto al instante, simulando un tosido—. Le ruego que me acompañe a mi despacho. Tengo una bata de recambio.

Entramos en el despacho, la ventana está medio cerrada, el sol entra cortado dejando parte de la habitación en sombras. Con la tranquilidad que no me acompañó el día anterior, examino el despacho de Cortés, tan limpio y recatado como él, a excepción de la bata manchada de café que ya cuelga del perchero. Esta vez me ofrece una silla, y esta vez soy yo quien la rechaza, me dedico a pasear por los rincones observando los muebles mientras el doctor toma asiento y me sigue con la mirada. Me paro delante de una puerta cerrada, la miro con intriga en los ojos.

—Es una mujer curiosa. Entre.

Agarro el pomo de la puerta.

—¿No ha pensado en lo que puede haber dentro y las consecuencias que tiene abrirla? Es como una caja de sorpresas, ahora es un misterio, pero quién sabe si abrirla es una buena decisión o no.

Me detengo. El doctor parece desafiarme. Le sigo el juego y giro la mano. La puerta está cerrada.

—Y decidida, creí que no iba a hacerlo.

—No lo soy, solo tiene que preguntárselo a mi mejor amiga. Entiendo que me está poniendo a prueba, por eso le he seguido el juego.

—No solo lo digo por la puerta. Me remito a los hechos. Ha sido su insistencia la que propició el encuentro entre Juan y Arturo. Su marido es afortunado teniendo una mujer así a su lado.

—Siempre he intentado hacerle feliz, a cualquier coste.

—¿Qué coste?

—¿Me está psicoanalizando?

—Dios no lo quiera. No me conteste si no quiere —dice con tono y cara seria.

—Entonces no lo hago.

—Si su físico no miente, tiene ascendencia irlandesa —dice volviendo la sonrisa a su rostro.

—No miente. Soy dublinesa. No es difícil ver el estereotipo de mujer irlandesa en mí. Por lo menos el que se ha vendido fuera de Irlanda.

—Sucede en todos los lugares. Si le digo «España», seguro que le viene a la mente flamenco, toros y paella. Las profesiones también los tenemos. ¿Cuál es el de los psiquiatras para usted?

Me quedo pensativa. Al cerebro me vienen imágenes de manicomios, lobotomías, camisas de fuerza, sufrimiento. No quiero romperle la estima.

—Responderé yo por usted —dice a la vez que se levanta y pasea por el despacho—, manicomios u hospitales psiquiátricos; lugares donde los enfermos sufren y padecen hasta su muerte, lugares en los que se encierra a personas que no deben estar en contacto con la población

llamemos normal, lugares aislados y fuera de las ciudades. También habrá pensado en útiles como camisas de fuerza, agujas largas para hacer lobotomías; prácticas de otros tiempos que, al igual que el resto de la medicina, han evolucionado, ¿acaso no se creía antaño que las sangrías eran un remedio infalible para muchas enfermedades? Y los médicos, hombres perturbados con mentes maliciosas que usan a los pacientes como conejillos de indias para hacer las pruebas más extrañas y extravagantes. ¿Es o no es así? —dice parándose delante de mí.

—Es así, pero no quiere decir que sea como le veo a usted, sino...

No quiero acabar la frase, siento que puede ser malinterpretada. Una sutil mirada a la boca del doctor me permite ver una sonrisa coqueta, un vistazo a su mirada capta un flash en sus ojos. Me siento vulnerable.

—Acabe, por favor, no me deje con la miel en los labios.

—Es hora de volver con mi marido.

—Quedan quince minutos, no tenga prisa.

—Iré a esperarle a la puerta.

—La acompaño.

Arturo está sentado en un banco, tiene la espalda agachada y mira al suelo. Siente mis tacones antes de que llegue a su lado. Se levanta y me agarra del brazo, tirando de mí.

—Vámonos —dice Arturo—. Se lo ha debido pensar mejor, no quería hablar conmigo. Me he sentido como un idiota inútil. Ha sido una idea nefasta.

—Juan es una persona particular —dice el doctor—, puede parecer maleducado e, incluso, ofensivo, pero solo tiene que conocerle para darse cuenta de que es una máscara que se ha creado. Le animo a que vuelva a intentarlo otro día.

—He venido a arreglar lo que no se puede reparar. Amy está equivocada.

—No lo creo. Está desanimado porque no ha visto avances inmediatos. Vuelva mañana. Si no hubiera progreso, entonces yo mismo le diré que abandone.

No hablamos en el resto del día, ni Arturo del encuentro con el errante ni yo del mío con el doctor. Esa noche Cortés se presentó en mis sueños.

CAPÍTULO 7.

CUÉNTAME MÁS

Camino buscando la sombra de los edificios, la ciudad es un horno y, aunque son las primeras horas del día, el sol irradia con tanta fuerza que me pica la piel. Decido saltarme mi parada habitual sobre el puente si no quiero acabar como un cangrejo. Llevo la mente entretenida con las palabras del doctor Cortés y con su figura, elegante y pulcra, impresa en la retina. En la taberna me espera Sofía, agitando el abanico con tal ahínco que el delfín de tinta parece querer escapársele del hombro y echarse a nadar.

—Odio este calor. No he pegado ojo en toda la noche. Mira qué ojeras —dice Sofía.

—Pasar una noche en vela es algo que nunca te ha importado, es más, sueles presumir de ello —digo mostrando una sonrisa.

—Amy, la diferencia es quien te hace sudar y no te deja dormir. No es lo mismo un hombre dándolo todo que el termómetro disparado. Te noto más animada. ¿Ha habido novedades con Arturo?

—Realmente, no mucho.

—Te has ganado al doctor, como te dije.

—Lo intento. Pero es don perfecto.

—Hasta los perfectos tienen sus imperfecciones... Vale, déjame que lea entre líneas. El perfecto te gusta.

—No, no es eso. Tengo la sensación de gustarle y creo que es alguien de quien podría enamorarme, pero no hasta que haya roto con Arturo.

—Esa alianza te está matando —dice apuntando con el abanico a mi mano—. No entiendo por qué te frena la fidelidad con alguien a quien quieres dejar —dice cerrando el abanico con un golpe de mano—. Pero dije que te apoyaría en tus decisiones, aunque no las comparta. En ese caso, tendrás que alejarte del doctor.

—No será difícil, no tengo por qué volver a verle.

—Mientras tanto, déjame que, cuando acabemos el café, te invite a un helado bombón muy cremoso. Me muero de ganas de comerme uno.

Desde la terraza, contemplo como el atardecer va cruzando el cielo con pinceladas rojizas y moradas para dejar espacio a la noche, que se presenta poco fresca y sin viento, va a ser otra noche difícil de agarrar el sueño. No he preparado la cena, no tenía ganas y hay sobras de la comida. Arturo se retrasa del hospital. No sé si será una señal buena o mala, pero no tardaré en descubrirlo, oigo sus pasos por el pasillo.

—Juan es un hombre extraordinario —dice lanzando la libreta sobre la mesa—. Lee, lee lo que me ha contado, es una historia fantástica. Es la historia que voy a entregar al jefe, la que me va a devolver mi puesto de trabajo.

La alegría de Arturo me deja algo desconcertada. Deseaba que saliera de la tristeza, pero un cambio tan bipolar y repentino no puede ser nada bueno, estoy convencida de que este estado no va a ser perpetuo. Ojeo la libreta.

—¿Puedes apropiarte de la historia de otro?

—Juan sabe para qué la voy a usar. Se ha ofrecido voluntario. Espero que me deleite con muchas más de estas. Arréglate. Vamos a cenar fuera. Elige tú. Mañana, vendrán a cenar Juan y el doctor Cortés a casa.

Dejo caer la libreta sobre la mesa con un estrepitoso golpe. Me pongo de pie.

—¿Qué has hecho? No puedes invitar a desconocidos a casa y no contar conmigo.

—Tú has sido quien me ha incitado a conocer a la persona que atropellé y la que habló con el doctor. Entiendo que no te guste que un loco entre en casa, pero por eso vendrá con el doctor. Apóyame en esto, Amy.

No es el loco quien me preocupa, pero mejor estar callada.

—Está bien, cariño.

Cuando se lo cuente a Sofía, se va a reír de mí, seguro.

CAPÍTULO 8.

LA CENA

El destino es caprichoso. No quiero ver al doctor Cortés y es mi marido quien prepara la visita, siendo él, sin saberlo, el principal perjudicado. Además, lo hace a lo grande, abriéndole la intimidad de nuestra casa. Sofía no ha parado de reírse cuando se lo he dicho, podía escucharla sin acercar la oreja al auricular. Ella dice que el destino no es caprichoso, que mi destino se llama Cortés y que no deje pasar la oportunidad. No sé qué papel jugar ante el doctor, la de esquivar maleducada y distante o la de mujer predispuesta y cariñosa. Sofía también tiene consejo para ello, me dice que ni una cosa ni la otra, que sea misteriosa pero atrevida.

Les recibo en la terraza, estoy acabando de poner la mesa cuando llegan.

—Habéis llegado demasiado pronto. Quedan unos minutos para el pollo al wiski.

—Ven, Juan —dice Arturo—. ¿Has mirado alguna vez por un telescopio?

Los dos desaparecen por el pasillo. Yo me refugio en la cocina y dejo empantanado al doctor. Pero no tarda en aparecer por la puerta.

—¿Te ayudo? —Oigo a mis espaldas.

—No queda nada por hacer, tan solo esperar —digo dándome la vuelta.

—Entonces esperemos juntos —dice y coge dos vasos que carga con un poco de wiski y me ofrece uno de ellos.

—Nuestra última conversación se me hizo demasiado corta —dice y da un sorbo sin apartar la mirada.

—Culpe a su café o a la bata por haber estado debajo de él cuando se le cayó.

—No fue eso lo que le hizo marcharse. Estaba diciendo cómo me ve, pero no llegó a concretar.

—Tampoco lo voy a hacer ahora —digo sorbiendo un poco de wiski.

—¿Me va a dejar con las ganas?

—Siempre que quiera.

—También de volver a verla con ese vestido amarillo.

—También. Hablando de vestido, ¿puede quedarse cuidando el pollo mientras voy a cambiarme?

Desde la habitación, oigo el reloj que indica que el pollo está listo.

—Lo apago y lo voy llevando a la mesa —oigo que dice Cortés—, traiga el salvamanteles.

Me paso por la cocina y cojo el salvamanteles. El doctor traga saliva cuando me ve aparecer con el vestido amarillo. Nos sentamos.

—Arturo —dice el doctor—, he visto que, además de observar el firmamento, toca el arpa —dice extendiéndose la servilleta sobre la pernera.

—La música es Amy.

—Vaya, espero que nos pueda deleitar con alguna melodía divina —dice el doctor.

—Ella solo toca en la intimidad —me quita la palabra Arturo.

—Entonces no insistiré —dice el doctor cogiendo un entremés.

—Tampoco conoce ninguna obra de Vivaldi para arpa —dice Arturo, algo mosqueado.

—Al doctor le gusta Vivaldi —dice Juan—, el cura rojo. Y Van Gogh, el loco del pelo rojo.

—Mi tesis doctoral trató sobre los pelirrojos. Ya sabrán que, en la Edad Media, las mujeres pelirrojas fueron perseguidas por considerarse brujas y acabaron en la hoguera, que Hitler prohibió

el matrimonio entre pelirrojos, que en el antiguo Egipto eran considerados descendientes de Set o que en el Imperio romano portaban los malos augurios. Pues bien, aparte de las ideas extravagantes generadas, existen estudios científicos que afirman que se tratan de gente muy especial. Personas que sufren el dolor de una manera particular o que debido a su capacidad de generar vitamina D están más protegidas frente a algunas enfermedades, además de poseer un don especial para el arte.

—Le gustan las mujeres pelirrojas —insiste Juan.

—No exactamente. Me gusta el color rojo, me atrae. Pero no es determinante para que una mujer me atrape. Tiene que poseer otras cualidades, debe ser muy femenina, decidida, fuerte y debe sorprender.

Cojo la copa de vino y bebo despacio, con ella delante oculto el rubor que noto en las mejillas.

La cena continúa con conversaciones de lo más normales y alguna que otra mirada del doctor que no dejo de interpretar como seductora. Es una pena que sea la última vez que nos veamos. Aquí acaba el juego, pienso cuando se levantan de la mesa para marcharse. Yo me retiro sin ni siquiera despedirme.

—Amy, ¿has visto mis llaves? —dice Arturo.

—Tienen que estar en casa, has abierto la puerta con ellas. ¿Qué tal lo has pasado?

—Bien con Juan. El doctor me ha parecido demasiado atrevido en algunos de sus comentarios.

—No le des importancia. Yo solo tengo ojos para ti.

—Ya, me he dado cuenta de que le evitabas y que te lo estaba haciendo pasar mal.

CAPÍTULO 9.

LA APARICIÓN

Me levanto con pereza, el despertar me ha roto un sueño placentero en el que Cortés me cautivaba con miradas y conversaciones interesantes y profundas. Un sueño que me lleva acompañando las dos noches que han transcurrido desde la visita del doctor. Me aseo y me visto con un vestido de vuelo color verde y me maquillo con colores suaves, tengo ganas de ponerme guapa y de ver a Sofía, no quiere oír por teléfono cómo fue la visita, dice que es algo que tiene que escuchar de palabra y que requiere dedicación, explicaciones y una buena jarra de cerveza negra. Comparto lo de la dedicación y la jarra de cerveza, pero discrepo en las explicaciones, pues pocas hay que dar. El doctor me gusta, pero sigo firme a mis principios sobre la fidelidad y no estoy dispuesta a recibir presiones para dejar a Arturo. Me sirvo una taza de café y la cargo con mucho azúcar.

Antes de salir, cuando paso delante de la puerta del despacho, veo a Arturo abducido por el trabajo. Me despido molestándole lo mínimo y me voy sin hacer ruido.

Es uno de los pocos días que voy holgada de tiempo a la cita con Sofía, me entretengo observando el ambiente que me rodea desde lo alto del puente, al lado de una farola. Me agarro con ambas manos de la barandilla de piedra. Atrás quedaron las crecidas y los remolinos, hoy el sol brilla sobre las aguas que discurren suaves y susurrantes. La ribera es un campo alargado de hierba alta y verde. Cierro los ojos, siento sobre la cara las caricias tiernas del frescor que mana del río, me dejo llevar por el sonido del paso de sus aguas y aspiro con fuerza para apropiarme del aroma de la naturaleza, sin embargo, es el aroma del perfume del doctor Cortés el que me impregna el olfato y su figura invade mis células grises. Abro los ojos un momento y miro al agua, me parece verle reflejado a mi lado. Los vuelvo a cerrar y pienso que el doctor está invadiendo mis pensamientos. Los vuelvo a abrir y sigue allí, oscilando entre el agua. Oigo su voz.

—Te gusta el agua del río.

Alzo la vista y me doy cuenta de que es el doctor Cortés en persona. Doy un brinco.

—Perdona —dice extendiendo el brazo—. No quería asustarte, creía que me habías visto.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Observo el paisaje. ¿Acaso no puedo hacerlo?, ¿el puente es tuyo? No he visto tu nombre escrito en él. A no ser que esté en uno de esos candados que los enamorados cuelgan en los puentes, emulando al romano puente Milvio.

Dejo escapar una sonrisa tonta.

—No, no lo está. Puedes observar el paisaje si es lo que te apetece.

—Cualquier paisaje es bonito si te rodea, y si el sol deslumbra en tu pelo, se vuelve un paisaje idílico.

—Déjate de cumplidos y dime qué haces aquí.

—Es mi día libre y paseaba. Ha sido una coincidencia verte, una grata coincidencia. ¿Y tú?

—Me gusta este río, siempre que paso, me detengo y disfruto de su encanto.

—¿En qué piensas cuando ves el río?

—A veces en nada, a veces me vienen recuerdos y a veces pienso en cosas varias.

—Ahora qué pensabas.

—Otra vez me estás psicoanalizando.

—No, solo estoy conociéndote algo más. Si te dejas.

—Me venían unos recuerdos a la cabeza.

—Estaba pensando en desayunar por aquí, he visto cerca una taberna irlandesa. ¿Me dejas que te invite?

No, no puedo dejar que Sofía nos vea. Es mi amiga, pero no quiero arriesgarme a que haga algún comentario que me perjudique.

—No es un buen sitio. Su café es asqueroso. No muy lejos de aquí hay una pastelería cercana que tiene muy buena fama.

Voy a dejar plantada a Sofía. Si no quiero encontrarme una sorpresa molesta en forma de llamada de teléfono, lo mejor es quedarme incomunicada. Rebusco el móvil en el bolso y lo apago sin sacarlo fuera.

—Debo darte la razón, este pastel es dulce y cremoso —dice el doctor relamiéndose.

—¿Cómo están yendo las visitas de Arturo?

—Creo que están evolucionando. Han entablado una relación estrecha. Juan le cuenta historias y tu marido las escribe, pero no puedo decir que todo sean maravillas. Juan está intentando influenciar en tu marido, le está metiendo ideas absurdas y locas sobre mí, es una estrategia para tener un aliado que le pueda abrir las puertas del hospital.

—A raíz del atropello, a Arturo le echaron del periódico, la figura de Juan le perseguía y era incapaz de escribir nada. Es curioso que sean las historias de Juan las que le han devuelto el trabajo y la ilusión.

—Es una razón más que suficiente para que, a pesar de los ataques de Juan hacia mi persona, se sigan viendo y si además eso te hace feliz...

Siento rubor, mi cara ha debido coger el mismo color que mi pelo.

—¿Qué ibas a hacer ahora?, ¿adónde te dirigías?

—No iba a ningún sitio en particular.

—¿Me dejas que te invite a comer?

—Tengo que estar en casa antes de esa hora. Arturo me espera.

—Entiendo, pero, hasta entonces, no te importará pasear conmigo.

—Depende de dónde quieras ir.

—Qué mejor sitio que la ribera del río, ¿no crees?

Caminando con el doctor, el tiempo pasa en un suspiro, su conversación es amena y su galantería intercalada con piropos elevan mi estado de ánimo por encima de las nubes. El doctor me hace volar.

—¿Desde cuándo tocas el arpa?

—Desde que tengo uso de razón. Nunca fui a ninguna escuela de música, todo lo que sé me lo enseñó papá o lo aprendí con mi propio esfuerzo.

—Eso tiene mérito. Me gustaría escucharte.

—Toco en la intimidad, cuando estoy sola. Ni siquiera Arturo me ha escuchado.

—Quizá te oye desde el pasillo antes de entrar en casa y nunca te ha dicho nada para que sigas tocando.

El camino se vuelve un sendero estrecho, caminamos entre álamos que nos acarician mientras nuestros hombros van rozándose.

—Imposible. Arturo no es de ese tipo de gente.

—¿Cómo? —dice apartando con el brazo una rama de un álamo que bloquea el camino e invitándome a pasar.

—Atento, cariñoso, sensible, emocional, romántico.

—Por la descripción de Arturo, la pecera también es tuya.

—Sí, Arturo no tiene tiempo de cuidar a nadie. Por cierto, ¿qué hora es?

—¡Cómo pasa el tiempo cuando la compañía es buena! Son más de las dos.

—¿Por qué no me has avisado antes?

—He perdido la noción del tiempo, y tú, también. Si el motivo de tu regreso era de vida o muerte, ha ganado la muerte. Calculo que, mínimo, llevamos dos horas caminando, el mismo tiempo que tardarías en volver al puente al que tienes que sumar el de volver a casa. Así que tómalo con tranquilidad y disfrutemos del paseo de vuelta.

Cortés tiene razón, como en todo lo que sale de sus bonitos labios, así que dejamos pasar el rato con parsimonia. Nos sentamos en el césped a la orilla del río, Cortés no para de hablar ni yo de escucharlo. Me gusta oírle, me gusta cómo gesticula, me gusta cómo huele. Ha entrado la noche cuando llegamos al puente, estamos hambrientos. Cortés me invita a un gran cucurucho de helado.

—¿Puedes coger mi helado un momento? Ahora vengo —dice y me deja plantada.

El doctor entra en un vivero y sale llevando una bolsa que cambia por su helado.

—Toma, es un nenúfar, ponlo en la pecera.

La planta tiene forma de corazón.

—Muchas gracias. Me acordaré de ti cada vez que la mire.

—A mí no me hará falta nada para recordarte. Pero no quiero que te quedes en eso, quiero verte. Quiero conocerte más, quiero pasar tiempo contigo.

Desvío la mirada, no sé qué decir. No sé cómo hacerle ver que yo también lo quiero, pero no ahora. Tengo miedo a que, si doy ese paso, nunca más quiera verme.

—Vendré todos los días a la misma hora al puente. Lo haré durante una semana. Si no vienes, desaparece para siempre.

Cortés se acerca, me acaricia el pelo con la mano. Le miro. Nuestras miradas se cruzan. Sus labios se acercan a los míos, pero no llegan a tocarlos. Luego se da la vuelta y desaparece por la esquina de la calle.

La tarde está llegando a su fin. Me dirijo a casa con pasos rápidos. Al encender el teléfono, he recibido muchos mensajes de llamadas perdidas, una de ellas era de Sofía y el resto de Arturo.

—Te he llamado.

—Lo sé. Mi móvil se ha quedado sin batería. Menos mal que una dependienta me dejó el cargador.

Arturo me arrebató de un tirón el móvil y lo examina.

—Si está al máximo. ¿Cuánto tiempo te lo ha dejado?

Trago saliva. Sospecha algo.

—Un montón. He estado con Sofía. Me ha pedido que la acompañara a hacer compras. Ya sabes cómo se entretiene gastando dinero.

—¿Y tú no has comprado nada?

—Sí. Este nenúfar para el acuario. Lo he visto y me he acordado de ti.

Mira dentro de la bolsa, pero no dice nada. Creo que ni se ha dado cuenta de que tiene forma de corazón. Sigue desconfiando. En la cabeza se me ilumina una idea para quitar las sospechas.

—¿Qué historia te ha contado Juan hoy? ¿Qué te ha dicho el doctor Cortés?

—No he ido a verlos. Llevo todo el día pasando la historia de Juan a limpio, un drama de un tren en el que todos los pasajeros mueren, lo he leído y releído y sigue impactándome. Si todo sale como pienso, no tendrás que preocuparte en gastar dinero. Las historias de Juan nos van a hacer ricos.

Escucho a Arturo sin mostrar ninguna empatía, solo me alegro de haber desviado la conversación y de que vuelva a sus egoísmos.

—No te ilusiona —dice—. Podremos cumplir todos nuestros deseos y nunca más pasaremos apuros.

—¿No te estarás montando el cuento de la lechera?

—Por supuesto que no. Esta misma tarde me ha llamado mi jefe. Nos invita a un evento. Le tengo comiendo de mi mano.

—¡Es una gran noticia, cariño! —digo y le doy un beso apagado.

Saco con sumo cuidado el nenúfar de la bolsa y lo coloco en la pecera. Queda de maravilla, pero Cortés se equivocó, no me hace falta el nenúfar para traerlo a mis recuerdos. Como le sucede a él, no necesito nada para tenerlo presente.

No hay un pensamiento que no me traiga a Cortés ni sueño en el que no se aparezca. Arturo ya se ha levantado, está trabajando en el despacho, como acostumbra desde que los días y las visitas al hospital han aumentado. Cojo una taza del café recién hecho, lo endulzo con alegría y me dirijo al balcón. La persiana de la terraza está echada, la luz de fuera va conquistando las sombras del salón según tiro de la correa. La luminosidad alcanza el acuario, donde los peces dan vueltas alrededor del tallo del nenúfar, rozándolo con imperceptible suavidad, queriendo acariciar con delicadeza a su nuevo amigo. Me acerco a verlo, la flor anaranjada se ha abierto mostrándome los estambres y pistilos. Meto la mano en la pecera y siento la humedad del tacto de la hoja con forma de corazón. Me acabo el café de un trago y me visto. Tengo que hablar con Sofía.

Antes de torcer la esquina desde la que se vislumbra el puente, me paro y miro el reloj. Es la misma hora que ayer cuando me encontré con el doctor. Si cumple su palabra, allí debe estar Cortés. Asomo la cabeza y lo veo sobre el puente, al lado de la farola, mirando el río. Suspiro y me echo a andar camino del encuentro con el doctor. Un escalofrío, que serpentea por mi espalda, me deja helada. Me detengo y doy la vuelta. Llamo a un taxi con el que atravieso el puente. Desde la ventanilla, miro a Cortés que sigue allí, inmóvil, tiene los ojos cerrados.

El taxista me dedica una risa burlona cuando le digo que pare en la puerta de la taberna irlandesa, no hemos recorrido ni un kilómetro. Seguro que piensa que estoy chalada.

Sofía me espera con la alegría que nunca la abandona y su abanico batiendo aire, lo primero que hace es preguntarme por el día anterior. Le explico el encuentro con Cortés y cómo he usado su compañía en una tienda como coartada con Arturo.

—Guapa, puedes usarme de coartada cuantas veces quieras, porque habrá más encuentros, ¿no?

—No.

—Venga, Amy —dice cerrando el abanico de un golpe—. Te gusta. Y tú a él. A qué esperas para presentarte en ese puente. Yo iría con las maletas ya hechas y me olvidaría de Arturo, solo me acordaría de él para enviarle la carta con los papeles del divorcio.

—No es tan fácil. Tengo miedo.

—Tienes miedo al cambio, solo eso, pero no dejes que te quite la oportunidad de estar con Cortés.

—Casi no le conozco.

—Lo suficiente como para haberte enamorado de él. Y te lo ha puesto muy fácil. Te ha dejado una semana para que lo pienses. Es mucho tiempo.

Una semana no es suficiente para mí. Mañana vence el plazo que el doctor me ha dado. Como cada día, veo a Cortés sobre el puente observando el río, encuadro su figura desde la esquina. Esta vez, el doctor se acerca a la farola y saca algo del bolsillo, luego estira el brazo desde la espalda como tirando algo al río y se va. Me acerco a la farola, la inspecciono de arriba abajo hasta que la vista se detiene en un candado con forma de nenúfar. En él están escritos nuestros nombres: Amy y Cortés. Me doy la vuelta. Ya no tengo dudas, sé lo que quiero hacer.

CAPÍTULO 10.

EL ENCUENTRO

Es el día del final de la cuenta atrás. Me levanto a la hora de siempre y actúo de la misma manera que un día habitual. Voy a tiro hecho, pasé toda la noche pensando qué ponerme, un vestido corto, rojo y con flores blancas. Oculto en el bolso algo de maquillaje suave, un brillo que me haga más apetecible y la fragancia que más me gusta, la de almendras. Arturo está en el despacho obnubilado con los textos de Juan, envuelto en sus historias. No se ha fijado en mí cuando me he despedido. Salgo a la hora de siempre, la de desayunar con Sofía, aunque ella no me espera en la taberna. Me maquillo en el espejo del ascensor, diez pisos dan para mucho.

La impaciencia crece según recorro las calles camino del puente. Mi vista se abalanza sobre él cuando tuerzo la última calle. Allí está Cortés, erguido, mirando al infinito. Lleno con fuerza los pulmones y suelto el aire despacio antes de dar los últimos pasos y acabar a su lado. Son los pasos que me adentran en otra dimensión en mi relación con Arturo, una dimensión por ahora desconocida. Le toco en el hombro. Cortés se da la vuelta.

—Has venido —dice mostrándome su mejor sonrisa.

—No es una decisión fácil. No sé qué hago aquí.

—Entonces por qué lo has hecho.

—Me ha traído mi instinto. ¿Y a ti?

—La necesidad. ¿Qué quieres que hagamos? —dice.

—Pasear.

Agarrados de la mano caminamos por el río, acompañados del sol que, más allá de las copas de los árboles, poco a poco, pasa sobre nuestras cabezas y acaba por darnos la espalda. Cuando nuestros estómagos empiezan a participar en la conversación, dejamos la orilla del río para acercarnos a un restaurante para silenciar solo el hambre.

—Y, ahora, ¿qué quieres que hagamos? —pregunta Cortés saliendo del restaurante.

—Ahora es tu turno.

—¿Puedo pedir lo que quiera? ¿Cualquier cosa?

—Si me vas a pedir que me acueste contigo, la respuesta es no. Si me pides cualquier otra cosa, tendrás un sí.

—No estaba pensando en eso. ¿Estás segura de que vas a cumplir tu palabra? —dice.

—Sí.

—Quiero oírte y verte tocar.

—No sé si podré. Solo he tocado delante de papá.

—Inténtalo —dice.

—No quiero que Arturo nos vea juntos... No sé cuándo se irá de casa.

—Eso tiene solución.

Cortés saca el móvil.

—Julia, por favor, avísame cuando se presente la visita de la 710. Gracias.

Los latidos de mi corazón anulan mi voluntad racional. No es una buena idea que el doctor entre en casa, tampoco lo es que me vea tocando el arpa, pero ahí voy a parar, no le voy a dar nada más.

—Una canción y te vas.

Me siento pecadora sin haber cometido ningún pecado, si alguien me ve entrar con el doctor en casa, seré el murmullo del edificio que anda falto de cotilleos y sobrado de cotillas. Mi primer impulso es cerrar la puerta de casa con llave, si Arturo llegara, ganaría unos segundos para que el doctor escapara, luego me doy cuenta de que no serviría de nada, no hay salida, a no ser que Cortés tuviera alas.

La persiana está medio cerrada, no la levanto. Me veo como una alimaña que busca la oscuridad. Me recojo el pelo en una trenza. El doctor mira todos los movimientos, noto que recorre mi cuerpo con sus ojos. Me siento en el taburete. La tenue luz que entra por las rejillas de la persiana alcanza el acuario y rebota en forma de brillos ondulantes que rozan mi piel. Inclino el arpa entre las piernas y lo apoyo sobre el hombro derecho. Cortés se sienta en el sillón, no me quita ojo, cruza las piernas y los dedos de las manos. Cierro los ojos y respiro profundo, necesito relajar las manos para tensar las cuerdas con maestría. Cortés se mantiene en silencio, evadido pero no ausente, creo que quiere ayudarme en mi concentración. Abro los ojos y centro la vista sobre las cuerdas, muevo los brazos y los dedos arrancando una melodía suave y armoniosa, la primera canción que me enseñó papá, una canción de cuna de la que nunca supe el nombre, pero que me sirve para calentar los dedos y coger agilidad. Cuando acabo la melodía, me lanzo con un plato fuerte, *La primavera* de Vivaldi. Mis brazos se mueven a toda velocidad sobre el arpa arrancando notas a las cuerdas, mi cuerpo se mueve acompañando el ritmo de la música, empiezo a disfrutar tocando y me recreo con la melodía, la figura de Cortés desaparece. La música y yo nos transformamos en un único ser, siento como las notas no salen de mis dedos, sino directas del corazón, puedo tocar sin que el cerebro les diga a los dedos cómo se tienen que mover, lo hacen por su propia voluntad. En un movimiento, la alianza se engancha en una de las cuerdas y la parte, soltando un crujido de madera. Observo el anillo de oro y me lo quito.

—Ya has conocido mi intimidad.

—Toda no —dice el doctor.

Se levanta y me rodea, colocándose a mi espalda. Me quita la trenza y me masajea el cabello. Cierro los ojos. Luego desliza las manos por mi cuello hasta alcanzar mis pechos, acariciándolos con suavidad. No hablo, solo me dejo llevar, después baja las manos despacio hasta alcanzar mi pubis, se detiene e introduce la mano dentro de mi ropa interior. Dejo escapar un suspiro. Me levanta y, de la mano, me lleva al sillón donde hacemos el amor.

Desnudos, extasiados y calurosos, yacemos uno al lado del otro. Cortés rodea mi cuello con el brazo. Siento la necesidad de hablar con él.

—Quizá lo que te voy a decir suene a tontería de adolescente.

—Di lo que tengas que decir. Es el momento de ser sinceros —dice sin moverse.

—Quiero dejar a mi marido. Estuve a punto de hacerlo la noche que atropelló a Juan. No lo hice porque estaba demasiado dolido. Me necesitaba para salir adelante. No era el momento adecuado.

—No dices ninguna tontería. Lo que yo siento por ti es único e inigualable. Se llama amor verdadero. Noto que la pasión fluye entre nosotros. Estoy locamente enamorado de ti. Marchémonos. Huyamos a un lugar donde nadie nos encuentre y seamos libres.

Asiento con la cabeza y la apoyo sobre su hombro.

Cortés se ha ido. El frío silencio de la soledad me incita a recapacitar sobre lo sucedido. He sido demasiado atrevida, le he dejado conquistar mi intimidad y estoy aceptando escaparme con él cuando casi no lo conozco. Es un caballero, me ha seducido, tiene armas y conocimiento para hacerlo, quizá las palabras de amor verdadero solo sean una artimaña para llevarme a la cama y gozar de mí a su antojo. ¡Qué locura! Si Sofía estuviera en mi lugar, lo tendría claro, lo exprimaría hasta dejarlo sin jugo y luego lo mandaría a paseo. Me llevo las manos a la cabeza, los remordimientos empiezan a golpearme y todavía tengo el sudor de Cortés sobre mi piel. Me voy corriendo al baño y me ducho. Froto con fuerza la esponja sobre mi piel mojada por las gotas de agua fría de la alcachofa y las calientes de mis lágrimas.

Me cubro con una bata, tengo que hacer algo para que mi cerebro no piense. Me pongo a preparar la cena.

—¿Cuándo has venido? —dice Arturo apareciendo por la puerta de la cocina.

Sospecha algo, lo sé.

—No he mirado la hora, pero ya no estabas en casa.

—¿Qué has estado haciendo?

—Tocando el arpa. ¿Por qué lo preguntas? —digo sin concederle verme la cara.

—Me eres fiel.

—Es la segunda vez que me lo preguntas en poco tiempo. —Tengo que comportarme con normalidad. Trago saliva y le miro—. ¿Qué te ocurre?

—No hay día que visite a Juan en que no salga a relucir el doctor Cortés. Hoy me ha dicho que él y tú tenéis un romance.

No sé qué cara poner. ¿Cómo puede haberse enterado Juan? Busco sin perder tiempo una salida.

—Arturo, me parece muy bien que vayas a ver a Juan, pero tienes que pensar que está enfermo. No puedes creer nada de lo que dice. ¿Has hablado con el doctor?

—Es lo primero que haré cuando me levante. Espero que tenga una respuesta convincente. Y, por favor, mañana no te retrases. No quiero llegar tarde al evento de la editorial.

CAPÍTULO 11.

NO ME DIGAS ESO

El golpetazo de la puerta de casa me sobresalta, lo único con lo que Arturo tiene narices para desfogar la rabia, pues sabe que no se la va a devolver. Me acicalo, me visto y salgo. Necesito los consejos de Sofía, la única amiga que puede entenderme, la que siempre me ha apoyado en mis decisiones..., rectifico, la única amiga que tengo. Camino con brío. La brisa suave rola en cada esquina de la ciudad, sin una dirección fija, no sabe hacia dónde ir, no sabe dónde va a acabar.

Alcanzo la taberna con la respiración entrecortada, las prisas me sofocan y me agobian, las odio. El sol llega directo a la fachada del bar traspasando la cristalería, alumbrando a Sofía, que espera sentada en la mesa de siempre, moviendo el abanico con gesto interesante y estudiado. La cara le luce cuando me ve, arrancándome una leve sonrisa amortiguada.

—Me tienes impaciente. ¿Fuiste a la cita?

—El último día. Paseamos por el río y luego hicimos el amor. Estoy agobiada. Todo va demasiado deprisa, necesito tiempo para pensar.

Sofía me coge la mano.

—Amy, no te agobies. No puedes marcar el ritmo de los acontecimientos. Puedes intentar controlarlos, pero nunca los dominarás.

El camarero se acerca con la bandeja, tropieza con mi silla y pierde el equilibrio, estampándose todo el contenido sobre el suelo, que acaba dibujando un mosaico de cristales y café. Menos mal que he reaccionado a tiempo, levantando las piernas antes de recibir un baño de café.

—Lo siento —dice compungido—. Gracias a Dios que no las he manchado. No me lo hubiera perdonado. Recogeré esto y les traeré otros cafés.

El camarero se retira con la bandeja bajo el brazo.

—Arturo sospecha. No sé cómo se ha podido enterar, pero el enfermo que visita en el hospital le ha puesto sobre aviso.

—Estás enamorada de Cortés.

—Creo que sí.

—Creo no es suficiente.

—Sí.

—¿Y él de ti?

—Dice estarlo y locamente. Quiere que nos escapemos, que desaparezcamos de aquí y empecemos una vida juntos.

—Amy, siento decirte esto, amiga mía. Corre esa aventura, vete con él. Tienes que dar el primer paso ya, romper con Arturo.

—No es el momento, esta noche le tengo que acompañar a un evento en la editorial. No quiero destrozarle el día.

—Estás encontrando disculpas porque quieres buscarlas, primero era que te necesitaba, luego, que había atropellado a un mendigo y no era el momento, ahora, que tiene una gala. Nunca encontrarás el momento adecuado. Tienes que cambiar, Amy, debes decidir por ti y olvidarte de complacerle. Dime que lo harás.

El silencio es mi respuesta.

—No me lo digas, querida. Hazlo —dice con tono imperativo.

No me gusta la reacción de Sofía. No me comprende. Estoy sola. Me levanto. Tengo que hacer un esfuerzo para moverme, los zapatos se han quedado pegados al suelo. Cuando los libero, huyo con zancadas rápidas. No atiende a Sofía, que se ha levantado pidiendo perdón.

La vuelta a casa se me hace cuesta arriba, esperaba que Sofía me entendiera, sin embargo, me empuja a continuar, sus palabras me pesan, no me veo capaz de afrontar la reacción de Arturo cuando le deje. Me paro sobre el puente, quizá nunca debí venir al encuentro de Cortés. Observo el candado con nuestros nombres. El timbre del móvil me separa de mis pensamientos solo el tiempo que tardo en visualizar el nombre del doctor en la pantalla.

—Si sigues pensando en huir conmigo, debemos hacerlo ya. No tengo tiempo para explicaciones. Mañana, al anochecer, iré a buscarte.

El teléfono tiembla en mi mano. Un camión de la basura pasa por mi lado, dejando un rastro de peste que me revuelve el estómago. Me llevo la mano a la boca, intentando retener las arcadas. No lo consigo. Me alejo de allí, dejando tras de mí el candado salpicado de vómito.

CAPÍTULO 12.

LLEGÓ EL MOMENTO

Estoy desnuda, acabo de salir de la ducha. Mi pelo aún está húmedo, su roce me refresca el cuello. Busco en el armario un traje acorde a la invitación. Corro las perchas una a una, un escalofrío me recorre la espalda cuando veo el vestido corto, rojo y con flores blancas; el que llevaba en el momento en que me rendí a Cortés, me detengo en él, los remordimientos me asaltan, así como la voz de Sofía guiándome hacia un destino alejado de Arturo. Elijo un vestido negro palabra de honor, algo que no llama la atención, quiero pasar lo más desapercibida posible.

Aparto el vaho del espejo que me devuelve mi imagen, un yo cabizbajo y pensativo. Mis manos tiemblan y con ellas el maquillaje que intento ponerme. No consigo controlarlas. Me pongo a llorar.

Un taxi nos lleva, no sé dónde vamos, tampoco me importa. Solo quiero que acabe rápido. Tras hablar con el doctor y recapacitar, Arturo me ha pedido perdón, no he sabido qué decir, aceptar las disculpas sería mentirle. Nos detenemos en un lugar alejado de la nada, frente a unos muros pelados que parecen una antigua fortaleza. Camino unos pasos por detrás de Arturo, nunca a su lado, como si no fuéramos juntos. Ascendemos por una rampa entre fuegos de antorchas. Solo un vampiro como su jefe puede ver algo bello en un castillo estilo Drácula. Un camarero se acerca a nosotros con guisa de soldado. ¡Por Dios!, ¡qué bobada!

Nada más entrar en la torre del homenaje, el frío me agarra los huesos, a Arturo lo hace su jefe, dispuesto a chuparle la sangre con todos sus súbditos como testigos, ese pelo pegado al cráneo con kilos de gomina me recuerda al Drácula de las antiguas películas. No hago caso del discurso del jefe, solo miro alrededor, buscando las caras de los invitados, no veo ninguna alegre. Veo que su jefe me mira. «Una mujer que te ama te quiere y te apoya», le oigo decir. Cuando la charlatanería del jefe acaba, les sigo hasta la mesa presidencial, me arrepiento de no ser actriz para mostrar una falsa sonrisa, como todas las que he visto a lo largo de la noche.

—Bueno, Arturo y Amy, una nueva vida comienza para vosotros. No vais a saber qué hacer con tanto dinero —dice su jefe tocándose el asqueroso bigote teñido de nicotina—. He pensado aceptar la propuesta de esa editorial y ceder los derechos de autor de tus artículos, por supuesto que tendrás un porcentaje de regalías de ventas y ya estoy concretando los últimos detalles con la productora —se enciende un cigarrillo—, será un exitazo del séptimo arte. Pero disfrutemos, ya tendremos tiempo mañana para hablar de trabajo. Amy, estarás contenta.

—Claro, es lo que Arturo siempre ha querido —digo bajando la mirada.

—Hemos querido —dice Arturo.

—Al dinero y a la buena vida no hay que hacerle feos —dice él soltando humo por la boca—. Disfrutad de esta vida, es corta.

—Para algunos puede ser larga... —No estoy dispuesta a aguantar una conversación tan absurda.

—Voy al baño.

Me levanto y desaparezco. Si pudiera, no saldría de allí en toda la noche.

Nada más llegar a casa me descalzo. Me voy a la terraza. Salgo a oscuras. Me apoyo sobre la repisa de la terraza. Miro hacia la profundidad de la calle, después alzo la vista. El cielo me mira a través de

su ojo con forma de luna llena. Observo las estrellas lanzando microdestellos. Me fijo en una de ellas que brilla más que las demás y me da la sensación de que cambia de colores. Noto los brazos de Arturo que me abrazan.

—Ha sido una noche fantástica. El lugar era increíble, he ascendido y van a publicar un libro y hacer una película —dice.

Me escurro escapándome de sus brazos.

—Vamos, cariño. ¿Todavía estás molesta? —dice mientras descubre mi cuello y acerca los labios.

—No estoy molesta.

Me aparto. No quiero que me toque.

—Pues quién lo diría. Hasta mi jefe se ha dado cuenta. Ven. Bésame. Celebremos que se ha cumplido nuestro sueño. Hemos esperado tanto tiempo para llegar aquí. Nos cambiaremos de casa, compraremos una en el campo o en la playa, o en los dos sitios, y otra en Irlanda. ¿Has pensado dónde quieres viajar primero? ¿Damos la vuelta al mundo?

—¿Eres feliz?

—Ahora, sí. Ya no me falta nada.

—Entonces quiero dejar esta relación. Llevo mucho tiempo pensando en hacerlo, pero nunca he encontrado el momento. Iba a hacerlo la noche del atropello, pero no pude al verte tan destrozado.

—Amy, no me entiendes. Tú formas parte de mi felicidad.

—No. Tu felicidad ha sido solo la búsqueda del éxito. Desde que nos hemos casado, hemos pasado más tiempo separados que juntos.

—Viajar forma parte de mi trabajo. Lo he hecho siempre pensando en ti, por poder ofrecerte una vida mejor, una vida estable, sin ataduras, sin preocupaciones para llegar a fin de mes. Todo lo he hecho porque te quiero.

—No necesitaba una vida mejor, necesitaba una vida a tu lado, necesitaba una vida llena de amor. Ahora solo me ofreces una vida llena de dinero, pero completamente vacía. Todo lo que has hecho es solo por tu éxito, por tu ego.

Arturo da vueltas alrededor de la terraza, como poseído por un espíritu maligno que dirige sus movimientos, tiene las manos echadas en la cabeza apretándose las sienes. Se asoma a la terraza, tiene medio cuerpo fuera. La boca me tiembla, creo que va a hacer una locura. De repente, se da la vuelta y se dirige hacia mí. Me apunta con el dedo, pega la cara tanto a la mía que solo puedo ver sus ojos inyectados en ira.

—Dime una cosa, y no mientas. Dime que Cortés no está detrás de esto.

—Lo está, pero no como tú crees. No te dejo por él. Lo nuestro no funciona desde hace mucho tiempo. Mañana por la noche me iré de esta casa para siempre.

Me agarra por los hombros. Forcejea conmigo. Me oprime con el cuerpo.

—Deja de decir tonterías. No quiero oírte. Nunca más.

Los hombros empiezan a dolerme. El terror me paraliza.

Me hecho hacia atrás, sin embargo, no puedo dar un paso, me lo prohíbe la terraza y el cuerpo de Arturo que me oprime. Encorvo la espalda, noto la brisa del aire que corre por ella. No puedo creer lo que está sucediendo, si me empuja un poco más, caeré, mi vida está en sus manos. Siento su fuerza sobre mí. Trago saliva. No puedo soportarlo más, voy a echarme a llorar. La cara de Arturo y sus músculos se relajan. Balbucea y me suelta.

—Mañana por la noche. ¿No puedes esperar un poco más? ¿No puedes darme tiempo para enmendar mi error? —dice.

—No puedo darte ni un minuto, a esa hora vendrá Cortés a recogerme, y aunque te lo diera, no serviría de nada, ya has tenido todo mi tiempo desde que nos conocimos y no has sabido aprovecharlo.

Arturo se da la vuelta. Me quedo quieta. Oigo como la puerta se cierra.

Desde la terraza, observo el coche de Arturo alejarse de mi vida. No quería acabar de una manera tan radical después de tanto tiempo juntos, pero quizá sea lo menos doloroso para él. Tengo el presentimiento de que ya nunca volveré a verle.

—Ya lo he hecho —digo al teléfono.

—Has hecho bien —oigo la voz de Cortés al otro lado de la línea—. No sabes la alegría que me das. Estaré allí en el ocaso. Prepara el equipaje. Reservaré un vuelo. A medianoche seremos historia en esta ciudad.

—¿Dónde vamos?

—Lejos.

—Dime dónde. No voy a desprenderme de mi arpa.

—No lo sé. Pero eso no importa. Para empezar de nuevo hay que dejar cosas atrás. Tendrás que decidir qué llevarte y que dejar.

—Mi vida no cabe en dos maletas.

—Es lo único que nos podemos llevar. Cuando llegue el momento, te diré por qué. Mientras tanto, confía en mí.

Me siento en el sillón del salón y miro alrededor. Paseo la vista por el jarrón y el acuario y se detiene en el arpa, observo la madera y me fijo en las vetas, deslizo las manos sobre ellas, siento la suavidad del barniz, luego las paso sobre las cuerdas que vibran sobre mis dedos dejando escapar unas notas muertas y sin sentido. Suspiro. Me acerco a la estantería, acaricio los álbumes de fotos que traje de mi familia y algunos libros viejos que decoraban mi habitación en mi juventud y los cojo.

Coloco dos maletas sobre la cama y las abro, enseguida las relleno con los álbumes, los libros, pocas joyas y mucha bisutería con poco valor pero muchos recuerdos. Abro el armario, a mi vista salta la cantidad de ropa, vestidos y calzado que tengo. Saco algunos libros de la maleta para dejar algo más de hueco para la ropa. La meto. Luego la saco y vuelvo a poner los libros. Me siento en la cama y me pongo a llorar.

La tarde ha pasado entre sollozos, sonrisas y dudas, lo ha hecho más rápido de lo que hubiera deseado, trayendo un cúmulo de nubes que ocultan la luz, hubiera querido más tiempo y más tranquilidad. Sé que hay momentos en que los acontecimientos suceden sin control porque son inevitables, en este caso, suceden sin mi control porque es Cortés quien lo tiene. No puedo caer en el pecado de dejarme en sus manos. Le quiero, pero no voy a cometer una tontería. Le voy a proponer que me irá con él, pero no fuera de la ciudad. No me voy a desprender de lo que soy.

El timbre de la puerta me llama. Cuando abro la puerta, no es Cortés a quien me encuentro.

CAPÍTULO 13.

QUÉ ESTÁ PASANDO

Me sobresalto. Mas allá de la puerta aparece un hombre oculto bajo una capucha negra. No puedo darle rostro ni nombre. Un escalofrío me recorre la espalda. Con un golpetazo, empujo la puerta que torna a toda velocidad, pero no se cierra, una mano se cuela entre ella y el marco. Aprieto la puerta con mi hombro, apoyando todo mi peso sobre ella. Sin embargo, los pies se deslizan por el suelo empujados por la fuerza de esa bestia. Cuando la mitad del cuerpo de ese hombre ha sobrepasado la puerta, la suelto.

Ando de espaldas alejándome de esa persona sin cara. El hombre cierra la puerta y me sigue, lo hace al mismo ritmo que yo, manteniendo una distancia constante pero demasiado cercana a mí.

—Mujer, ¿qué vas a hacer?

La voz inquietante y maléfica se presenta como familiar. No contesto ni me detengo, continúo alejándome, alcanzo el salón sin dejar de observarle hasta que tropiezo contra el sillón cayendo de espaldas sobre él. El hombre se detiene.

—No contestas —insiste.

—No sé a qué te refieres.

—Vas a dejar a tu marido —dice apartándose la capucha para mostrarme el rostro. Lo reconozco, es el loco que Arturo visita, el hombre que acabó debajo de su coche.

—Es él quien te envía —digo sin abandonar mi asombro.

—No. Él está convencido de las buenas intenciones de Cortés y de no inmiscuirse en tu búsqueda de la felicidad, aunque sea con otro hombre. Es un buen muchacho, demasiado inocente, diría yo. Vengo a salvarte la vida. El doctor siente predilección por las pelirrojas, se acuesta con ellas y luego las asesina. No está enamorado de ti, solo eres una más que formará parte de su colección de cadáveres.

—Es lo menos creíble que puedo escuchar.

—Vaya. Otra más que se apunta al club de los no creyentes. El doctor es un pecador, no merece vivir, y tú eres demasiado joven e inocente para dejar de hacerlo.

—Qué vas a hacer.

—¿Te lo digo aún más claro? Liberarte de ese hombre.

Solo se me ocurre una cosa, mentir.

—No quiero a ese hombre, para mí solo se ha tratado de una alegre aventura. En cuanto llegue, voy a decirle que se largue.

Mantengo la compostura y la mirada. El loco me estrangula con la suya. Como siga mirándome así por más tiempo, voy a explotar, noto como me tiemblan los labios y se me humedecen los ojos. Juan suelta una sonrisa de medio lado.

—Está bien. Comprobaré si lo que dices es verdad. Me quedaré oculto en la terraza. Cuando llegue, lo traerás al salón. Quiero escuchar cómo le dices que se marche. Va a ser divertido. Si no lo haces —Juan se pasa la mano por el cuello como si fuera un cuchillo—, *caput*.

Oigo la voz de Cortés llamándome por el pasillo. Ha entrado por sus propios medios, Juan ha debido de dejar la puerta abierta. Le espero de pie, al lado del acuario que contiene el nenúfar que

me regaló. Se abalanza sobre mí, regalándome un abrazo efusivo.

—Por fin estaremos juntos, empezaremos una nueva vida. Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida.

Me retuerzo obligándole a soltarme. Quiero que sienta la distancia entre nosotros. Me alejo lo que puedo, las palabras que estoy obligada a decir lo alejarán mucho más.

—Me quedo. Vete por donde has venido —digo con rostro inamovible.

—No te entiendo. Te quiero. Nos queremos.

—Lo he pensado mejor.

—Estás vacilando. No puedes cambiar de opinión tan rápido, hace unas horas me decías que nos iríamos juntos —dice abriendo los brazos.

—No quiero volver a verte. Vete.

—No puedo vivir sin ti. Te suplico que vengas conmigo.

El doctor se abalanza sobre mí. Me agarra y lucha conmigo hasta arrancarme un beso. Un relámpago me presenta la figura de Juan en la terraza, disfrutando del espectáculo. Me muerdo los labios.

—Dime que has sentido lo mismo que yo —dice con voz desgarrada.

—No he sentido nada. Sal de esta casa.

Con ojos rápidos, busca mi mirada y la alcanza.

—Me estás mintiendo. ¿Por qué?, ¿por qué?

El doctor se hecha las manos a la cabeza, la gira en todas las direcciones y sale a la terraza. No tengo fuerzas para ver, caigo sobre el sillón envuelta en lágrimas. Oigo forcejeos, después un silencio mortal. Juan entra en el salón, me mira y se va, como si nada fuera con él. Me acerco a la terraza con las piernas temblando, no hay nadie, solo el viento. Miro por la barandilla. Un segundo es suficiente para ver el cuerpo del doctor que se me queda grabado en la memoria. No puedo sostener mi cuerpo, me siento con la espalda apoyada en la barandilla. Mi vista encuadra el sillón y lo mantiene en el infinito hasta que Arturo aparece.

—Ha sido ese loco, tu amigo.

Se asoma por el balcón y se va.

UNOS DÍAS DESPUÉS...

—No te pongas nerviosa —dice Sofía acariciándome la mano—. No eres la asesina, solo una testigo.

No tengo miedo, tengo pavor por cómo voy a reaccionar, la muerte del doctor está demasiado cerca. Me levanto armándome de valor y entro en el despacho de Cortés. Suelto la mano de Sofía justo antes de cerrar la puerta, veo mi sufrimiento reflejado en su mirada.

—¿Ya se encuentra mejor? —dice el comisario Fernández.

Asiento con la cabeza.

—Sé que no es un momento agradable —dice—, pero debe ayudarnos a esclarecer este caso. Mi compañero, el inspector, precisa conocer algunos detalles para una investigación paralela, espero que no le incomode. ¿Preparada?

Tantos preámbulos me hacen ponerme más nerviosa. En situaciones incómodas, es mejor un aquí te pillo, aquí te mato, que marear la perdiz.

—Sí.

—¿El doctor y usted eran amantes? —dice el comisario Fernández.

—Nos encontramos en alguna ocasión.

—¿Hicieron el amor? —dice el comisario.

—Sí —digo con la boca pequeña y luego salto—: ¿Eso es importante?

—Limítese a responder. ¿Por qué fue a su casa aquella noche? —dice el comisario.

—No mienta —se acelera en decir el inspector invitado con voz de soberbia—. En el registro del apartamento del doctor, hemos encontrado suficientes pruebas para saber qué ocurrió.

El tono fuerte e inquisitivo del inspector me retrae. Bajo la mirada, no quiero ver a ese hombre.

—Acababa de romper con mi marido. Esa noche íbamos a huir de la ciudad. Habíamos quedado en mi casa. En el ocaso, me recogería y nos iríamos.

—¿Cómo se enteró el loco de que iba a su encuentro? —interviene el inspector.

—No lo sé. Supongo que se lo diría mi marido.

—¿Está diciendo que Arturo, atacado por los celos, ha incitado al loco para que viniera a matar al doctor? —dice el inspector con ironía despreciativa.

—Quién si no. Mi marido sabía cuándo iba a venir el doctor. Él le ayudó a escapar. Llevaba su ropa.

Vuelvo a alzar la vista. Observo que los hombres me miran con cara de interrogante.

—Lo que afirma es difícil de demostrar —dice el comisario Fernández.

—Y de tragar —dice el inspector—. ¿El doctor le había dicho que tenía una citación en el juzgado por el asesinato de una joven?

Empiezo a atar cabos sueltos y las motivaciones de por qué tanto secretismo y tan pocas maletas...

—No. Esa historia la he oído de la boca de Juan antes de que lo lanzara por la terraza.

—¿El loco le había dicho que esa mujer era pelirroja? —dice el inspector—. Es más, ahora que la miro con detenimiento, se le asimilaba físicamente.

Las palabras del policía me chirrían en los oídos. No es posible, el doctor era bondadoso, cariñoso y tierno, un ser incapaz de hacer daño.

—Le digo que Juan es el asesino y Arturo su cómplice —reitero alzando la voz—. Cuando rompimos, me dijo que no lo iba a permitir.

—Esas palabras caen en saco roto —dice el comisario Fernández manteniendo la calma—. Una ruptura no es agradable y se pueden decir cosas que no se piensan. No veo a su marido cómplice de un asesinato. Juan lo encerró en el armario de su habitación. Tuvo que liarse a patadas y puñetazos para salir de allí. En cuanto lo hizo, avisó al enfermero de la huida de Juan y le insistió en que llamara a la policía porque iba a suceder un asesinato. Todo esto sucedió mucho antes de la muerte del doctor.

Mi respuesta es el silencio.

—Permítame una última pregunta —dice el comisario Fernández—. ¿Usted vio cómo Juan lanzaba por el balcón al doctor?

—Sí.

—Quizá deba agradecerle a ese loco que hoy se encuentre viva —dice el inspector.

Viva, sí, pero no ilesa. La herida que llevo tardará en cicatrizar, y más después de que el bocazas del inspector la haya abierto más.

—Bien. Pues hemos dado por acabado el interrogatorio —dice el comisario—. Muchas gracias, señorita. Porque va a dejar de ser señora, ¿no?

Asiento con la cabeza.

—Vamos a abrir la puerta de la sala cerrada —continúa el inspector—. La invito a quedarse si tiene curiosidad.

—No quiero estar ni un segundo más entre gente que no quiere ver la realidad.

—Su realidad es solo suya, señorita. En nuestro trabajo, tenemos que juntar la realidad de muchos para llegar a la auténtica.

LA REALIDAD DE CORTÉS

CAPÍTULO 1.

DÉJENME SOLO

Agacho la cabeza para asomarme tras la luna del coche y observar el edificio en su conjunto. Imaginaba un hospital más pequeño, algo más manejable, menos complicado, pero es lo que hay. No hay miramientos cuando aprieta la prisa por escapar. He tenido suerte de que mi responsable considerara mi solicitud de traslado. Basta poco para que te caiga un estigma y nada es suficiente para quitarlo de encima. La noche está aquí y la lluvia maldita no parece remitir, sino todo lo contrario. A quien le gusten las entradas triunfales y rimbombantes, no es el momento adecuado de personarse, pero sí lo es para quienes queremos discreción y olvido.

Me armo con mi paraguas y mi maletín y, protegido con una gabardina y con el anonimato, me presento en la recepción. La luz de los plafones, blanca y fría, proyecta sobre las baldosas multitud de halos de sombras espectrales que me rodean sin dejarme escapar. Observo a los recepcionistas de información y me lanzo a hablar a quien me pilla más cerca.

—Buenas noches. Soy...

—El doctor Cortés, el nuevo director —interrumpe una chica, que, por su semblante, es la más joven.

El comentario hace levantarse y atraer a los compañeros escaneándome con la mirada de arriba abajo y de abajo arriba. La reacción habitual en este tipo de situaciones hubiera sido preguntar: ¿nos conocemos de algo?, pero prefiero quedarme con la duda, me paraliza el temor de forzar una respuesta que no quiero escuchar. Aprieto los labios y afirmo con un silencioso movimiento de cabeza.

—Le esperábamos mañana.

Esa jovencita está hablando demasiado. Es mejor cortarla.

—Estaba impaciente por empezar, pasaba por aquí y he pensado, ¿por qué no acercarme y dejar mis cosas? ¿Hay algún problema?

—Por supuesto que no —dice la muchacha—. Venga, le acompaño a su despacho.

Sigo a la recepcionista hasta el ascensor. Mientras nos elevamos a la última planta, no deja de mirarme, espera que le dé conversación.

—Su corbata es muy bonita —dice sin dejar de mirarme.

—Me gusta el rojo, es mi color preferido.

Entramos en el despacho de mi antecesor que a partir de ahora será mío. Es más amplio y acogedor de lo que había imaginado, quizá por el blanco de sus paredes y su gran ventana que asoma a la entrada del hospital; el mobiliario, de tono gris pálido, está formado por un escritorio, un armario, una percha y unas baldas. Suficiente para mis libros de Freud, mi balanza y mi calavera. La luz es aún más fría que la de los pasillos. Por la peste a lejía, intuyo que hace poco tiempo la han limpiado y a conciencia. Me fijo en unas cajas de cartón que reposan bajo la ventana.

—Todavía no se ha acercado ningún familiar a recoger las pertenencias del antiguo director. Las hemos guardado en las cajas. Si le molestan, las retiro.

—Podemos meter todo en ese cuarto —digo señalando una puerta.

—Está cerrado con llave y no sabemos dónde está ni quién puede tener una copia.

—Entonces déjelo aquí. Supongo que no tardarán en recuperar las cosas del difunto. Gracias por acompañarme, señorita. Puede retirarse.

—Me llamo Julia, si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

—Muchas gracias, Julia. Cierre la puerta al salir.

—Una última cosa, como creíamos que mañana sería su primer día, le hemos preparado un recibimiento en la cafetería.

—Muchas gracias, pero pueden ahorrárselo.

—Es demasiado tarde para anularlo y...

—Pues háganlo sin mi presencia. Ahora, déjeme, tengo que trabajar.

Cuando por fin me encuentro a solas, apago la luz, con las manos en los bolsillos, contemplo la tromba de agua que cae sobre la ciudad y me pregunto hasta qué punto podía creer que un error puede pasar desapercibido y si alguna vez dejará de acompañarme.

CAPÍTULO 2.

UN CASO ATÍPICO

Hoy es mi primer día oficial en el hospital, el día de mi recibimiento. Llego tarde, apostaría, no vaya a ser que la jovencita bocazas que me acompañó al despacho no haya entendido bien el mensaje que le transmití. No quiero presentaciones, ni pomposidades, ni protagonismo, solo quiero trabajar y anonimato.

La plaza de aparcamiento reservada al director está ocupada. Odio a quien no cumple las reglas, memorizo la matrícula, si es de un empleado, se le va a caer el pelo. Luego lo pienso con detenimiento, prefiero callarme y no crear polémica, cuanto menos se hable de mí, mejor.

Cruzo la puerta del hospital, dejando atrás la luz del sol para adentrarme en la que emiten los plafones, miro de reojo a la recepción. Distingo a la joven recepcionista, está allí atendiendo con amabilidad a alguien que ha requerido ayuda. Pongo la vista al frente y no la muevo, como los niños que creen que, si ellos no ven, son invisibles ante los demás, y cruzo el desértico vestíbulo. Alcanzo el ascensor sin llamar la atención, objetivo conseguido.

—¡Señor director!, ¡señor director! —oigo la voz de la joven a mis espaldas. Cierro los ojos y suspiro. Si supiera rezar, lo haría para que el ascensor llegue antes que esa joven pesada.

—¡Señor director!

La ira me posee y, cuando lo hace, no escucho a nadie más. Mi cabeza parece una olla exprés, quema y está soportando tanta presión que siento que va a estallar.

—¡No insista, jovencita! No, no y no. No voy a asistir a ninguna puñetera recepción. No me da la gana. No me gustan. Márchese.

La muchacha echa el cuerpo hacia atrás, mis gritos han ejercido un efecto ahuyentador, el que quería, un *vade retro Satana*. Sin esperar, el pánico se muestra en su cara y estalla a llorar.

—¡Es usted un ogro! La recepción se ha anulado, como usted pidió.

La muchacha se retira tocando el suelo con la mirada y mi corazón con su marcha. Me apresuro a seguirla.

—Lo siento, lo siento.

La muchacha sigue caminando, lleva paso ligero y los brazos cruzados.

—Déjeme en paz —dice sin dejar de caminar.

—Soy una persona muy tímida y ocupada. Le pido que me perdone. Nunca más volverá a ocurrir.

La muchacha se detiene y se da la vuelta, con tacto delicado, se quita las lágrimas sin estropear el sutil maquillaje.

—Está bien —dice mientras se limpia la nariz con un pañuelo de papel—. Le buscaba porque ha ingresado un nuevo paciente. Viene del hospital central y es un caso bastante atípico. El antiguo director me pedía que le informara de ellos.

—Es lo correcto. Dígame el número de su habitación, le haré una visita. Usted, señorita...

—Julia. Me llamo Julia. Se lo dije ayer.

—Tengo muy mala memoria para los nombres, señorita Julia, pero ya no se me va a olvidar. Usted prepáreme la lista de médicos con sus pacientes y casos actuales. Por favor, no tenga en

cuenta lo que hemos estado hablando, le pido de nuevo disculpas. A veces me puede la presión y pierdo el control. Este trabajo puede ser muy estresante.

—Le entiendo. No lo tendré, señor director. Tome el historial del paciente.

—Antes de que se vaya. Una última cosa. Las flores me encantan. Me gustaría tener en el despacho un jarrón con una rosa roja y otra rosa.

—Delo por hecho. Las tendrá frescas todos los días —dice y me deleita con una sonrisa que me acompaña hasta la habitación del paciente.

Delante de la habitación 710 finalizo el historial. Es un caso sencillo, se lo endosaré al médico que esté más libre y arreglado. No voy a complicarme la existencia. No tengo ganas de atender pacientes. Ya no. Llamo a la puerta. Nadie responde. Entro con sigilo y atención, algunos pacientes son impredecibles e, incluso, peligrosos, hay que andarse con mucho ojo o yo puedo perderlo, como le pasó a un compañero, un paciente se lo arrancó con un bolígrafo, se me retuerce el estómago cada vez que lo recuerdo... El paciente reposa bajo las mantas de la cama, su respiración es tranquila y sosegada, duerme un sueño tranquilo. Una venda color crema le tapa la frente y gran parte del cuero cabelludo. Tiene la cara tan chupada que hace que su nariz larga y aguileña destaque en ella. Su rostro es joven y pálido. Siento un escalofrío, apago el aire acondicionado, la habitación parece un frigorífico. Me asomo a la ventana, desde el cristal, observo la barrera de entrada al recinto del hospital y gran parte del aparcamiento, las mismas vistas que desde mi despacho, pero con algo menos de perspectiva, están en la misma fachada. Con la mano, balanceo una mecedora que se encuentra entre la cama y la ventana. Observo como la sombra de las patas aparecen y desaparecen con el movimiento. Decido dejar al hombre tranquilo, ya lo visitaré más tarde. Cuando bordeo la cama, tropiezo con una silla. Sus patas se arrastran por el suelo chillando y rechinando. El hombre pierde la tranquilidad, abre los ojos, su pecho sube y baja a un ritmo frenético. Se reclina. Agarra mi brazo con la mano y a mí con una mirada profunda de color verde aceituna.

—Doctor. Ayúdeme. Quiero olvidar. Necesito olvidar —dice clavándome las uñas en la piel.

—¿Qué quiere olvidar?

—Todo. Bórreme la memoria. No puedo soportarlo. Quiero descansar.

—No se preocupe, ha recibido un golpe en la cabeza y está recibiendo una fuerte medicación. Eso le perturba, pero no tardará en recuperarse. Le voy a recetar un tranquilizante.

—No es eso, doctor. Llevo dos mil años sufriendo. Llevo dos mil años solo. Debe ayudarme.

Miro dentro de los ojos de ese hombre, pero no veo locura en ellos, no veo un mentiroso, veo sufrimiento, veo tristeza, veo desesperación. El hombre me aprieta con más y más fuerza, me hace daño. Tiro con fuerza y aprieto el botón de llamada de alerta. Un enfermero tamaño armario empotrado entra con una jeringuilla que clava en el brazo del hombre.

—Mi bastón, mi bastón. Qué han hecho con mi bastón —dice Juan mientras el enfermero lo retiene.

—¿Qué bastón?

—El que llevaba. Era un regalo del emperador de Partia.

El cuerpo de Juan comienza a destensarse, hasta que se relaja y cae rendido sobre la cama.

Las uñas del paciente han dejado rastro en mi brazo, me escuece. Me quito la bata, mi camisa deja de ser inmaculada, está manchada de sangre.

—Vaya —dice el enfermero colocando los brazos en jarra—. Acompañeme, le curaré esas heridas.

- No se preocupe, lo haré yo, no son profundas.
- Este tío tiene miga. ¿A quién va a asignarlo?
- A nadie. Lo llevaré yo mismo.

CAPÍTULO 3.

NO SOMOS TAN DISTINTOS

El paciente me ha suscitado curiosidad, es un caso excitante: no tiene nombre, está hundido en una profunda depresión, sufre delirios y es potencialmente agresivo. No hay información sobre su pasado y el expediente clínico del hospital solo reporta un golpe en la cabeza sin ningún tipo de traumatismo, delirios, confusión mental ni desorientación. El objetivo de mi segunda visita es una toma de contacto, un acercamiento que me permita ganar su confianza, que me abra el camino a su oculto interior.

Llamo a la puerta de la 710 y, sin percibir ninguna reacción dentro, la abro. Un olor nauseabundo a lejía y cerrado me ataca la nariz. Sobre la cama solo yacen unas sábanas arrugadas y retorcidas.

—Buenos días. Soy el doctor Cortés, su médico.

Desde la mecedora, el paciente gira la cabeza para prestarme atención.

—Médico de...

—Soy psiquiatra. Se encuentra en el centro de enfermedades mentales.

El paciente me da la espalda, observa para contemplar lo que ocurre al otro lado de la ventana: el movimiento de los coches en el aparcamiento, gente que entra y que sale del edificio. La luz de la tarde atraviesa el cristal para pintar de naranja el cuerpo del paciente, a excepción de la cara que permanece en una gris penumbra.

—No se ande con eufemismos, estoy en el manicomio y usted es un loquero.

—Esos términos están en desuso, algunos los consideran ofensivos y molestos —digo apropiándome de la silla y sentándome a su lado, quiero hablarle desde su misma altura, que crea que estamos al mismo nivel.

—La humanidad ha cambiado, tiene la piel muy sensible, si vieran lo que yo he visto, si vivieran lo que yo he vivido: guerras, pestes, persecuciones, cólera..., muerte, no se preocuparían de si una palabra es ofensiva.

Me fijo en sus manos, una de ellas está cerrada, mostrándome el puño, y la otra, abierta, dejándome ver la palma. Recuerdo los estudios de la universidad, son gestos que demuestran enfado y sinceridad. ¿Debo pensar que él cree lo que está diciendo y le produce rabia? Según lo que me enseñaron los profesores, sí.

—De dónde vienes.

—De todos los sitios. He estado en todos y no pertenezco a ninguno. Llevo dos mil años vagando en soledad.

—Pensaba que de Partia.

—Allí solo pasé una temporada, la suficiente para ganarme el respeto de su emperador y que me regalara el bastón que siempre llevo. ¿Sabe dónde está?

—No. Aquí llegó sin él.

—¿Puede recuperarlo? No me separo de él desde hace dos mil años.

Retengo mi cara de asombro, parte de mi oficio consiste en retener las emociones. El paciente me analiza el gesto esperando una reacción. Le dejo con las ganas.

—No le asombra —dice sin despegar los ojos de mis pupilas—. Claro, usted es un loquero, pero veo algo dentro de su mirada. Veo un hombre desdichado, un hombre que huye, un hombre

agobiado, un hombre que sufre.

Meto el dedo en el cuello de la camisa, la corbata me ahoga. Intento mantener la mirada, sin embargo, la suya es tan poderosa que la aparto.

—Usted y yo tenemos muchas cosas en común. Quizá necesite entenderme para entenderse usted mismo.

—Debo retirarme —me abalanzo a decir mientras me levanto—. Tengo muchas cosas en qué ocuparme.

—Márchese, doctor, y vuelva cuando necesite ayuda.

—Nos vemos mañana, Juan.

Al cerrar la puerta de la habitación y alejarme, sobre la espalda siento como la presión que Juan ha ejercido sobre mí disminuye a la vez que crece un deseo profundo de seguir conversando con él. Es un ser misterioso y enigmático. Es un caso que supera lo imaginable.

CAPÍTULO 4.

EL PASADO NUNCA MUERE

Abro el libro de anotaciones sobre el escritorio y comienzo a redactar una nueva sesión con Juan: «Tras otro encuentro con el paciente, mis impresiones no han cambiado. No sé qué tipo de secuelas le ha podido dejar el golpe en la cabeza, por el informe hospitalario y el tamaño de la herida, no pueden haber sido muy graves y, aunque sea prematuro dar un análisis clínico, mi impresión es que el causante de su problema no es una secuela postraumática. El paciente no parece presentar ningún problema con la memoria, aunque sí observo indicios de personalidad confusa, creyéndose ser un personaje de leyenda, llamado el “judío errante”, y unos deseos incontenibles de que alguien le ayude a morir. Tras una búsqueda larga y exhaustiva, no he encontrado ningún caso parecido registrado, si bien he identificado algunos que se le pueden asimilar, como los trastornos de personalidad múltiple o el síndrome de Cotard, sin embargo, no presentan la misma patología. He investigado sobre este ser, “el judío errante”, creo que el conocer más sobre quién cree ser me ayudará a estar más cerca de él y entenderlo. El tal “judío errante” es un personaje contemporáneo a Jesucristo que en la crucifixión, de alguna forma, le mostró desprecio o negación y fue condenado a vagar por el mundo hasta la vuelta del Hijo de Dios o el día del juicio final, depende de las versiones. Me he informado sobre varias de las supuestas apariciones del “judío errante”, veo relación precisa en algunos relatos que Juan ha contado con las susodichas apariciones. En conclusión, el paciente conoce a la perfección la historia del “judío errante” y, por algún motivo, la ha asimilado como suya. Tras meditarlo con detenimiento, voy a eliminarle la medicación pautada desde el episodio de agresividad, ya que, en las sucesivas visitas, el paciente se muestra sereno y colaborador».

Unos puñetazos en la puerta interrumpen el silencio y mi concentración. Sin haber dado permiso, entran en el despacho. La circulación se me corta cuando los veo. No me cuesta reconocerlos.

—¿No se alegra de verme? Yo tampoco, solo lo haría si le viera tras unos barrotes o en la silla eléctrica. Con su permiso o sin él, me voy a sentar.

—Se lo iba a ofrecer ahora mismo, inspector, siéntese, por favor —digo extendiendo el brazo para mostrarle una silla.

El inspector la arrastra, arrancándole un chirrido agudo hasta colocarla delante del escritorio. Se sienta y pasea la vista alrededor mientras el otro bloquea la puerta con el peso de la espalda y cruza los brazos sobre el pecho.

—Un buen despacho para una cucaracha asquerosa. ¿A quién se la chupa?

—A nadie. Y, si lo hiciera, no es de su incumbencia.

—No te equivoques, lo es. Me ataña todo lo que haces y te rodea, desde ese perfume caro que tu piel asquerosa destila, pasando por la marca de esa corbata tan cutre que llevas, hasta si el chorro de tu meada se desvía a la izquierda o a la derecha.

—¿A qué ha venido exactamente? No creo que sea a brindarme tan preciados halagos.

—Si te han gustado, puedo darte unos cuantos más. A ver qué te parece este, vengo a decirte que no hay agujero en el que te puedas ocultar. Y que antes o después acabarás en chirona, donde los cerdos como tú tienen que estar.

Los gritos esquizofrénicos de un paciente en el pasillo se cuelan en nuestra conversación.

—No tiene pruebas.

El inspector se abalanza sobre el escritorio, apoya un puño, acerca su cara a la mía y tira de mi corbata. El calor me desborda, las gotas de sudor se apropian de mi piel, pero mantengo la compostura y cara de póker. El inspector vuelve a la silla.

—Las encontraré. No me crees. Eh, tú —dice dirigiéndose al compañero—. Dile cómo me llaman los colegas.

—Sentencia. Nunca un juez se ha atrevido a llevarle la contraria —dice el compañero mientras pasea con indiferencia hasta la puerta del cuarto cerrado y gira el pomo—. ¿Qué hay aquí dentro?

—No lo sé. Nadie tiene la llave. Hace pocos días que ocupo este despacho.

El inspector tamborilea los dedos sobre el escritorio levantando un soniquete que me hace caer en la ansiedad.

—¿Nos tenemos que creer esa chorrada? —dice el inspector.

—Esa chorrada, le guste o no, es la verdad.

—Nos volveremos a ver, doctor. Le he dejado mi teléfono a una joven recepcionista, por cierto, muy voluntariosa, por si tuviera que llamarme, le he tenido que explicar quién es usted y cómo se divierte. Que tenga buena tarde.

El inspector se retira regodeándose con una sonrisa negra y torcida. Agacho la mirada y me encojo en la silla.

Qué iluso soy, sabía que el policía me encontraría, pero creía que sería más discreto: una visita a mi apartamento, una llamada de teléfono, pero no que apareciera en el hospital anunciando a bombo y platillo que es policía y que me acusa de un asesinato. Pondré fin a esta historia como debería haber hecho, con honor y valentía.

Recorro los pasillos del hospital como una rata en el experimento Kerplunk, con movimientos centrados en llegar a la meta y sin recibir ningún otro estímulo externo, cegado en llegar al final de mi destino.

El almacén de drogas es lúgubre y frío. Ambientado con luz oscura, el vapor mana de mi boca, un aliento que se va y desaparece. Recorro los pasillos flanqueados de gavetas y armarios frigoríficos, pasando por los analgésicos, antipiréticos, antiinflamatorios, somníferos, me detengo en los antidepresivos y barbitúricos. No reparo en los prospectos, sé que una buena dosis de cualquier mezcla será eficaz. Lleno un bolsillo de la bata con unos cuantos frascos y unas jeringuillas, y abandono el almacén.

De vuelta al despacho, el lugar que he elegido para probar el cóctel de la muerte, me tropiezo con la puerta 710, la de mi único paciente, el «judío errante». Me detengo, siento una voz que en silencio me llama invitándome a entrar, ese hombre ejerce en mí una atracción incontrolada. Como en las sesiones anteriores, Juan se balancea en la mecedora mientras vigila el mundo al otro lado del cristal.

—Hola, doctor. Sabría que vendría —dice Juan.

Como en cada visita, este hombre me desconcierta con cada frase.

—¿Cómo lo sabía? ¿Es capaz de leer la mente?

—No. Solo tengo la capacidad de escuchar. Me lo dijo ayer cuando se iba.

Sonrío, seguro que con cara de bobo, y ocupo la silla. Le observo en silencio. Veo como sus ojos captan movimientos fuera que distraen su atención.

—¿Ha tenido alguna vez pensamientos autodestructivos?

—Sí, y no solo pensamientos —dice.

—¿Usted provocó el atropello?

—Cierto. Yo lo provoqué, estaba en medio de la carretera, pero no voluntariamente. La muerte me rehúye, igual que la veo venir, la veo marcharse.

Noto como Juan lanza una ojeada dentro de mi bolsillo, introduzco la mano para tapar los frascos y las jeringuillas.

—Me sorprende, doctor. No creía que tuviera el suficiente valor como para intentar ayudarme, pero créame, ni un camión de esas drogas me llevarán a la tumba.

—No voy a matar a nadie. Me tomo el juramento hipocrático al pie de la letra.

—Debo entonces entender que es para usted. Le envidio. Si pudiera, yo también me quitaría de en medio, encontraría el fin de mis problemas, el descanso eterno, la liberación. Quién pudiera ser mortal. Pero, doctor, ¿en su caso por qué?

Contentaré el deseo de saber de Juan. Ya qué más da, de nada me sirve ser discreto, en un rato nada va a poder perjudicarme.

—Mi vida está destrozada. Me equivoqué, cometí un error sin tener conciencia de ello. Estoy completamente arrepentido. Pero, sin ser culpable, hay quien lo considera imperdonable.

—Doctor, ha descrito su vida como si fuera la mía. Le comprendo. El dolor tiene un umbral y, si se supera y perpetúa en el tiempo, cualquier cosa que le ponga remedio es aceptable. Hágalo, no lo dude. Si buscaba una respuesta más benevolente, lo siento. No soy la persona más adecuada para disuadirle de su intención. Qué esperaba, que le dijera...: sea fuerte, supérelo. ¿Es por eso por lo que ha entrado a verme?

Agacho la mirada y dejo el silencio como respuesta.

—¿Qué sucedió exactamente? —pregunta Juan.

—Hice el amor con una joven y ella se suicidó. Era una de mis pacientes.

—Ahora entiendo por qué han entrado dos policías en el hospital.

—Desde aquella traumática experiencia, he solicitado el cambio, por eso ya no ejerzo como psiquiatra, me ocupo de la gestión del hospital lejos de mi ciudad natal. Usted es mi único paciente. Su caso me atrae, me provoca interés y me fascina. No se muestra como un enfermo patológico, usted cree lo que cuenta y lo ha interiorizado como si le hubiera ocurrido de verdad.

—No necesito mentir para sobrevivir, soy inmortal, ni tampoco para engrandecerme.

—Juan, dígame quién es, no quien dice ser, y lo último que haré en esta vida será firmarle el alta.

—Le diré quién soy si usted lo hace antes —me dice clavándome la mirada—. Es usted quien tiene un pasado turbio y revuelto que contar, el mío ya lo conozco.

—Déjeme ayudarle.

—Para qué, para que en el lecho de muerte su conciencia esté feliz por haber resuelto el último caso. No. Ayúdese usted mismo.

Me levanto abatido por los envistes del «judío errante».

—Nadie se va a preocupar por usted —digo con cara de rabia.

—Ni de usted. Nadie llorará cuando le encuentren muerto. Si lo hubiera, no estaría pensando en quitarse de en medio.

CAPÍTULO 5.

NO QUERÍA HACERTE LLORAR

Me alejo de la habitación 710 arrastrando la mirada y el alma. Nunca hubiera imaginado que las últimas palabras que iba a escuchar en la vida vinieran de un demente y que fueran tan cuerdas: «Nadie llorará por mí cuando haya muerto». Es cierto, la soledad me empuja al hoyo cuando las fuerzas de luchar escasean, ningún brazo se extenderá para ayudarme a salir de él.

Antes de entrar en el despacho, un hombre inoportuno se me abalanza.

— Encantado de conocerle, doctor Cortés. Me llamo Arturo, no sé si me conoce. Bueno, qué tontería, seguro que no. Soy periodista, he venido porque me han dicho que debo hablar con usted —dice agarrándome la mano. La dejo muerta. El hombre la sacude arriba y abajo.

—¿Quién le ha dicho?, ¿y qué? —No me lo puedo creer, a ese cabrón de policía le ha faltado tiempo para llamar a un periodista y que se entere toda la ciudad. «Oigan y vean, ha llegado él, el asesino, pasen y tírenle unas cuantas piedras antes del sacrificio y disfruten después del espectáculo».

—La recepcionista dice que es usted quien lleva el caso de un anciano que fue atropellado.

—No. Atropellado solo hay un joven que trajo la policía.

Suspiro con alivio y desconcierto, si no le trae una primicia sensacionalista, qué hace aquí.

—Sí, es él. No sé por qué he dicho anciano... Quisiera poder verle. Yo fui quien le atropelló. Desde entonces, no levanto cabeza y su figura me obsesiona. Mi esperanza es hablar con él, ver que se recupera y poder liberar la pena que me aflige. Le ruego que me conceda permiso para visitarle.

—No lo tiene. Ese hombre no le ayudará, le destrozará. Lo que me pide no es bueno ni para él ni para usted. Abandone esa idea, búsquese ayuda psicológica. Como médico, es el mejor consejo que puedo darle.

—Puedo hacer algo para que cambie de opinión.

—No, nada. No pierda el tiempo y no me lo haga perder a mí. Adiós.

Abro la puerta y me cuelo en el despacho, evadirme es la única forma de que este pazguato me deje en paz.

—Oiga —escucho una voz femenina acompañada de tacones decididos—. Me permite hablarle un momento, doctor.

Me doy la vuelta, la figura de esa mujer caminando directa a mí con cabellos rojos me eclipsa.

—Con quién tengo el placer de hacerlo.

—Soy Amy, la mujer de Arturo. Creo que debería reconsiderar su respuesta.

Observo el cuerpo de esa mujer, de arriba abajo y de abajo arriba, antes de rendirme a sus palabras.

—Pasen a mi despacho.

—Déjame que hable yo, entraré sola —oigo decir a Amy.

Sin perder un segundo, vacío el bolsillo en el cajón del escritorio. Me ajusto el nudo de la corbata. Amy se queda de pie delante de la puerta. Parece que le gusta ser observada, no se lo voy a negar, me apoyo sobre la mesa y nos intercambiamos miradas en silencio. Me fijo en su pelo, rojo, brillante y ligeramente ondulado, que le cae sobre los hombros tapándole parte de la cara acariciándole los mofletes. Sus ojos, grandes y esmeralda, me miran, siguiendo los movimientos de mis pupilas. La conciencia se me pierde en su boca apetecible y sonrosada. Su cutis, puro y blanco

como la leche, contiene alguna peca, las justas, la cantidad ideal. Su cuerpo es voluptuoso. Y es divino el aroma que desprende a almendras. Con un movimiento muy femenino, se cruza de brazos.

—¿No me va a ofrecer asiento?

—Relájese, Amy. No, no lo voy a hacer, porque esta conversación va a ser muy breve. Dígame, ¿por qué debo reconsiderar mi respuesta?

—Porque mi marido le está pidiendo ayuda y usted se la está negando. Entiendo que tiene muchos pacientes, que, además, es el director del hospital, que está tremendamente ocupado y que no tiene tiempo para regalarle a nadie, pero no comprendo por qué no puede dejar que un hombre intente recuperar su vida enfrentándose a sus miedos.

La observo sin poder decir palabras, la visión de esa mujer me las roba.

—Doctor, si usted tiene un problema, ¿no le gustaría que le ayudasen?

—Sí —digo mientras recuerdo lo que acabo de ocultar en el cajón—. Mi oficio es ayudar a la gente a superar sus patologías, por eso debo proteger a mi paciente, no sé cómo puede reaccionar. Quien tiene un problema es mi paciente, no su marido. No creo que su esposo necesite nada más que algo de tiempo para recuperarse.

La mujer se pone a llorar. Me derrumbo.

—Gracias por nada, doctor —dice dándose la vuelta.

—Espere. No quería hacerla llorar, no de esa manera. Tome mi número de teléfono. Llámeme esta noche. Voy a hablar con el paciente. Si él acepta, dejaré que su marido le visite.

—Gracias, doctor.

La mujer sonríe y se limpia las lágrimas con las manos antes de marcharse.

Cierro la puerta con llave y me precipito sobre la ventana. Me quedo idiotizado observando desde las alturas la puerta de entrada del hospital hasta que Amy aparece, envuelta en esa melena roja que se mueve con cada paso. Caigo rendido sobre el sillón. No creo en las casualidades, creo en las decisiones que tomamos según se nos presentan alternativas. Yo he tomado una. Saco las medicinas del cajón y las tiro a la papelera.

—Doctor, no esperaba verle más en esta vida, a la otra nunca llegaré —dice Juan.

—El destino no está escrito.

—No se equivoque, doctor. Que su mano no sujete el lápiz no quiere decir que no lo esté, solo que otros lo manejan.

—He estado revisando su caso. Creo que recibir la visita de quien lo atropelló puede ayudarle. ¿Me da su permiso para recibirlo?

—No.

—Juan, ¿por qué no se deja guiar por su médico?

—Porque mi médico no me da confianza —dice taladrándome con la mirada—, y porque no me da la gana.

—Pues le dé confianza o no, la decisión final es mía. Ese hombre vendrá.

—Se arrepentirá.

El resto de la tarde lo paso encerrado en el despacho, apoltronado en la butaca y con la luz apagada, observo la llegada de la noche. Es tarde, ya debería estar en casa, pero no quiero perder la llamada de Amy, estando allí, nada ni nadie me va a entretener. Estoy impaciente por oír su voz. El teléfono

suenan, pero aguanto los tonos sin descolgarlo hasta que deja de sonar. Si Amy está tan necesitada como se ha mostrado, volverá a llamar. No tarda en hacerlo. Descuelgo antes del último tono.

—Sí.

—Hola, ¿podrá acudir mi marido mañana?

—Perdone, quién es, no sé a qué se refiere.

—Perdone usted, una cree que es la única persona que hay en este mundo, pero usted trata con mucha gente. —Y lo es para mí, pienso—. Soy Amy, la mujer de Arturo, me dijo que iba a hablar con el paciente y...

—Sí, claro, ahora recuerdo. Acabo de hablar con él. No hay problema, su marido puede venir mañana.

—Muchas gracias, doctor. No puede imaginar cuánto se lo agradezco.

—No se preocupe, Amy. Sus lágrimas me han conmovido. Nadie debería sufrir.

Cuando cuelgo, memorizo el número de Amy, la tengo fichada.

CAPÍTULO 6.

TODO ES RELATIVO

El tiempo no discurre mientras espero, y enloquece cuando veo a Amy, lleva un vestido amarillo que le realza la figura ya de por sí más que angelical, divina. Me siguen, los acompaño a la habitación de Juan. Amy se muestra curiosa por conocer a Juan y no voy a negárselo, a ella no le puedo negar nada.

Llegamos a la 710 y entro sin llamar.

—Juan, este es Arturo, el hombre que quiere verle, y Amy, su esposa. Quizá él tenga su bastón.

Juan está tumbado en la cama, moviéndose lo justo, gira la cabeza y mira a Arturo con gesto despectivo, no ha cambiado de idea, no quiere verle.

—No parece muy interesado en verme. Será mejor que me vaya —me susurra Arturo al oído.

—Lo está. Debe tener algo de paciencia con él. Si necesita algo, llame al enfermero, nos vemos en una hora —digo cortante, cuanto más tiempo esté allí, menos podré estar a solas con Amy. Con el brazo sobre su hombro, la llevo hasta la puerta.

Quiero estar a solas con ella, que nuestra hora sea solo nuestra, que nadie pueda robarnos ni un segundo, pero no es una buena forma de llegar hasta su corazón, demasiado prematuro. La llevo a la cafetería, un lugar incondicional. Amy se sienta en un taburete, la rodilla le sobresale por el vestido, tiene la piel blanca, delicada y apetecible.

—¿Qué le ha parecido el paciente?

—Poca cosa: delgado, pálido y bastante cabreado, pero hableme de él. Seguro que tiene mucho más que contar —dice Amy.

—Juan es un caso particular. Se cree inmortal, dice que tiene dos mil años, que conoció a Jesucristo y que este le maldijo por un desplante condenándole a vagar eternamente por el mundo.

—¡Qué inventiva!

—Es todo menos inventiva. La historia de un hombre inmortal, que vaga desde su encuentro con Jesucristo, es una leyenda cuyo origen se remonta siglos atrás. Juan está obsesionado con esa historia y la ha hecho suya. El motivo, no lo sé.

—¿Puede ser una secuela del accidente? —dice Amy.

—Lo descarto. Según el informe del hospital que le atendió, no existen traumatismos. No tiene conocidos, ni familiares, ni siquiera tiene apellidos y no llevaba documento de identidad. Es un hombre muy misterioso.

—Seguro que con su experiencia y conocimiento será capaz de descubrir qué lo hace serlo.

Vaya, un halago esperanzador.

—Será complicado, además de misterioso es culto e inteligente. Si no quiere revelar su verdadera identidad, nunca sabremos quién es realmente.

Llegan los cafés que hemos pedido.

—Por favor —dice Amy al camarero—. Tráigame otro sobre de azúcar.

—No hace falta. Tome el mío —digo aprovechando la situación para rozar su mano. La siento cerca. Miro su melena, me encanta. Ella se acaricia el pelo, lo toquetea, lo mueve. Me hipnotiza. Cuando vuelvo a este mundo, veo a Julia, la recepcionista que me vigila desde el otro lado de la

barra, con ojos abiertos y atentos. Su mirada me perturba haciéndome derramar la taza de café sobre la bata.

—No. Maldita sea —digo enseñando una cara triste que hace reír a Amy—. Le ruego que me acompañe a mi despacho. Tengo una bata de recambio.

Amy entra detrás. Me cambio la bata y le ofrezco una silla, pero no la toma. Pasea por el despacho observando todo mientras deja un rastro de perfume a almendra allá por donde se mueve. La dejo moverse, observo sus caderas mientras entra en mi intimidad. Se detiene delante de la puerta del cuarto cerrado.

—Es una mujer curiosa. Entre.

La desafío. Amy agarra el pomo de la puerta.

—¿No ha pensado en lo que puede haber dentro y las consecuencias que tiene abrirla? Es como una caja de sorpresas, ahora es un misterio, pero quién sabe si abrirla es una buena decisión o no.

La observo. Gira la mano sobre el pomo y lo suelta. No puede entrar, como nadie desde que yo ocupo ese despacho.

—Y decidida, creí que no iba a hacerlo.

—No lo soy, solo tiene que preguntárselo a mi mejor amiga. Entiendo que me está poniendo a prueba, por eso le he seguido el juego.

—No solo lo digo por la puerta. Me remito a los hechos. Ha sido su insistencia la que propició el encuentro entre Juan y Arturo. Su marido es afortunado teniendo una mujer así a su lado.

—Siempre he intentado hacerle feliz, a cualquier coste —digo mirando al infinito.

—¿Qué coste?

—¿Me está psicoanalizando?

—Dios no lo quiera. No me conteste si no quiere.

—Entonces no lo hago.

—Si su físico no miente, tiene ascendencia irlandesa —digo cambiando de conversación.

—No miente. Soy dublinesa. No es difícil ver el estereotipo de mujer irlandesa en mí. Por lo menos el que se ha vendido fuera de Irlanda.

—Sucede en todos los lugares. Si le digo «España», seguro que le viene a la mente flamenco, toros y paella. Las profesiones también los tenemos. ¿Cuál es el de los psiquiatras para usted?

Se queda pensativa. Tengo que aprovechar este silencio para hacerle ver lo especial que soy, llevarla a mi terreno.

—Responderé yo por usted —digo mientras me levanto—, manicomios u hospitales psiquiátricos; lugares donde los enfermos sufren y padecen hasta su muerte, lugares en los que se encierra a personas que no deben estar en contacto con la población llamemos normal, lugares aislados y fuera de las ciudades. También habrá pensado en útiles como camisas de fuerza, agujas largas para hacer lobotomías; prácticas de otros tiempos que, al igual que el resto de la medicina, han evolucionado, ¿acaso no se creía antaño que las sangrías eran un remedio infalible para muchas enfermedades? Y los médicos, hombres perturbados con mentes maliciosas que usan a los pacientes como conejillos de indias para hacer las pruebas más extrañas y extravagantes. ¿Es o no es así? —digo deteniéndome delante de ella, quiero captar su impresión.

—Es así, pero no quiere decir que sea como le veo a usted, sino...

No acaba la frase, es una mujer tímida.

—Acabe, por favor, no me deje con la miel en los labios.

—Es hora de volver con mi marido.
—Quedan quince minutos, no tenga prisa.
—Iré a esperarle a la puerta.
—La acompaño —digo y exhalo fuerte el aire dejándolo escapar, al igual que mi oportunidad de estar unos minutos más con Amy.

Arturo está sentado en un banco, tiene la espalda agachada y mira al suelo. Se levanta con los hombros caídos y agarra el brazo a Amy.

—Vámonos —dice Arturo—. Se lo ha debido pensar mejor, no quería hablar conmigo. Me he sentido como un idiota inútil. Ha sido una idea nefasta.

—Juan es una persona particular, puede parecer maleducado e, incluso, ofensivo, pero solo tiene que conocerle para darse cuenta de que es una máscara que se ha creado. Le animo a que vuelva a intentarlo otro día.

Vamos, diga que sí, debe seguir viniendo, es el único hilo que me une a Amy.

—He venido a arreglar lo que no se puede reparar. Amy estaba equivocada.

—No lo creo. Está desanimado porque no ha visto avances inmediatos. Vuelva mañana. Si no hubiera progreso, entonces yo mismo le diré que abandone.

Veo a Amy alejarse por el pasillo, su falda y su pelo se tambalean produciendo un ritmo embriagador. Quisiera ser yo ese hombre que le da la mano y la remolca. Antes de doblar la esquina, Amy se gira y me mira. Esa mirada me dice: «No me dejes, acompáñame».

Entro en la habitación de Juan y me abalanzo sobre la ventana, cuando veo salir a Amy, toco el cristal acariciando con mi dedo su cuerpo en la distancia observando como su pelo ondea al viento reflejando brillos rojos como el sol de ese atardecer. Cuando Amy desaparece, me doy cuenta de que Juan está a mi lado, viendo lo mismo que yo.

—Suponía haberle entendido antes, ahora no tengo dudas —dice Juan volviéndose a la cama—. No le parece rastro que me haga entrevistarme con ese hombre solo para que usted se divierta con su mujer.

—Qué tonterías dice.

—Le ponen cachondo las pelirrojas.

—Lo hago porque es bueno para su terapia. Ese hombre le ayudará.

—Ese hombre solo le ayuda a usted, y lo hace sin saber que le va a levantar la mujer. Ella es la causa por la que no se ha suicidado, ya ha encontrado alguien que cree que llorará por usted cuando se muera.

—No voy a seguirle esta conversación absurda. Soy su médico y considero que lo mejor es que siga viendo a ese hombre.

—Lo haré, doctor, pero sepa que lo que se desea con fiereza puede llevar a la perdición.

Es de noche y el recuerdo de Amy sigue iluminándome. Con un dedo, hago girar el teléfono sobre mi escritorio, como cuando jugábamos a la botella en el barrio. Lo dejo libre y gira hasta detenerse apuntándome. Me toca atrevimiento. Lo cojo y tecleo el número de Amy, pero no llego a marcar el inicio de la llamada. Debo ser paciente.

CAPÍTULO 7.

UN SER PATÉTICO PERO IMPRESCINDIBLE

Me escondo entre las tinieblas del despacho, es impresionante cómo la vista se adapta a la oscuridad cuando se vive en ella, los objetos pierden el color y la sombra, pero mantienen la forma e identidad. La vista, como el ser humano, tiene la capacidad de adaptarse con suma facilidad a su nuevo entorno, y quien no lo hace, perece. Estamos en un mundo en continua transformación. Todo cambia y cada vez los cambios son más rápidos y efímeros. Pulso el mando del aire acondicionado, selecciono una temperatura fría que compense el calor de la bata y de mi roja corbata. Enciendo la luz del flexo, puedo reproducir los movimientos de Amy por la habitación y recordar una a una sus palabras, como si no hubiera pasado el tiempo y estuviera presente, mientras acaricio con la mano las rosas del escritorio, sintiendo su humedad, su frescor y su aroma. Una espina me alcanza la mano, pinchándome un dedo. Lo chupo hasta que la sangre deja de brotar. La imagen de Amy cambia por la del inspector de policía que me muestra una fotografía del estado en que acabó mi joven paciente. Cierro los ojos y respiro profundo. Unos sudores mortíferos me invaden y se me extienden por la piel. Salgo corriendo del despacho directo al baño más cercano donde poder refrescarme.

Me miro en el espejo, el agua limpia mi cara y mis recuerdos, también hace aflorar mis ojeras resaltando mi palidez. Me coloco el pelo y la corbata antes de volver al despacho. Cuando entro, veo a Arturo. ¿Por qué no habrá esperado fuera?

—¿Cómo ha entrado?

— La puerta estaba abierta. Vengo a despedirme. No tengo afinidad con Juan, no quiere hablar conmigo. En la desesperación, me puse a escribir para llamar su atención, conseguí despertar su curiosidad, pero después me echó de allí cuando le dije que no escribía sobre él.

A este patético ser lo mandaría a paseo, pero es el único nexo que me une a Amy por ahora.

—Discrepo de su opinión. La situación ha mejorado y mucho. Haga esta última prueba, dígame que va a escribir lo que él quiera. Verá como abandona su silencio.

— Le haré caso, pero será la última vez.

No sé cómo una fantástica mujer como Amy se ha fijado en este pazguato.

Otro día más, como el resto, paso como una exhalación por la puerta del hospital, esquivando las miradas de los recepcionistas y dirigiéndome a toda velocidad al ascensor. Sé que la visita del inspector ha dejado reverberaciones por el hospital, sé que no las voy a poder evitar por siempre, pero cuanto más tardan en llegar, más pronto se irán. Quizá nadie tenga valor para decirle a su jefe lo que han oído, pero eso no impide que se cuchichee por los pasillos, los baños y la cafetería que el director del hospital está buscado por asesinato.

Dentro del despacho, respiro con desahogo, me dispongo a otro encuentro imaginario con Amy, que acompaño con música de Vivaldi. Mientras contemplo admirado cómo se mueve, siento la necesidad de tocarla y tenerla cerca. No me es suficiente con retenerla en mis recuerdos, debo idear algo para verla. Tengo que trazar un plan. Envuelto en la música y mis ideas, oigo que llaman a la puerta. No me levanto, si es importante, insistirán. Como no hay réplica, lo dejo pasar, sin embargo,

me altero cuando me doy cuenta de que podría tratarse de Arturo, que viene a verme tras la visita a Juan. Acelerado, salgo al pasillo. En efecto, es él.

—No le he oído llamar. Escuchaba Vivaldi, *Las cuatro estaciones*. Y, por la hora que es, creía que se habría ido. Cuánto tiempo ha estado, ¿tres horas? —me precipito a justificarme.

—A mí me han parecido tres minutos. Juan me ha regalado una magnífica historia.

—Es un hombre lleno de sorpresas —debo felicitar a Juan, lo está haciendo estupendamente.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. Su vida es un misterio. Él es un misterio. Tiene mucha cultura y es inteligente. Podría haber sido profesor o catedrático de latín, historia, filosofía, religión. Lo digo solo porque domina esos campos a la perfección.

—Entonces, por qué está encerrado. Solo por ser misterioso.

—Se cree inmortal. Dice ser un personaje que vaga por el mundo pagando una deuda eterna. Una idea que ha cogido de una leyenda medieval. Juan padece un extraño caso de confusión de la personalidad.

—Hasta qué punto puede ser una tapadera para esconderse de la realidad.

Este hombre me está dando una idea. Voy a tantearle.

—No lo sé. Por eso estaba pensando en aplicar una nueva terapia. Ahora que ha establecido un lazo de confianza con usted, me gustaría usarle para avanzar en el diagnóstico. Había pensado en ver cómo se comporta en una situación más cotidiana, fuera del hospital, un lugar no muy concurrido pero alejado de estos muros.

—¿Cree que eso puede resultar? Suena un poco extraño.

—Sí, es una terapia que aplicaba un psiquiatra muy conocido... que ahora no recuerdo su nombre —digo bloqueando mi expresión, no quiero que se note que es una gran chorrada que me acabo de inventar.

—Podemos hacerlo en mi casa. A Amy no le va a importar.

—No quiero abusar de su confianza. —Me lo está poniendo muy fácil. Qué inocente que es este hombre.

—No es molestia alguna. Quiero ayudar a ese hombre.

Entro en la habitación de Juan acompañado de un enfermero y mucha intriga.

—Hola, doctor. ¿Viene a ver cómo estoy tratando a su gusanito?

—Vengo a que le quiten la venda de la cabeza. Mañana deberá estar más presentable. ¿Tiene algo de ropa?

—¿Me lleva a un baile? —dice reincorporándose en la cama.

—Iremos a casa de Arturo. Se ha quedado tan contento con su relato que le ha invitado a cenar.

El enfermero da un corte a la venda y empieza a desenredarla.

—Ah, claro, y usted irá a ver cómo me comporto, ¿no? Tiene ganas de ver a su pececito rojo y soltarle la caña a ver si pica.

—Cállese o el enfermero le va a cortar una oreja, no querrá quedarse como Van Gogh.

—Seguro que es su pintor favorito, como Vivaldi es su músico favorito. ¿Me equivoco, doctor? Ambos pelirrojos.

—No diga tonterías.

—Diré las que quiera y usted me va a aguantar porque me necesita. Al igual que necesita a su gusanito hasta que el pececito pique el anzuelo.

—Déjeme que vea esa herida.

—Doctor —dice agachando la cabeza para mostrarme el cogote—, si me va a comprar un traje para la cena, que no sea rojo, por favor. Odio el rojo.

Una vez que compruebo que la herida, sorprendentemente, ha cicatrizado sin dejar marcas ni contusiones, salgo de la habitación junto con el enfermero y mi enfado.

CAPÍTULO 8.

NO SE NECESITAN PALABRAS PARA ENTENDER

El día se ha detenido, algún maligno diablo ha venido a parar los relojes y a hacerme sufrir. Llevo toda la tarde vigilando las manillas del reloj, cuanto más las miro, menos se menean. Estoy impaciente, hoy podré entrar en la intimidad de Amy. Se pueden descubrir más cosas visitando la casa de alguien que con una larga conversación.

Junto a Arturo y Juan me siento en un taxi. Presiento que voy a iniciar un viaje que, para lo bueno o para lo malo, no tendrá vuelta atrás. El coche se detiene en el portal que Arturo le ha indicado, memorizo el número de portal y el nombre de la calle antes de entrar en el edificio. Tras abrir la puerta de la casa, Arturo deja las llaves en una cómoda del pasillo, al lado de la entrada. Le seguimos hacia la terraza. Allí se encuentra Amy, envuelta en la luz que irradian unas velas encendidas que acarician con su brillo su divina melena.

—Habéis llegado demasiado pronto. Quedan unos minutos para el pollo al wiski.

—Ven, Juan —dice Arturo—. ¿Has mirado alguna vez por un telescopio?

Juan y Arturo desaparecen por el pasillo, mientras que Amy se dirige a la cocina.

Me acerco a la repisa de la terraza para observar la ciudad y el tremendo vacío que me separa del suelo a diez plantas de distancia. Estando solo, me dedico a cotillear la casa. En el salón me entretengo tocando con la yema del dedo el cristal del acuario y viendo como los peces se acercan a él y lo siguen allá por donde lo muevo. Me fijo en una gran arpa que ocupa medio salón y un jarrón que luce flores frescas y delicadas. El silencio me invita a adentrarme en el pasillo, rodeado de tinieblas, cojo las llaves de la cómoda y las oculto en el bolsillo. Mientras Arturo y Juan juegan a los astrónomos, me voy a la cocina. Amy está de espaldas.

—¿Te ayudo?

—No queda nada por hacer, tan solo esperar —dice girándose y mostrándome una grata sonrisa entre labios sonrosados.

—Entonces esperemos juntos —digo y me apropio de dos vasos que baño con un poco de wiski y le ofrezco uno de ellos.

—Nuestra última conversación se me hizo demasiado corta —digo y me mojo los labios sin quitarle ojo.

—Culpe a su café o a la bata por haber estado debajo de él cuando se le cayó.

—No fue eso lo que le hizo marcharse. Estaba diciendo cómo me ve, pero no llegó a concretar.

—Tampoco lo voy a hacer ahora —dice y sorbe un poco de wiski.

—¿Me va a dejar con las ganas?

—Siempre que quiera.

—También de volver a verla con ese vestido amarillo.

Veamos si Amy entra al juego. Si no me equivoco, está deseando sorprenderme.

—También. Hablando de vestido, ¿puede quedarse cuidando el pollo mientras voy a cambiarme? El reloj del horno me anuncia que la cena está hecha.

—Lo apago y lo voy llevando a la mesa —digo en voz alta—, traiga el salvamanteles.

Espero de pie, en la terraza, Arturo y Juan ya han tomado asiento. Grito en silencio y de alegría cuando veo a Amy deslumbrándome con el traje amarillo. Nos sentamos.

—Arturo —digo intentando ser amable—, he visto que, además de observar el firmamento, toca el arpa.

—La música es Amy.

—Vaya, espero que nos pueda deleitar con alguna melodía divina.

—Ella solo toca en la intimidad —dice Arturo cerrando la bonita boca de Amy.

—Entonces no insistiré —digo cogiendo un entremés.

—Tampoco conoce ninguna obra de Vivaldi para arpa —dice Arturo con resquemor.

—Al doctor le gusta Vivaldi —dice Juan—, el cura rojo. Y Van Gogh, el loco del pelo rojo.

Vaya, Juan viene en son de guerra.

—Mi tesis doctoral trató sobre los pelirrojos. Ya sabrán que, en la Edad Media, las mujeres pelirrojas fueron perseguidas por considerarse brujas y acabaron en la hoguera, que Hitler prohibió el matrimonio entre pelirrojos, que en el antiguo Egipto eran considerados descendientes de Set o que en el Imperio romano portaban los malos augurios. Pues bien, aparte de las ideas extravagantes generadas, existen estudios científicos que afirman que se trata de gente muy especial. Personas que sufren el dolor de una manera particular o que debido a su capacidad de generar vitamina D están más protegidas frente a algunas enfermedades, además de poseer un don especial para el arte.

Saboreo el pollo tierno y jugoso sin levantar el ojo de Amy con el que analizo las reacciones de mis palabras sobre ella.

—Le gustan las mujeres pelirrojas —insiste Juan.

Me quedo con las ganas de ponerle una camisa de fuerza y dejarle a pan y agua cuando estemos de vuelta en el hospital.

—No exactamente. Me gusta el color rojo, me atrae. Pero no es determinante para que una mujer me atrape. Debe poseer otras cualidades, debe ser muy femenina, decidida, fuerte y debe sorprender.

Amy coge la copa y bebe despacio, creo que se ha ruborizado y que intenta ocultarse detrás del vino. La tengo en el bote.

La cena continúa con conversaciones de lo más normales y aburridas. No voy a seguir lanzando dardos envenenados, lo que quería saber ya lo sé.

La cena acaba y Amy desaparece sin ni siquiera despedirse. Arturo nos acompaña a la puerta. Un taxi nos espera en el portal.

—¿Está contento? —dice Juan—. Ya ha visto a su amada, que, por cierto, es la esposa de otro.

—Mire que es de ideas fijas. No siga en sus trece. Está aquí para avanzar en su terapia.

—A mí no me engaña, doctor Cortés. Puede llevar a Arturo a su terreno, disuadirle, persuadirle, convencerle, pero he conocido mucha gente como usted y sé cómo pararle los pies. Empezaré mañana mismo.

—No se atreverá.

—Espere y compruébelo.

La hora de la visita de Arturo se acerca. Con fe ciega a las amenazas de Juan, me encierro en el despacho, si no me equivoco, Juan no se va a morder la lengua y le va a contar mis asuntos con la Policía. Como escribió Sun Tzu en *El arte de la guerra*: «No hay mejor defensa que un buen ataque». Me defenderé de los ataques de Juan, atacándole con sus mismas armas, las palabras, desacreditaré cualquier comentario sobre mi persona abalándome en su locura y en una extraña necesidad maniaca

de culparme de su encierro en este hospital. Debo ganar tiempo, presiento que estoy cerca de conseguir el amor de Amy y solo hay dos inconvenientes, Arturo y Juan. Tengo que buscar aliados, cercanos e incondicionales, a mi cerebro viene la imagen de Julia, es joven y manipulable.

Llaman a la puerta. Como imagino, es Arturo.

—Le estaba esperando. ¿Qué conclusiones saca de la cena?

Me anticipo a controlar la conversación. Tengo que llevarlo a mi terreno. La cara de Arturo me muestra sorpresa. Le he pillado desprevenido. Es un hombre demasiado transparente y predecible, una psico muy fácil de convencer y de controlar.

—No veo ningún indicio de locura en el paciente —dice—. Se comportó con absoluta normalidad.

—Discrepo. Juan sigue creyéndose un ser inmortal que paga una deuda con Dios. Además, empiezo a notar actitudes agresivas, es una persona oscura y potencialmente peligrosa.

—No puedo creerle, doctor, hoy, como en la vez anterior, me ha deleitado con una historia solo elaborada por un hombre muy cuerdo e inteligente.

—Eso le hace más peligroso. Su mente puede llegar a ser perversa y manipuladora.

—Creo que está desvariando, doctor.

—Aunque el caso de Juan es particular, sigue el patrón de pacientes con pérdida de identidad. Hará todo lo posible para convencerle que está cuerdo, ahora mismo es su aliado, es alguien que le entiende, que va a verle todos los días, seguro que se muestra amable y cordial. Sin embargo, yo soy un ogro o un asesino, el mismísimo demonio. Se inventará historias extrañas sobre mí porque me ve como su carcelero, soy el culpable de que se encuentre aquí e intentará que se ponga de su lado.

Su cara le delata, Juan le ha hablado de la Policía y del asesinato, este pajarito va a cantar.

—Ya veo. Ya lo ha hecho. ¿Puedo saber qué ha dicho?

—Que es un peligro, que quiere arrebatarle a mi mujer y que es un asesino buscado por la Policía.

Me desternillo con carcajada alborotadora y escandalosa, incluso se me escapan las lágrimas. Nunca creí que fuera tan gran actor.

—Eso sí es inventiva. Entiendo que se sienta fascinado por las historias que le cuenta. Si no me cree, quizá esto le haga darse cuenta de quién dice la verdad.

Saco del bolsillo las llaves de casa de Arturo. Un buen momento para devolvérselas y una buena coartada para culpar a Juan de su desaparición.

—Las tenía Juan en su bolsillo. Piense seriamente lo que le digo. No se deje engañar. Venga a verle cuanto quiera, pero que no le manipule.

Tras las sombras y con la luz apagada, observo desde la ventana como Arturo se arrastra hasta el coche. Toma asiento y se queda esperando. Por esta vez, puedo darme por satisfecho, Arturo se ha tragado mi historia.

A la salida del hospital, me detengo en la recepción, Julia está sentada detrás. Me mira y sonríe.

—Hasta mañana, Julia —digo ruborizándola.

—Hasta mañana, señor director.

CAPÍTULO 9.

UN ENCUENTRO AFORTUNADO, O NO

El tiempo es el peor enemigo cuando corre en contra. A cualquier otro se le puede frenar, a él solo se le puede ganar de una forma, adelantándose. Juan y el policía han reducido mi tiempo. Aunque mis deseos aprietan, tengo suficiente autocontrol como para esperar el momento adecuado, pero otra vez el pasado, mi maldito pasado que no deja de perseguirme, me ha alcanzado y se vuelve presente. Tomo una decisión drástica, un ahora o nunca. O mi corazón y el de Amy latan al unísono o el mío dejará de hacerlo.

Salgo de casa de madrugada, no me ha costado despertarme porque no he llegado a dormir. Las decisiones más importantes de mi vida siempre me han arrebatado el sueño y presumo que esta será la más importante de todas. Desciendo del coche en un aparcamiento subterráneo, unas manzanas más allá de la casa de Amy, y me acerco al edificio, me detengo cuando tengo la puerta y la salida del garaje en mi punto de mira. Un banco cercano me sirve de asiento y disimulo ante los transeúntes. Espero. Tengo el cuello tenso, pero no muevo la cabeza, no quito ojo al edificio ni a los vecinos que entran y salen. Los ojos se me iluminan cuando ven una melena naranja bailando al ritmo del viento. Con cuidado, me levanto y la sigo desde lejos, corro cuando Amy dobla una esquina para no perderle el rastro. Ella camina como una diosa, moviendo el vestido verde que lleva puesto con cada paso. Amy se detiene en un puente y se apoya en la barandilla de piedra al lado de una farola. Es el momento. Con el sigilo de un felino, me coloco a su lado. Tiene los ojos cerrados, los abre y los vuelve a cerrar.

—Te gusta el agua del río —digo.

Mi voz parece sobresaltarla. No he tenido un buen comienzo.

—Perdona —digo acariciándola con dulzura—. No quería asustarte, creía que me habías visto.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú. Observo el paisaje. ¿Acaso no puedo hacerlo?, ¿el puente es tuyo? No he visto tu nombre escrito en él. A no ser que esté en uno de esos candados que los enamorados cuelgan en los puentes, emulando al romano puente Milvio.

Me enseña una bonita sonrisa que me derrite.

—No, no lo está. Puedes observar el paisaje si es lo que te apetece.

—Cualquier paisaje es bonito si te rodea, y si el sol deslumbra en tu pelo, se vuelve un paisaje idílico.

—Déjate de cumplidos y dime qué haces aquí.

—Es mi día libre y paseaba. Ha sido una coincidencia verte, una grata coincidencia. ¿Y tú?

Retengo las manos en los bolsillos, siento el impulso de tocarme la nariz para comprobar que no me ha crecido.

—Me gusta este río, siempre que paso, me detengo y disfruto de su encanto.

—¿En qué piensas cuando ves el río?

—A veces en nada, a veces me vienen recuerdos y a veces pienso en cosas varias.

—Ahora qué pensabas.

—Otra vez me estás psicoanalizando.

No me hace falta. Eres una mujer abierta y sincera.

—No, solo estoy conociéndote algo más. Si te dejas.

—Me venían unos recuerdos a la cabeza.

Buena contestación. Es lo mismo que no decir nada.

—Estaba pensando en desayunar por aquí, he visto cerca una taberna irlandesa. ¿Me dejas que te invite?

Amy me mira con cara de sobresalto.

—No es un buen sitio. Su café es asqueroso. No muy lejos hay una pastelería cercana que tiene muy buena fama.

—Debo darte la razón, este pastel es dulce y cremoso —digo chupándome los dedos.

—¿Cómo están yendo las visitas de Arturo?

—Creo que están evolucionando. Han entablado una relación estrecha. Juan le cuenta historias y su marido las escribe, pero no puedo decir que todo sean maravillas. Juan está intentando influenciar en su marido, le está metiendo ideas absurdas y locas sobre mí, es una estrategia para tener un aliado que le pueda abrir las puertas del hospital.

—A raíz del atropello, a Arturo le echaron del periódico, la figura de Juan le perseguía y era incapaz de escribir nada. Es curioso que sean las historias de Juan las que le han devuelto el trabajo y la ilusión.

—Es una razón más que suficiente para que, a pesar de los ataques de Juan hacia mi persona, se sigan viendo y si además eso te hace feliz...

Amy se ruboriza. Su cara se ha mimetizado con su pelo. Está guapísima.

—¿Qué ibas a hacer ahora?, ¿adónde te dirigías?

—No iba a ningún sitio en particular.

—¿Me dejas que te invite a comer?

—Tengo que estar en casa antes de esa hora. Arturo me espera.

—Entiendo, pero, hasta entonces, no te importará pasear conmigo.

—Depende de dónde quieras ir.

—Qué mejor sitio que la ribera del río, ¿no crees?

Exhibo mi galantería y mis dotes oratorias. Ella escucha con mucha atención todo lo que digo. Si hubiera un manual de cortejo, en él podría leer que me está analizando y que me estoy acercando a su corazón. Vamos a ver qué me cuenta de ella.

—¿Desde cuándo tocas el arpa?

—Desde que tengo uso de razón. Nunca fui a ninguna escuela de música, todo lo que sé me lo enseñó papá o lo aprendí con mi propio esfuerzo.

—Eso tiene mérito. Me gustaría escucharte.

—Toco en la intimidad, cuando estoy sola. Ni siquiera Arturo me ha escuchado.

—Quizá te oye desde el pasillo antes de entrar en casa y nunca te ha dicho nada para que sigas tocando.

Aprovecho que el camino se estrecha para disminuir nuestra distancia. Nuestros hombros van rozándose y, cuando lo hacen, saltan chispas.

—Imposible. Arturo no es de ese tipo de gente.

—¿Cómo? —digo apartando con el brazo una rama de un álamo que bloquea el camino y la invito a pasar.

—Atento, cariñoso, sensible, emocional, romántico...

—Por la descripción de Arturo, el acuario también es tuyo.

—Sí, Arturo no tiene tiempo de cuidar a nadie. Por cierto, ¿qué hora es?

—¡Cómo pasa el tiempo cuando la compañía es buena! Son más de las dos.

—¿Por qué no me has avisado antes?

—He perdido la noción del tiempo y tú también. Si el motivo de tu regreso era de vida o muerte, ha ganado la muerte. Calculo que, mínimo, llevamos dos horas caminando, el mismo tiempo que tardarías en volver al puente al que tienes que sumar el de volver a casa. Así que tómalo con tranquilidad y disfrutemos del paseo de vuelta.

Amy me sigue. Nos sentamos en el césped y observamos las aguas pasar. Los ratos de silencio los relleno con conversaciones interesantes. Ella no deja de prestarme atención. Cuando volvemos al puente, ya es de noche. No hemos probado bocado desde el desayuno. La invito a tomar un helado.

Caminamos con dos grandes cucuruchos cuando observo un vivero que anuncia disponer de plantas acuáticas. Le voy a dar una sorpresa.

—¿Puedes coger mi helado un momento? Ahora vengo.

Elijo un nenúfar con forma de corazón.

—Toma, es un nenúfar, ponlo en el acuario.

—Muchas gracias. Me acordaré de ti cada vez que lo mire.

—A mí no me hará falta nada para recordarte. Pero no quiero que te quedes en eso, quiero verte. Quiero conocerte más, quiero pasar tiempo contigo.

Amy desvía la mirada. Aunque, en ocasiones, siento que nuestros corazones latén al mismo ritmo, hay algo que la detiene. No sé de cuánto tiempo dispongo. Le lanzo un ultimátum.

—Vendré todos los días a la misma hora al puente. Lo haré durante una semana. Si no vienes, desaparece para siempre.

Me acerco, le acaricio el pelo, es suave y agradable al tacto. La miro. Ella me devuelve la mirada. Me acerco, nuestros labios se aproximan, pero sin llegar a rozarse. Me doy la vuelta y desaparezco.

Einstein lo dijo: «El tiempo es relativo». Me falta para enamorar a Amy, se acelera cuando la espero en el puente y se ralentiza después hasta que vuelvo al puente. Han pasado seis días y hoy tampoco aparece. Traigo un candado con forma de nenúfar en el que he escrito nuestros nombres. Me veía colocándolo juntos en la farola, sellando con él y un beso nuestro amor. ¡Qué iluso! Lo saco del bolsillo, lo engancho y lanzo la llave al río.

Entro por la puerta del hospital arrastrando los pies y la mirada hasta el despacho, Julia no está en su puesto, no hace falta que disimule que me alegra verla. Como los días anteriores, echo la llave por dentro y no toco el interruptor, la única luz es la de los rayos que entran diagonales por la ventana. Cojo la calavera y la miro, es la cara de la muerte y se ríe, se descojona de mí. Noto su tacto rugoso y frío. La pongo encima de la mesa y me dejo caer en el sillón. La observo. No deja de reírse. De un manotazo, la aparto y la estampo contra la puerta, partiéndole el maxilar. Me echo las manos a la cabeza.

La tarde llega y la angustia no se va. Mi cabeza es un tiovivo que gira sin parar en el que están montados el policía apodado Sentencia, Juan, mi paciente fallecida y Amy. La vista se me pierde en el infinito, cuando vuelve, se encuentra con la puerta del misterioso cuarto cerrado. Me levanto, cojo el pomo con ambas manos e intento girarlo con todas mis fuerzas. Miro alrededor, levanto la silla agarrándola por las patas, cojo fuerzas para golpear la puerta. Me detienen unos nudillos llamando a la puerta. Se tratará de Arturo que, como en los días anteriores, viene a verme. Permanezco quieto,

sin respirar, hasta que la sombra de sus pies desaparece por el vano de la puerta. Dejo la silla, debo mantener el silencio si quiero mantener la intimidad. Recojo la calavera y el maxilar. Recuerdo cuando el catedrático de psiquiatría, antes de jubilarse, me la regaló por ser el estudiante más aventajado de su carrera profesional. Cómo me he desviado. Qué tiempos felices, cuando en el anonimato era alguien, ahora que lo he perdido, soy nadie. Haré algo por el catedrático, un último golpe de gracia, un acto de bondad. Relleno el informe de alta de Juan quedando pendiente mi firma y lo guardo en un cajón.

Entro en la habitación 710. Juan disfruta de la mecedora, como un péndulo perpetuo, moviéndose en el tiempo por la eternidad.

—Doctor, debe andar ocupado. No se deja ver.

—Ahora que estoy aquí, puede hacerlo cuanto quiera.

—Con un poco me basta, le tengo muy visto y demasiado cazado. Si no ha venido estos días, solo hay dos razones, o está ocupando el tiempo en algo más atrayente o no tiene narices para dar la cara. Yo diría que ambas cosas.

—Te equivocas, Juan. No he venido porque no lo he considerado necesario y espero que ya no lo sea más.

—¿Otra vez está pensando en quitarse de en medio?

—Estoy hablando de darte de alta. Cualquier hombre, cuerdo o no, desearía salir de este lugar.

—¿Qué le ha hecho llegar a ello?

—Todavía nada. Pero está en tus manos. Te lo vuelvo a pedir, dime quién eres. No valen historias fantasiosas de hombres inmortales y castigos divinos. Solo dime quién eres y recibirás el alta.

—Te diré lo que quieres saber. Te diré la verdad sobre mí. Y, después de ello, uno de los dos será un mentiroso.

Juan se levanta, se acerca a mí y me clava una mirada fija. Puedo sentir el frío de su iris verde aceituna y observar la infinita profundidad de su pupila.

—Me conocen por varios nombres: Adelquí, Larry el Caminante, Juan Espera en Dios..., pero mi verdadero nombre es Catafilo, soy un soldado de la guardia de Poncio Pilatos. Golpeé a Cristo cuando llevaba la cruz camino del Calvario y este me maldijo a errar eternamente hasta su regreso. Cuando cumpla cien años, rejuvenezco hasta los treinta y tres, la edad de Cristo cuando recibí mi castigo. Tengo cerca de dos mil años, conozco infinidad de lenguas, he dado la vuelta al mundo varias veces, he conocido a las personas más cruentas y a las bondadosas.

—No te entiendo, Juan, ¿no ves que estás sentenciándote?

—Yo ya estoy sentenciado —dice.

—No podrás salir de esta habitación en mucho tiempo. Te pido que cambies de actitud, demuéstreme que no estás loco. Dime que las historias que cuentas a Arturo son pura invención, dime que no puedes revelar tu identidad por algún motivo que tampoco puedes desvelar. Yo te creeré y te daré el alta. Pero no sigas con esa historia de la inmortalidad.

—No le entiendo, doctor, entonces no quiere la verdad, quiere escuchar su verdad.

—No te voy a ganar por elocuencia ni por saber dar la vuelta a la tortilla. Es tu última oportunidad.

—Ahora le entiendo, doctor, no es mi última oportunidad, es la suya. Qué ha pasado, doctor, ¿otra visita de la policía? ¿Otro caso de asesinato? ¿Otra mujer de pelo rojo?

Una risa sarcástica y enfermiza cierra el discurso de Juan. Una risa con una boca inmensa y ojos tan abiertos que parecen estar a punto de saltarle de las órbitas.

—Vete a la mierda —digo agarrando la puerta.

—Te conozco, doctor. Vas a poseerla y, luego, matarla. Vamos, venga. ¿No estamos jugando a decir la verdad?

Salgo dando un portazo. Las risas burlonas de Juan me siguen por el pasillo adelante camino del despacho.

CAPÍTULO 10.

O TODO O LA NADA.

Llevo la noche entera sin dormir. De nada sirvieron los somníferos, no tuvieron el efecto deseado, quizá me suministré una dosis muy pequeña. No me gusta abusar de los medicamentos, no dejan de ser drogas que tienen sus efectos psicológicos, es algo que me enseñó un viejo profesor y que he interiorizado. Además, debo mantener la mente despejada y lúcida. Sigo mi ritual matutino, eso me hará relajar la tensión de las expectativas puestas en hoy: me ducho, me afeito, desayuno, me cepillo los dientes, me visto, me peino y me embadurno de desodorante y colonia.

Llego al puente con unos minutos de antelación. Me coloco al lado de la farola. Bajo mis pies corre el agua y el tiempo. Observo el candado con nuestros nombres y suspiro con fuerza, con la bocanada de aire, se esfuma la esperanza puesta en este día, que lo único que tiene distinto a los seis que le han precedido es que será el último. Cuando la ilusión se queda solo en eso, se transforma en decepción. Miro al infinito, el destino de todos los seres vivos, mi destino.

Una mano me toca con delicadeza el hombro. No es un sueño, es la más maravillosa realidad, es Amy, lo sé antes de darme la vuelta, el perfume a almendra la delata.

—Has venido.

—No es una decisión fácil. No sé qué hago aquí —dice Amy agachando la cabeza.

—Entonces por qué lo has hecho.

—Me ha traído mi instinto. ¿Y a ti?

—La necesidad. ¿Qué quieres que hagamos?

—Pasear —dice.

La ribera del río vuelve a ser nuestro refugio y el sol nuestro testigo. Nuestra conversación fluye como el río y el tiempo que ya nos dice que es la hora de comer. Desviamos nuestro camino hacia un restaurante donde saciamos nuestro apetito.

—¿Y, ahora, qué quieres que hagamos? —digo saliendo del local.

—Ahora es tu turno.

—¿Puedo pedir lo que quiera? ¿Cualquier cosa?

—Si me vas a pedir que me acueste contigo, la respuesta es no. Si me pides cualquier otra cosa, tendrás un sí—dice.

—No estaba pensando en eso. —Me siento como un bellaco—. ¿Estás segura de que vas a cumplir tu palabra?

—Sí.

—Quiero oírte y verte tocar.

—No sé si podré —dice con mirada tímida—. Solo he tocado delante de papá.

—Inténtalo.

—No quiero que Arturo nos vea juntos... No sé cuándo se irá de casa.

—Eso tiene solución.

Marco el teléfono de la recepción del hospital sobre el móvil.

—Julia, por favor, avísame cuando se presente la visita de la 710. Gracias.

No sé qué va a pasar, pero el que haya cedido a llevarme a su casa ya es un gran triunfo. Me siento más cerca de Amy y estoy seguro de que ella también de mí.

—Una canción y te vas.

Entro en el salón detrás de Amy, aprovecho para gozar con la mirada de sus curvas y su pelo rojo. Como no es un lugar desconocido para mí, puedo fijar todos los sentidos en Amy y disfrutar de su solitaria presencia. Levanta las manos por encima de la cabeza y las mueve con rapidez haciéndose una trenza, el vestido rojo con flores se sube dejándome verle las caderas y unos flases de su tanga. Su visión me hechiza y siento presión en la bragueta de mi pantalón. Amy se sienta en el taburete. Envidio la luz que entra por la persiana, ella puede acariciarle el cuerpo. Amy inclina el arpa colándose entre los muslos y lo apoya sobre el hombro derecho. Me siento en el sillón, cruzo las piernas y entrelazo las manos queriendo ocultar la tensión que ha despertado en mí. Amy cierra los ojos y respira con fuerza, busca concentrarse. Permanezco expectante, atento y en silencio. Abre los ojos y mueve las manos con dulzura y armonía, acariciando las cuerdas. Toca una canción de cuna y, tras una pausa, *La primavera* de Vivaldi. Mi canción preferida, es un placer escucharla y es lujurioso que sea Amy quien la hace sonar, moviendo los brazos y dedos sobre el arpa, acompañando la melodía con movimientos suaves de la cabeza y del cuerpo. La falda, poco a poco, se va recogiendo y ya no queda lugar para la imaginación, veo un tanga rosa, que forma un triángulo bajo la falda. Quiero tocarlo y poseer lo que esconde. Mis instintos más primitivos han cegado mis pensamientos. Una de las cuerdas se parte, emitiendo un sonido a madera. Amy se mira las manos y deja de tocar. Veo como se quita la alianza, cortando el lazo que la une a Arturo. Siento que me invita a poseerla.

—Ya has conocido mi intimidad —dice Amy.

—Toda no.

Me levanto y la rodeo, me coloca detrás de ella. Deshago la trenza y libero su pelo rojo. El tacto de su cabello, suave y delicado, me cautiva, me atrapa, me enciende. Amy echa la cabeza hacia atrás, tiene los ojos cerrados y me muestra sus labios rosados y apetitosos. Despacio, bajo las manos por su cuello y las detengo en sus pechos, de los que despuntan unos pezones blandos que se vuelven duros cuando los acaricio. Noto como se deja llevar, siento que la puedo poseer. Mis manos siguen el camino descendente, por la senda de su ombligo, y alcanzan su pubis. Una de ellas se desliza por debajo del tanga y me abro paso entre su vello rojo fuego y sus labios rosados arrancándole un suspiro complaciente. Arrastrándola a la perdición, la llevo al sillón. Con las prisas de la impaciencia, nos quitamos la ropa. Amy me rodea con los muslos y me cabalga lentamente mientras no dejo de fijarme en su vello rojo que roza mi cuerpo con cada movimiento. Cuando está exhausta, me coloco encima de ella y empujo con todas mis fuerzas hasta que siento que voy a estallar y derramo la última gota de mi éxtasis sobre su pubis rojo.

Sudorosos yacemos en el sillón, la rodeo con el brazo y le acaricio el pelo.

—Quizá lo que te voy a decir suene a tontería de adolescente —dice Amy.

—Di lo que tengas que decir. Es el momento de ser sinceros.

—Quiero dejar a mi marido. Estuve a punto de hacerlo la noche que atropelló a Juan. No lo hice porque estaba demasiado dolido. Me necesitaba para salir adelante. No era el momento adecuado.

—No dices ninguna tontería. Lo que yo siento por ti es único e inigualable. Se llama amor verdadero. Noto que la pasión fluye entre nosotros. Estoy locamente enamorado de ti. Marchémonos. Huyamos a un lugar donde nadie nos encuentre y seamos libres.

Asiente con la cabeza y la apoya sobre mi hombro.

Salgo del edificio caminando en una nube. El olor de Amy me envuelve y rememoro sus gemidos, visualizo sus movimientos y siento el tacto de su pelo. Mis preocupaciones se han ido, mis tristezas se han evaporado, mi vida tiene un único color, es el rojo del cabello de Amy, todos los demás no existen.

CAPÍTULO 11.

EL AGUAFIESTAS

Nada más poner pie dentro del hospital, busco con la mirada a Julia, artífice sin saberlo de mi felicidad absoluta. Su llamada anunciando que Arturo estaba en el hospital me abrió las puertas de la casa de Amy y me desveló sus sentimientos hacia mí. En esta vida, no hay que racanear en gratitud, cuesta tan poco y significa tanto. La veo detrás del mostrador, lo rodeo y me acerco a ella tanto que siento su perfume con aroma dulce.

—Te agradezco la llamada de ayer —digo tocándole el hombro—. De cierta forma, podría decir que me has salvado la vida.

—No exagere. Usted es el jefe.

—Eres un encanto.

Sus mejillas adquieren un tono rosado. Sus ojos intentan capturar los míos, no ofrezco resistencia en el secuestro, pero los libero tras un corto instante.

Al abrir la puerta del despacho, una luz viva que llega por la ventana me deslumbra. Me siento en la butaca, me acomodo, pongo los brazos detrás de la nuca y me reclino sobre el respaldo. Miro alrededor. La calavera me sonríe, le devuelvo la sonrisa. Me gusta este despacho, mi despacho. La luz roja del teléfono interno parpadea. Respondo. Julia me avisa que Arturo acaba de llegar. El reloj me chiva que lo hace antes de lo habitual, estoy seguro de que vendrá a verme.

Los puños golpeando con sarna la puerta me pone sobre aviso. Viene encendido, no sé qué ha podido pasar ni que le ha dicho Amy, confío que, si hubiera dado cualquier paso adelante, esta me habría avisado. Usaré la cordialidad de apagafuegos. Abro la puerta y muestro una sonrisa amable.

—Te estaba esperando. Tenemos que hablar.

—Por eso estoy aquí —dice con mirada asesina y mostrando los puños—. Mi mujer no es la misma desde su visita a mi casa.

—Sea directo. Soy psiquiatra, no adivino.

—¿Son amantes?

—¿No debería preguntárselo a ella? —digo saliendo al paso. Al desviar la atención sobre Amy, dejo de ser el protagonista. Una buena forma de salir del foco de la conversación.

—Ya lo he hecho.

—En ese caso, mi respuesta es la misma que la de su mujer, no.

—Doctor, no me tome por imbécil. No sabe qué respuesta me ha dado ella.

Tengo claro que no eres imbécil, solo un ignorante que quiere saber la verdad. La sabrás, pero no ahora. Observo como la frente se le arruga y las venas de los brazos se hinchan. La tensión está a punto de romper hostilidades.

—No puede haberle dado otra, porque no la he vuelto a ver desde entonces.

—¿Tengo que creerle?

La sangre no llegará al río. Me brinda ser dueño de su verdad. No voy a dejar pasar la oportunidad de llevarle a mi terreno.

—No me pregunte lo que tiene que hacer o creer, dígame que no me cree y el porqué.

—Juan me ha dicho...

—Claro, claro, Juan, debería haberlo imaginado. Se lo dije. Ese hombre inventará historias sobre mí, ¿no recuerda la conversación que mantuvimos? Juan le está manejando, le está manipulando, ha ganado su confianza con las historias que le cuenta, pero es un hombre desequilibrado. No veo progresos en el estado de Juan ni contemplo una mejoría a corto o medio plazo. Arturo, su mente corre demasiado y hacia una meta equivocada, yo llevo la bata de médico y Juan la de paciente. No desvirtúe la realidad. Entiendo el lazo que le une a él, pero la enfermedad de Juan no tiene solución.

El tembleque de su mano, la forma de bajar la cabeza me dice que está arrepentido. Siento el poder del dominio sobre Arturo, debo aprovecharlo para atacar a Juan.

—Es el momento adecuado para comunicarle lo que tengo que decirle, la razón por la que le estaba esperando. Esta noche, Juan se ha escapado del hospital. La policía lo ha encontrado merodeando el edificio en el que vive.

—¿Qué pretende decirme?

—No lo sé, pero tenga cuidado.

—¿Qué debo hacer?

—Compórtese con Juan con absoluta normalidad. Un cambio en su actitud puede desencadenar en el paciente una acción..., digamos, extrema.

Arturo traga saliva, lo tengo en el bote.

—No se preocupe —digo echándole el brazo encima y guiándole a la puerta—. Desde el hospital, extremaremos las precauciones, pero tenga claro que solo es un esclavo de los intereses de Juan.

Orgulloso, cierro la puerta. Tengo a todos donde quiero y eso significa más cerca de Amy que nunca. Me vuelvo a sentar en la butaca, como un emperador en su trono, desde donde domina su mundo, el que ha creado a su gusto y disfrute. De la cajonera saco el documento con el alta de Juan, siento pena por no haber podido ayudarle, pero es una persona intratable. La luz roja e intermitente vuelve a aparecer sobre el teléfono.

—Doctor, la policía ha venido a verle, dicen traerle un sobre.

Una gota de sudor frío me cae desde la sien. Las manos me tiemblan, el alta de Juan cae de mis manos y resbala por el suelo colándose por la puerta del cuarto cerrado.

—Dígales que estoy ocupado, que se lo den a usted y ya lo recogeré.

—Quieren dárselo en persona. Ya están subiendo. No he podido detenerles.

Me abalanzo sobre la ventana, demasiada altura para saltar, después sobre la puerta del cuarto cerrado, le doy patadas intentando echarla abajo. Imposible. Solo hay una salida, ser más rápido que ellos e invisible. Me precipito en tomar el pasillo y esconderme en el baño más cercano. Unas pisadas fuertes baten el suelo. Por el sonido, intuyo que son dos personas y que no llevan calzado hospitalario. Dejo pasar unos segundos antes de asomar la cabeza por la puerta. El pasillo está vacío, me muevo con sigilo y velocidad, una vez he torcido la esquina, salgo corriendo. Bajo las escaleras de dos en dos y me apresuro en salir del hospital. Sin dejar de correr, miro hacia la ventana del despacho, observo la facha del inspector Sentencia que mira desde la lejanía. Me acerco al coche, lo pongo en marcha y acelero sin mirar atrás. He ganado. Esta vez lo he hecho. Sonríe para mis adentros. La barrera de salida del hospital se abre, apunto estoy de escapar cuando un coche patrulla me cierra el camino. Clavo el freno. Dos guardias se bajan y me retienen dentro del coche.

Oigo unos aplausos y, después, la sucia voz del inspector Sentencia.

—Doctor, doctor. Una huida muy buena pero no lo suficiente —dice mientras me entrega un sobre por la ventanilla—. ¿No lo va a abrir?

—No —digo tirándolo sobre el asiento de atrás.

—Es su citación judicial. ¿No le pone cachondo? A mí, sí. Nos vemos en dos días.

—¿No me va a retener?

—Me encantaría. Me quedaría toda la noche al otro lado de los barrotes escuchando sus sollozos y viendo cómo llora, pero no quiero que ningún abogado tenga disculpas para no dar por válido el juicio. Considere un par de días de regalo para que disfrute el fin de la libertad. Diviértase, pero no lo haga matando pelirrojas.

En cuanto la policía desaparece, cojo el teléfono.

—Si sigues pensando en huir conmigo, debemos hacerlo ya. No tengo tiempo para explicaciones. Mañana, al anochecer, iré a buscarte.

CAPÍTULO 12.

UNA NOCHE LARGA

Desde el salón de mi pequeño piso, oculto tras la cortina y con la luz apagada, observo la calle. He recortado un agujero tan grande como para controlar todo lo que sucede delante del portal. Sentencia, como asegura que lo llaman, no es de fiar. Dice que me deja unos días de libertad, así que me estará vigilando, estoy seguro. Sin perder la posición para no dejarme descubrir, observo uno a uno los habitáculos de los coches aparcados, también la fachada del edificio de enfrente y las sombras que se ocultan y asoman por las ventanas. Cada vez que detecto movimiento en la calle, entro en estado de alarma y solo desaparece cuando he verificado que no es una amenaza para mí. Miro el reloj, cada segundo que pasa puede ser una batalla ganada a la policía, un segundo menos para verme condenado. Solo Amy puede salvarme. La sirena del móvil acude al rescate.

—Ya lo he hecho. —Oigo la voz de Amy con algo de distorsión.

—Has hecho bien. No sabes la alegría que me das. Estaré allí en el ocaso. Prepara el equipaje. Reservaré un vuelo. A medianoche seremos historia en esta ciudad.

—¿Dónde vamos?

—Lejos —digo con rotundidad.

—Dime dónde. No voy a desprenderme de mi arpa.

—No lo sé. Pero eso no importa. Para empezar de nuevo hay que dejar cosas atrás. Tendrás que decidir qué llevarte y qué dejar.

—Mi vida no cabe en dos maletas.

Las dudas desaparecen con aclaraciones, pero no puedo darlas.

—Es lo único que nos podemos llevar. Cuando llegue el momento, te diré por qué. Mientras tanto, confía en mí.

La alegría se esfuma cuando veo un hombre que baja de un coche y se oculta en la oscuridad del portal de enfrente. No pestaño, miro sin quitar ojo al portal, busco un reflejo, una luz, un signo que me haga entender si ese hombre sigue ahí, agazapado y vigilante. Debo escapar antes de que vengan a atraparme. Intento dibujar en la cabeza un plan de salida sigiloso, no lo encuentro. Puedo dejar que me vea y trazar una huida rápida y segura. Mis neuronas están a punto de cortocircuitarse cuando veo al hombre salir acompañado de una mujer.

Bostezo unas cuantas veces seguidas. Son las tres de la madrugada. Me conozco, sé que a esta hora me cuesta evadir el cansancio. Sigo sentado detrás de la cortina mirando a través del agujero. Siento calor en las mejillas y una soporífera lentitud al pestañear. Debo derrotar al sueño, o quien perderá será yo. Me retiro de mi puesto de vigía para preparar una cafetera cargada hasta los topes que bebo como si de agua se tratara. Un reflujo amargo y vomitivo me quema el tórax.

Mi corazón bombea a toda velocidad café por mis venas, mis ojos perciben con mayor nitidez y claridad mientras mi párpado izquierdo no deja de temblar. Las ideas pasan veloces y agarro una al vuelo que me dice que salga de casa y me oculte hasta la cita con Amy, fuera estoy más seguro que dentro. Decido hacerle caso y, con una maleta de viaje repleta y otra vacía, dejo mi pequeño piso.

Antes de asomar el morro del coche por la puerta de la cochera, decido que debo ir a un lugar apartado y poco concurrido. El puente sobre el río es el lugar idóneo. Aparco y me acerco a pie. Me sorprende al ver que hay alguien sentado en la barandilla mirando el discurrir de las aguas. Algún

chalado que va a pegar el último salto de su vida o un borracho que necesita tranquilidad y algo más de equilibrio para llegar a casa. Me lanzo detrás de un contenedor cuando reconozco a esa figura, es Arturo. A través de las lunas del coche aparcado más próximo, lo engancho con la mirada, no voy a marcharme, la curiosidad me retiene. Arturo está firme, solo mueve la cabeza, a veces mira al cielo, y otras, al río. El sol se despierta pintando un horizonte rojo y violeta sobre las nubes. Arturo se da la vuelta, monta en el coche y se va.

Cuando el reloj alcanza una hora razonable como para no levantar sospechas, conduzco hasta el hospital. Aparco marcha atrás, previendo una escapada rápida. El hospital es el lugar más arriesgado en el que puedo encontrarme después de mi casa, el segundo lugar con más probabilidades de estar vigilado por la policía, pero no puedo irme de allí sin ella. Cojo el teléfono.

—¿Qué harías por tu jefe? —digo sin despeinarme.

—Lo que él me pidiera —dice Julia.

—Quiero que recojas mis cosas y me las traigas. Primero, tendrás que venir a por la llave de mi despacho. Tengo preparada una maleta vacía.

—¿Por qué no las recoge usted mismo? ¿Se va?

—Me he cogido vacaciones, en realidad, hoy ya estoy en ellas y no quiero cruzarme con nadie que me reclame nada por hacer. Quiero despejarme un poco.

Veo a la muchacha aproximarse. Bajo la ventanilla para darle la llave.

—Voy a hacer que le creo que está de vacaciones.

—Gracias, querida. Eres demasiado inteligente.

—Antes de que se vaya para siempre, ¿qué debería haber hecho para que se hubiera fijado en mí?

—Ser pelirroja.

—Eso tiene arreglo. Con un tinte basta.

—Pero no es lo mismo.

Estacionado en el aparcamiento de un gran centro comercial dejo pasar el tiempo. Solo salgo del coche para orinar, para comprar una botella de agua y un montón de guarrerías que como dentro del habitáculo.

Con el sol a punto de despedirse, me echo a la calle, un viento fuerte recorre la ciudad, empujando árboles, plantas y cubos de basura. Con precisión suiza, llego a la casa de Amy justo en el momento que el último rayo del sol otea el horizonte. Es la primera vez que lo veo verde, ese fenómeno atmosférico que siempre he querido contemplar. Me siento afortunado. Si creyera en lo sobrenatural, estaría seguro de que esto es un signo de buen augurio.

Entro en la casa usando la copia de la llave que robé y cuya desaparición atribuí a Juan. Después, me doy cuenta de que ha sido una gran metedura de pata. Nadie, ni siquiera Amy, sabe que la tengo. La llamo, sin embargo, no aparece a mi encuentro. Recorro la casa, está en el salón, de pie, al lado del nenúfar con forma de corazón que le regalé y que fue cómplice de nuestro amor. Al verme, observo un gesto inflexible en su cara que me desconcierta.

CAPÍTULO 13.

QUÉ OCURRE

Me precipito a abrazarla muy fuerte, siento el aroma almendrado de su pelo.

—Por fin estaremos juntos, empezaremos una nueva vida. Eres lo mejor que me ha pasado en esta vida.

Amy se escurre de mis brazos, escapándose de ellos, se aleja de mí. Algo no está resultando. Trago saliva.

—Me quedo. Vete por donde has venido —dice con rostro de piedra.

—No te entiendo. Te quiero. Nos queremos.

—Lo he pensado mejor.

—Estás vacilando. No puedes cambiar de opinión tan rápido, hace unas horas me decías que nos iríamos juntos —digo abriendo los brazos. Pongo en sus manos mi corazón, mi cuerpo y mi alma.

—No quiero volver a verte. Vete.

—No puedo vivir sin ti. Te suplico que vengas conmigo.

Me acerco a ella. Lo que sentimos en el sillón fue algo físico y sincero. La sujeto y la beso.

—Dime que has sentido lo mismo que yo —digo con voz temblorosa.

—No he sentido nada. Sal de esta casa.

Con ojos rápidos, busco su mirada y la alcanzo.

—Me estás mintiendo. ¿Por qué?, ¿por qué?

No creo lo que oigo. Miro alrededor, buscando con la imaginación algo que la haga reflexionar, pero no encuentro nada. He puesto todas las esperanzas en ella. Mi vida no tiene sentido. Salgo a la terraza. Voy a acabar lo que tuve que haber hecho antes de conocerla. Con paso decidido, me dirijo a la barandilla. Alguien me detiene agarrándome por la espalda. Forcejeo hasta liberarme. Me doy la vuelta, es Juan. Me mira desafiante.

—Qué va a hacer, doctor.

—Finalizar lo que debí acabar hace tiempo.

—Eso es muy benevolente para un pecador.

—Te gustaría disfrutar matándome. Vamos —digo levantando la cabeza para mostrarle el cuello—. Lo tienes fácil.

—Demasiado rápido. El sufrimiento es mayor cuanto más se alarga en el tiempo. Solo mereces pudrirte en la cárcel.

Giro la cabeza, el abismo me llama, veo su oscuridad que se hace visible con los rayos que caen del cielo. Hecho el cuerpo hacia atrás y me dejo caer. Sin embargo, queda suspendido de la corbata. Juan la agarra con los dos brazos. El nudo me oprime la garganta, por ella casi no puede pasar el aire, y menos las palabras. Veo la cara de Juan apretando los dientes para aguantar el dolor. Sus manos comienzan a temblar, las venas están a punto de estallarle, no pueden soportar mi peso por mucho más tiempo, la corbata comienza a resbalar entre ellas. Es el fin de mi vida y de mi sufrimiento.

UNOS DÍAS DESPUÉS...

—¡¡¡Dios mío!!! Quién, en su sano juicio, colecciona cosas tan extrañas. Solo puede ser obra de un demente perturbado —dice el comisario Fernández.

—Joder, cierre la puerta de ese cuarto —dice el inspector—. No quiero que a la joven recepcionista se le revuelvan las tripas. Está esperando en la puerta del despacho.

—Julia, muchas gracias por su tiempo —dice el comisario Fernández—. Sus compañeros dicen que el doctor Cortés y usted mantenían una buena relación. Háblenos de ella.

—Desde que apareció por la puerta del hospital, como con cualquiera que requiere mi servicio, intenté ser amable con él. El doctor fue muy arisco en nuestro primer contacto. Me trató muy mal, recuerdo que hasta me hizo llorar. Luego estuve pensando en por qué y me di cuenta de que era una persona tímida, que le costaba integrarse. Me daba pena, lo vi tan solo y tan vulnerable, así que le ayudaba en todo lo que me pedía, y él, poco a poco, me iba abriendo el corazón.

—¿Sabía que había sido juzgado por asesinato? —dice el comisario Fernández.

—Sí, el señor inspector me lo dijo en persona. Y no faltó tiempo para que todos los empleados lo supieran, era la comidilla del hospital, también que había sido absuelto. Seguro que fue una equivocación, un hombre así solo puede ser una víctima, no un asesino.

—¿Alguna vez ha entrado en ese cuarto? ¿O le ha hablado de él? —dice el inspector.

—No. Ese cuarto siempre ha estado cerrado. Nadie sabe dónde está la llave.

—No tenemos más preguntas. Muchas gracias por su colaboración. Puede irse.

—¿Cuál es su conclusión? —dice el inspector.

—El doctor se suicidó —dice el comisario Fernández—. Esta joven ha sido sincera. Amy miente, estaba enamorada del doctor y no puede cargar con la culpa de un suicidio en el que ella, indirectamente, ha sido partícipe, de ahí que culpe a su marido como ideador del crimen y a Juan como brazo ejecutor.

—Comisario —dice el inspector—, permítame un consejo, busque siempre la solución más sencilla y acertará. Juan mató a Cortés, apreciaba a Arturo y odiaba al doctor. Tenía razones para hacerlo.

—¿Y qué me dice del documento en el que Cortés da el alta al paciente? —dice el policía—. Estoy seguro de que era su última buena acción antes de suicidarse.

—¿Entonces por qué nunca lo hizo público? Vamos, solo tiene que observar las guarradas que hay en ese maldito cuarto para darse cuenta de que Cortés era un ogro.

—Pero todos los interrogados coinciden en que nunca lo han visto abierto y que Cortés no tenía la llave.

—Es muy sencillo —dice el inspector—, Cortés encontró la llave pero lo ocultó, así pudo usar el cuarto para dar rienda suelta su depravada imaginación. ¿Cómo, si no, iba a aparecer el alta de Juan en ella?

—El doctor lo metió por debajo de la puerta o se le calló y se coló por ella. Por eso lo encontramos en el suelo.

—No diga tonterías. El doctor lo puso en la repisa, pero se debió de caer al cerrar la puerta. No busque una realidad retorcida y alternativa. La única verdad es que Juan mató a Cortés y, en su

huida, ha perecido ahogado en el río. Ese médico cabrón se lo merecía. Caso resuelto.

—Esa será su verdad.

—Esa es la verdad auténtica, por algo me llaman Sentencia.

FIN

Escrito en muchos sitios,
finalizado en Las Rozas de Madrid el 8 de julio del 2024.

SOBRE EL AUTOR

Gonzalo de Paz Sardón nació en Aranda de Duero en 1976, es autor de *La tumba del héroe* (2020), *La biblioteca de Vaccaro* (2022) y *El palimpsesto del templario* (2024).

Tras probar suerte con el thriller histórico, con esta nueva novela vuelve a uno de sus géneros preferidos, el suspense y misterio.



BIBLIOGRAFÍA

DE GONZALO DE PAZ SARDÓN

La Tumba del héroe (2020) Editorial Caligrama.

La biblioteca de Vaccaro (2022) Editorial Círculo Rojo.

El palimpsesto del templario (2024).

Versiones en primera persona (2024)